EL PONTIFICADO EN LA IGLESIA

OBRA MAGNA DEL REDENTOR

SUS VICISITUDES Y PORVENIR

HOMENAJE A JESUCRISTO REDENTOR Y A SU VICARIO

POR EL

Exmo. y Rmo. señor Arzobispo de Montevideo



MONTEVIDEO

Tipografía Uruguaya de MARCOS MARTINEZ

CALLE BUENOS AIRES, ESQUINA MISIONES

1899

EL PONTIFICADO EN LA IGLESIA

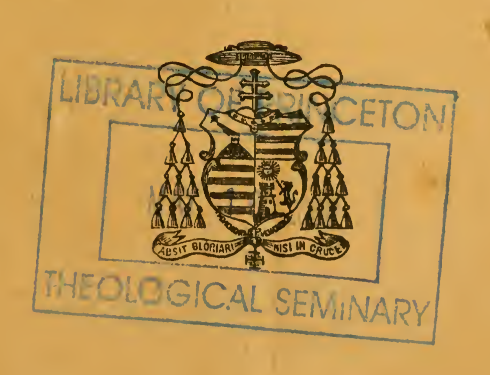
OBRA MAGNA DEL REDENTOR

SUS VICISITUDES Y PORVENIR

HOMENAJE A JESUCRISTO REDENTOR Y A SU VICARIO

POR EL

Exmo. y Rmo. señor Arzobispo de Montevideo



MONTEVIDEO

Tipografía Uruguaya de MARCOS MARTINEZ

CALLE BUENOS AIRES, ESQUINA MISIONES

1899



EL PONTIFICADO EN LA IGLESIA

OBRA MAGNA DEL REDENTOR

SUS VICISITUDES Y PORVENIR

HOMENAJE Á JESUCRISTO REDENTOR Y Á SU VICARIO

I

Naturaleza y constitución de la Iglesia

El orbe cristiano se prepara para solemnizar dignamente el mas grande de los centenarios, el de Cristo.

Pero el centenario de Jesucristo, que lo es tambien de su Iglesia, es por excelencia el centenario de la civilización cristiana, es por tanto, el mas digno de ser celebrado por los pueblos cultos y civilizados.

Por consiguiente, para que sea consciente el homenaje que los católicos van á rendir á Jesucristo y á su Vicario, juzgamos que nada será mas á propósito que exponer á grandes rasgos la obra inmortal del Redentor, cual es su Iglesia, representada especialmente en el Pontificado, al que encargó Jesucristo la ejecución de su obra redentora; aunque de una manera particular harèmos resaltar las vicisitudes del Papado, para

que se vea que es inmortal y perpetuo triunfador de todos los obstáculos, á fuer de institución divina.

Expondrémos pues, de una manera compendiosa, pero bastante completa, la obra de Jesucristo en los diez y nueve siglos que lleva de existencia; período y experiencia asaz largos para poderse formar idea de su grandeza y excelencia; asi como daremos algunas pinceladas acerca de su estado actual y su porvenir para demostrar que el XX siglo es de grandes y alhagadoras esperanzas, á pesar de los barruntos del pesimismo.

De una manera especial dedicamos este trabajo á la juventud católica estudiosa, porque ella representa la aurora de ese porvenir hermoso y consolador, y es necesario que sea instruida y prevenida contra los errores y sofismas de la época actual y se la coloque en situación de poder comprender y defender la institución màs grande, benéfica y civilizadora que nos presenta la historia, como encargada de regir los destinos de la humanidad.

Sin más preàmbulos, entramos de lleno en el asunto.

*
* *

Tan grande y admirable es la obra de Jesucristo, llamada la Iglesia Católica, que no existe semejante en los anales de la humanidad.

En efecto; la Iglesia es un hecho único en la historia, y un elemento nuevo en la constitución de la sociedad.

En ninguno de los pueblos que han vivido en la tierra durante los siglos de la edad antigua, en ninguna de las razas que viven fuera del gremio de la civilización cristiana, existe nada que pueda parecerse á este principio fundamental de la constitución de nuestros pueblos. Todos tienen una religión, todos apoyan su existencia sobre algún dogma religioso; más aùn: casi todos distinguen un poder civil y un poder espiritual, con atribuciones diversas; pero en-

tre ellos esta distinción es siempre imperfecta: ninguno tiene una Iglesia, es decir, un poder espiritual, como lo establece el dogma cristiano, separado é independiente del poder temporal, con instituciones, gobierno, jerarquía, atribuciones, poderes, magistraturas independientes de los poderes civiles.

La sociedad religiosa aparece en todos los tiempos y lugares como hecho primordial y necesario en la vida de las naciones; pero fuera del cristianismo, ó está subordinado al poder temporal que ejerce las funciones espirituales, y gobierna el culto y dogmatiza sobre las creencias; ó bien el poder temporal, absorbiendo por completo los derechos humanos ó sociales, reina y domina absoluto sobre todo el órden civil. En los siglos antiguos, Religión y Estado, poder espiritual y poder civil, eran cosas casi idénticas, y constituían un solo y mismo poder, una sola y misma abstracción.

En el mismo código se regulaban los deberes religiosos y los deberes civiles y políticos del ciudadano. El César era pontífice máximo, guardian é intérprete del culto y del dogma, como guardian é intérprete de la ley política. La soberanía política y sacerdotal, acumuladas en una misma mano, revestían á la persona del príncipe de carácter sagrado, convertían la majestad terrestre en majestad divina, y el súbdito se veía entregado en alma y cuerpo á la omnipotencia terrible producida por el funesto consorcio de ambos poderes supremos.

El cristianismo destrozó esa organización de tiranía, y puso un límite á la omnipotencia del Estado antiguo, diciendo á los pueblos: «Dad al César lo que es del César, á Dios lo que es de Dios». Desde entonces Dios y el césar fueron poderes distintos. El hombre, en su vida material, en sus relaciones é intereses temporales, continuó sometido á los poderes que gobiernan y dirigen el Estado; pero en la parte más noble de su sér quedó proclamada su emancipación de las tiranías de la tierra.

Sobre este dogma fundamental de la separación de los dos poderes, y distribución de las prerogativas del cetro y del pontificado en manos distintas, se ha edificado la magnífica construcción, el soberbio é incomparable organismo de la sociedad cristiana, que designamos con el nombre de Iglesia. Monumento cuya majestad asombra á sus mismos enemigos, y hace proclamar que es la obra maestra de la política humana á los más ilustres sectarios del protestantismo, que quisieron negar fuera obra de un arquiteto divino.

Más, lo extraño y admirable en la constitución de la Iglesia no es que habiendo nacido una religión, y formádose, por lo tanto, una sociedad religiosa, se haya constituido al mismo tiempo el gobierno propio de esta sociedad. Hecho es éste que espontáneamente se produce con el orígen de toda religión, pues el sentimiento religioso en el hombre no es un principio individual, sino un principio esencialmente social; no estriba su naturaleza en el sentimiento, profundo y arraigado ciertamente, pero vago, indefinible é incompleto, que brota en nuestro corazón y nos revela la existencia de un Sér superior, creador y ordenador del universo, sino que su verdadero carácter está en unir muchas criaturas en una misma creencia, en la profesión de un mismo dogma y en el empleo de los mismos medios para conseguir un mismo fin.

Pero si la idea de religión implica la idea de asociación y sociedad, toda religión, para subsistir, necesitará formar una sociedad; y en el momento que nace la sociedad religiosa se ve regida por su gobierno propio.

Nada extraño, pues, que en el instante de su nacimiento se haya producido, con respecto al Cristianismo, lo que inevitablemente sucede en la hora de la formación de toda nueva sociedad religiosa; pero lo que hay de admirable, y aún de inexplicable, á la simple razón del hombre, en la constitución de la

Iglesia cristiana, es que desde el momento mismo en que se promulga por la tierra, haya, para constituir su gobierno, sentado con sin igual firmeza y constancia los dos principios capitales de su gobierno: la separación del poder temporal y del poder espiritual, y la institución de un jefe supremo para el gobierno de la Iglesia universal.

Además, es indudable que ninguna sociedad religiosa encontró dificultades mayores que la nuestra para la constitución de su gobierno. Los dogmas que revelaba al mundo eran los principios más nuevos y contrarios que se podían oponer á la organización de la sociedad hasta entonces conocida. La religión hasta aquel día había revestido un carácter de raza, de nacionalidad y de institución puramente política. Cada familia tenía sus lares, cada ciudad sus divinidades, cada Estado sus dioses tutelares propios y exclusivos.

El Cristianismo venía, por el contrario, á sembrar la palabra de vida por todos los pueblos, proclamando que ya no había ni judío ni griego, ni libre ni esclavo, sino que eran todos libres é iguales en Cristo. Lejos de ser una religión nacional era, por el contrario, una religión universal, que venía á sustraer el dogma á la arbitrariedad de los poderes temporales.

¡Qué obstáculos no presentaba innovación tan grande para la constitución del gobierno eclesiástico en la nueva sociedad cristiana! ¿Dónde hallar un elemento para constituir este gobierno universal? ¿Acaso en la organización del imperio romano, que entonces avasallaba al mundo?

Pero nada podía darse más contrario á la constitución del imperio que una religión levantada sobre el dogma fundamental de la separación del poder espiritual y del poder temporal, es decir, una religión que de un golpe arrancaba al César las atribuciones más preciadas de su tiranía, y enfrenaba todo el poder del despotismo del príncipe ante la conciencia de

uno cualquiera de los súbditos. La dificultad se presentaba, pues, insoluble.

Sin embargo, fenómeno admirable, desde los primeros días de sus orígenes, la sociedad cristiana sienta los dos principios capitales de su gobierno, sin los cuales era imposible que existiera una Iglesia verdaderamente cristiana, echa los cimientos del pontificado romano, y proclama la independencia del poder espiritual, edificando sobre ello esa Iglesia, cuya existencia y duración es el milagro permanente de la historia.

*
* *

No nos proponemos examinar el pontificado romano, ni en sus orígenes divinos ni en su desenvolvimiento histórico: únicamente intentarémos trazar el cuadro de algunas de las terribles vicisitudes que ha padecido, en los veinte siglos que lleva de vida, esa institución que es la base esencial del órden cristiano y del edificio social, y cuya ruina y despojo constituye una de las más graves, si no la más grave de las cuestiones que se agitan en el revuelto cáos de la revolución moderna.

El estudio de las tormentas que ha dominado la tiara es, en efecto, el más á propósito para convencerse de que, si los primeros cristianos vieron el prodigio singular de la fundación de nuestra Iglesia, nosotros estamos presenciando el prodigio, todavía mayor, de su conservación. Y si no faltan escritores y críticos, que no ven ó pretenden negar este prodigio manifiesto, no es sino porque son muchos los que leen libros de historia, y hasta escriben capítulos y tomos sobre historia, pero muy pocos los que leen y escriben la historia.

No ha leído la historia, ó no procede de buena fé, quien no considere la institución del pontificado como la más extraordinaria y admirable que se ha conocido y se conoce en la tierra. No es hombre de

Estado quien diga que el gobierno de la Iglesia no es el gobierno más sábio, perfecto y estable de todos cuantos han conocido los pueblos.

Nunca se combinaron y armonizaron tan bien como en el seno de la Iglesia los elementos constitutivos de toda sociedad humana: la soberanía, la aristocracia y la democracia. Junto á un poder supremo universal é indivisible, cabeza de toda la jerarquía sagrada y depositario único de la soberanía, está el cuerpo de los obispos y demás pastores, que como elemento aristocrático intervienen con jurisdicción y poderes propios en el gobierno espiritual; y al mismo tiempo, en la base de esa construcción social, hay un elemento democrático, que si no tiene participación directa en el gobierno, forma, sin embargo, la democracia mejor constituida y gobernada, la democracia rodeada de mayores libertades y prerogativas, la mejor asistida en sus necesidades, la más respetada en sus derechos, la única que puede decir que sus pastores son siervos de los siervos de Dios.

Nadie ha resuelto mejor que la Iglesia el difícil problema de constituir una sociedad con la más vigorosa unidad posible, al mismo tiempo que se dejaba á los miembros la mayor independencia y libertad. La Iglesia es á un tiempo la unidad soberana y la variedad suprema. Siendo su monarquía una, indivisible, universal, es, no obstante, una especie de federación, en la cual las diócesis diversas y las provincias eclesiásticas forman en cierto modo como Estados diversos, dotados de toda la independencia y libertad necesarias para satisfacer á las tradiciones y al carácter de cada pueblo de la Cristiandad.

Esa organización poderosa, que abarca al universo y llama á su soberanía á todos los pueblos y á todas las razas, es tan espansiva, que se amolda sin esfuerzo á las circunstancias más estrañas y diversas de tiempos y lugares. Es á la vez una monarquía completa, una aristocracia admirable y una democracia perfecta. Reune todas las ventajas de la monarquía

hereditaria y de la monarquía electiva, del gobierno absoluto y del gobierno mixto. El poder en ella es activo, robusto y enérgico, pero de ningun modo opresor. En la cúspide como en la base de su jerarquía, en el fondo de todas las instituciones, el derecho de todos se ve rodeado de tradiciones, de costumbres y principios tutelares.

Ademas, esa autoridad tan excelsa y suprema, que no se conoce en la tierra otra tan augusta y sublimada, nó se trasmite ni por el derecho hereditario, ni por la fortuna; desde el cargo mas humilde hasta la dignidad de pontífice máximo, como vicario de Cristo, todos los grados de la jerarquía eclesiástica pertenecen al mérito y á la virtud.

El pontificado romano es el único grado supremo al cual, por la simple eleccion y no como consecuencia de estadistas y revoluciones se han visto elevarse constantemente durante el trascurso de diez y nueve siglos individuos de las clases más pobres y abatidas. Ninguna sociedad como la cristiana, ningun gobierno como el de la Iglesia para ensalzar á los humildes.

Tales son los principios que desde el primer dia se informaron en la constitucion interna de la Iglesia y permanecerán en ella eternamente; porque es el Cristo su autor.

Este organismo admirable, obra de inspiración divina, aunque entregada á manos de los hombres, podrá en su manifestación externa estar sujeta á las alteraciones y mudanzas que introduce el tiempo en las instituciones humanas; pero el principio fundamental, ha permanecido y permanecerá siempre invariable: y uno de los espectáculos más grandiosos que ofrece la historia es el mostrar cómo la constitución de la Iglesia, manteniéndose siempre la misma, fué, sin embargo, bajo la dirección providencial y el gobierno del pontificado romano, desenvolviéndose en incomparable cuerpo de doctrina y dando vida á variedad infinita de instituciones, todas ajustadas á las necesidades de cada generación.

Lo mismo decimos del principado que el obispo de Roma ejerce en el seno de la Iglesia. Para demostrar su necesidad no es menester acudir á razones teológicas: basta el sentido comun.

Profiere, en efecto, la herejía más abominable, no sólo contra el dogma apostólico, sino tambien contra el sentido comun, quien pretenda que se pueda organizar una sociedad civil ó religiosa sin un centro de unidad; que se puede crear una nación sin un poder central en la nación; que se puede formar una Iglesia universal sin un poder central de esta Iglesia universal.

Pasaría por loco en política quien se atreviera á decir que se puede constituir un imperio germánico sin un emperador germánico; un imperio de Occidente sin un emperador de Occidente; ó una república federativa de los Estados-Unidos sin un presidente ó un poder central de esta república.

Y comprenderán sin esfuerzo los hombres de Estado, que desatino igualmente grande es en el órden del gobierno eclesiástico decir que ha de existir una Iglesia, Una y Universal, sin un jefe, sin un centro de esa Iglesia, Una y Universal.

La esencia de la religión cristiana es la universalidad de sus dogmas, que abarcan á todos los pueblos y á todas las edades; esta religión universal no puede vivir sin un gobierno, sin un centro ó jefe de su gobierno. La tiara del romano pontificado es por lo tanto la esencia del dogma cristiano; negar su autoridad equivale á negar la esencia misma del Cristianismo.

Todo culto que se separa de Roma se separa del seno mismo del Cristianismo, y toda Iglesia que se diga disidente se aparta, no sólo del Catolicismo, sino tambien del Cristianismo, pues sin Catolicismo no hay Cristianismo. No caben ni sutilezas ni evasivas contra este principio axiomático, magistralmente sentado por De Maistre: «que sin el soberano pontífice no hay verdadero Cristianismo; y que ningun hombre

de buena fé, separado de la Iglesia romana, se atreverá á afirmar bajo su honor, si tiene algo de ciencia y de sentido comun, que se puede fundar una religión universal sin una Iglesia universal, y una Iglesia universal sin un centro, sin un jefe de esa Iglesia.»

A este último resultado viene, sin embargo, á parar el Cristianismo de las Iglesias disidentes. La soberanía de un jefe de la Iglesia universal y la independencia del poder espiritual es, por el contrario, la base de granito sobre la cual el Cristianismo desde sus primeros días edifica la silla de San Pedro y empieza la soberbia y eterna construcción de su Iglesia. «La historia de esta Iglesia, exclama el protestante Macaulay, enlaza unas con otras las grandes edades de la civilización humana. Ninguna otra institución vive hoy que traiga á la memoria el recuerdo de los tiempos en que el humo de los sacrificios se elevaba ante los ídolos del Panteón, y los tigres y las panteras saltaban en el circo Flaviano. Las dinastías reales más orgullosas de su antiguo orígen no son sino de ayer, cuando se comparan con la sucesión de los soberanos pontífices. Sin interrupción podemos seguir esta sucesión desde el papa que coronó á Napoleón en el siglo décimonono hasta el papa que ungió à Pipino en el siglo octavo; y más allá del reino de Pipino asciende esta augusta dinastía hasta perderse en el crepúsculo de la fábula (1). En punto á antigüedad la república de Venecia viene despues del pontificado. Pero comparada con el pontificado, la repú-

(1) No solo hasta el papa que ungió á Pipino, sinó ocho siglos más allá podemos seguir sin interrupción esta augusta dinastía. «¡Qué consuelo para los hijos de Dios y qué motivo de convicción para ellos, dice Bossuet, cuando ven que desde Inocencio XI, que hoy tan dignamente ocupa la primera cátedra de la Iglesia, seguimos sin interrupción la dinastía de los pontífices hasta el mismo Pedro, constituido por Cristo príncipe de los apóstoles; y que volviendo á tomar desde allí la série de los pontífices que sirvieron bajo la ley, llegamos hasta Aaron y hasta Moisés, y de éstos hasta los patriarcas y hasta el orígen del mundo! ¡Qué sucesión, qué tradición, qué enlace maravilloso! Si nuestro entendimiento, siempre incierto por naturaleza y convertido por sus propias incertidumbres en juguete de sus propios razonamientos, siente necesidad, en los asuntos en que se trata de su salvación, de verse fijado y resuelto por una autoridad segura, ¿qué autoridad mayor se le puede ofrecer que la de la Iglesia católica, que en su seno reune toda la autoridad de los siglos pasados y de las antiguas tradiciones del género humano hasta su primer orígen?» BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal,* parte II, c. XIII.

blica de Venecia es moderna. Desapareció la república veneciana, y el pontificado subsiste. Y subsiste el pontificado, no en estado de decadencia, no como antigualla, sino lleno de vida, de fuerza y lozanía. La Iglesia católica envia todavía á las extremidades del globo misioneros tan celosos como aquellos que con Agustin abordaron en nuestras playas de Kent; todavia hace frente á sus enemigos coronados con el mismo vigor que desplegaba ante Atila. El número de sus hijos es hoy mayor que nunca. Sus adquisiciones en el nuevo mundo compensan con exceso lo que haya podido perder en el antiguo. Su autoridad espiritual domina sobre las vastas regiones que se extienden desde el Misuri hasta el cabo de Hornos, regiones que de aqui á cien años tendrán probablemente tan numerosa población como la que hoy vive en Europa. Ninguna señal veo que indique el término próximo de su larga dominación. Vió el principio de todos los gobiernos y de todos los establecimientos eclesiásticos que viven hoy en el mundo, y no estoy convencido de que no haya tambien de presenciar su fin. Era grande y respetada antes que los francos atravesaran el Rhin, cuando la elocuencia griega florecia en Antioquía, cuando aún se adoraban los ídolos en la Meca, y probablemente conservará su vigor cuando algun viajero de Nueva Zelandia venga á sentarse en medio de una vasta soledad sobre los restos de un arco del puente de Lóndres para dibujar las ruinas de San Pablo» (1).

II

Establecimiento y triunfo maravilloso de la Iglesia

¡Qué comienzo, sin embargo, tan extraordinario por lo humilde el que tuvo esta Iglesia! Nada puede concebirse más asombroso; jamás se presentó tan manifiesto en la historia el decreto providencial.

1—Macaulay, *Juicio crítico sobre la historia de los papas,* del doctor L. Ranke.

Suele decirse que los grandes hechos providenciales se caracterizan generalmente por el contraste entre la pequeñez de los medios y la grandiosidad del resultado, por la desproporción entre la flaqueza de las fuerzas y de los agentes que en ellos intervienen y la obra extraordinaria que producen superando los más increibles obstáculos. Considerada en su principio la empresa parece obra propia de dementes: todo en ella choca y repugna á los cálculos de nuestra razón; para el común de los humanos reune todas las apariencias de insensato quien la intenta y tiene fé en ella, y además, sobre esta empresa, que de suyo tenemos por imposible de realizar, dada la pobreza de los medios, parece que se vienen á acumular estorbos tales y tan extraños que para dominarlos creeríamos impotentes á todas las fuerzas humanas.

No obstante, contra todos los cálculos de la humana previsión, lo que parecia insensatez se impone al universo conjurado contra ella, y produce el resultado más admirable y grandioso. Jamás se acumularon todos estos caracteres de un modo tan elocuente como en la fundación del pontificado romano. Circunstancias más difíciles que aquellas en que se vió el primer príncipe fundador de tan augusta dinastía cuando se dirigió hácia la gran ciudad donde había de erigir su sólio; recursos más flacos, obstáculos más insuperables, empresa más gigantesca, y por tanto, dada la flaqueza de los medios, más desatinado, no la ha conocido el hombre en la historia.

En absoluta pobreza y desamparo, con todas las privaciones y fatigas de su condición, Simon Pedro, el pescador de Genezareth salió de Jerusalen, cruzó el Asia Menor, y no deteniéndose en Antioquía más que el tiempo preciso para fundar una Iglesia, se encaminó en derechura hácia la ciudad reina del orbe. Entró en la ciudad predestinada, vagando como extraño y desvalido por aquellas grandes vías cubiertas de palacios, templos y de todas las señales del poderío y de la magnificencia.

Vió allí muchedumbres inquietas, que inundaban el foro y el coliseo, habituadas á vivir y gozar con los despojos del universo; vió á las altas magistraturas funcionando con todo el esplendor de la majestad romana; lictores, centuriones, patricios, pro cónsules, generales triunfadores corriendo presurosos á la mansión del césar ó á los demás centros de la administración imperial, mendigando serviles la protección de Neron, ó corriendo en pós del aura popular; las soberbias damas romanas llevadas ostentosamente por muchedumbre de esclavos y libertos; al hombre de toga y al tribuno volviendo del foro rodeados de la turba de sus admiradores y clientes; al mercader interesable y desalmado esperando afanoso el arribo de las naves cargadas de mercaderías y tesoros sacados de los confines del mundo; los sangrientos delirios del circo, las hecatombes ante los ídolos y las procesiones triunfales de los dioses del Estado; aquellas legiones que como martillos de hierro habían derribado los tronos, ejércitos y dominaciones de la tierra; aquel venerable senado romano, asamblea que no tuvo igual en las artes de la política, y en cuyo seno se ventilaban entonces los destinos de todos los pueblos; se vió, en fin, rodeado de los imponentes símbolos de un poderío sin límites, de las maravillas de una civilización heredera de la civilización de todos los imperios; contempló los monumentos y esplendores de una religión secular, asentada sobre los mismos cimientos que el colosal imperio.

¡Qué contraste tan grande entre la grandeza romana y la pobreza de aquel hombre que vagaba como extraño por la ciudad! Antiguo pescador, peregrino, anciano que venía de Oriente, oscuro plebeyo de todos desconocido, las gentes de Roma le tomarían al pasar por algún hijo de Egipto, por judío ó caldeo ó súbdito de alguna de las provincias orientales que acababan de someter las legiones.

Si alguien hubiera dicho entonces á los romanos

que aquel anciano, que como peregrino venía de Oriente, había acudido á Roma para fundar una dinastía mil veces más augusta que la de los Césares y destinada á expulsar de Roma á los Césares, y se proponía fundar una soberanía religiosa, destinada á ser heredera de la soberanía romana, y á destruir toda aquella civilización para levantar en su lugar una civilización eterna; y que para realizar tales mudanzas no había de emplear otro medio que el anunciar á las gentes que él era el enviado y apóstol de un judío que espiró en Jerusalen con los tormentos del suplicio infame de la cruz, y referirles al mismo tiempo que ese hombre, muerto como el más vil de los esclavos, era el único Dios verdadero, Hijo en la Trinidad divina, lo mismo los patricios como los plebeyos, y las altas dignidades del imperio como la plebe fanática, tuvieran unánimes á tal hombre por el más insensato de los dementes.

Ese fué, sin embargo, el decreto providencial, que se cumplió al pié de la letra. Y el historiador tiene que estimar como uno de los misterios más inexplicables que encierra la historia, la rapidez asombrosa con que se efectuó tan prodigiosa mudanza y se difundió el Evangelio por la tierra.

A los dos siglos del martirio de Simon Pedro, el emperador Dioclesiano declaraba ya que «prefería tener un competidor al imperio mejor que un obispo de Roma»; y medio siglo más tarde, Constantino fundaba en Oriente la nueva metrópoli donde se habían de refugiar los Césares romanos, para dejar la antigua capital al pontífice romano.

Pocos años despues de la crucifixión de Cristo, San Pablo anunciaba ya á los romanos que el Evangelio estaba anunciado por todo el orbe; escribía á los colosenses, que toda criatura que habitaba la tierra había oído el Evangelio, y que la sublime enseñanza crecía y fructificaba por todo el universo.

Cuando predicaban los discípulos de los apóstoles, podía decirse que no había pueblo tan salvaje ni ri-

bera tan lejana á donde no hubiera llegado la Buena Nueva. Cien años después de Cristo, San Justino contaba entre los fieles á muchas naciones bárbaras y hasta pueblos nómadas que vagaban por la tierra sin morada fija. Poco despues San Ireneo podía incluir aún mayor número de naciones en el místico rebaño. En el siglo III, Tertuliano y Orígenes enumeraban todavía más pueblos en el seno de la Cristiandad. Y breve tiempo despues de Orígenes, Arnobio acreditaba que el dominio de la Iglesia se extendía hasta por naciones y tribus que apenas había oido nombrar el mundo antiguo, y designaba como cristianos pueblos no enumerados por Tertuliano.

Y no habia en este recuento exageracion ninguna, porque era un suceso maravilloso que traía asombrados á fieles y paganos, y que los cristianos perseguidos podian exponer á la faz del gobierno imperial y de los perseguidores sin temor de ser desmentidos.

¿Cómo pudo el universo rendirse tan pronto ante la doctrina del Crucificado? ¿Cómo los pobres artesanos de Galilea pudieron hacerse oír de todas las naciones y convertirlas á su fé? ¿Cómo el oscuro fundador de la poderosa é inmortal dinastía espiritual pudo vencer al colosal imperio y conseguir que tan rápidamente en la misma Roma sus sucesores se alzaran con majestad mayor que la de los Césares, y extendieran su dominio más allá de los límites de la dominación romana?

Niéguese, si se quiere, que en todo esto haya habido milagro é intervencion sobrenatural; pero será entonces preciso convenir en que no ha habido milagro mayor ni más increible que el de haber en tales condiciones y con tan flacos recursos y extraños medios convertido al mundo sin milagro, y hecho entrar á tanto ignorante en la fe de misterios tan sublimes, y haber inspirado á tantos y tan ilustres sábios tan singular sumisión y haber convencido de tantas cosas increibles á los incrédulos, y haber matado al mundo antiguo, traido á ruina civilizaciones secula-

res, destruido el más poderoso de los imperios, trasformado la tierra y producido una era nueva é incomparable en la historia, produciendo en la vida social alteraciones y mudanzas tales que ahora, al cabo de diez y nueve siglos de verlas florecer, la imaginación apenas acierta á concebir cómo se pudieron implantar en el cuerpo decrépito y podrido del paganismo.

En una palabra, la conversión del género humano, emprendida por doce artesanos ignorantes y rudos, y realizada casi instantaneamente, sin un acto de violencia, por la única fuerza de una predicación que, lejos de dirijirse á la imaginación y los sentidos y de halagar intereses y pasiones, castigaba, por el contrario, á la imaginación y los sentidos, y mandaba reprimir toda sensualidad y codicia, ó se ha realizado con el milagro de la intervencion divina, ó de lo contrario es el mayor y más asombroso de los milagros y ese hecho, el más culminante de cuantos registra la historia, es un suceso maravilloso de cuya realidad no pueden dudar nuestros sentidos, y que nuestra razon, sin embargo, no alcanza á comprender.

*
* *

Esta Iglesia, cuyo vigor no han hecho sino aumentar los siglos, ha sufrido, sin embargo, en todo el curso de su vida, las más tremendas tempestades. Quien reflexione sobre el modo que ha tenido de sobrevivir á ellas, habrá de confesar que no puede perecer por grandes que sean las catástrofes que en adelante puedan venir.

La antigua Roma, aunque habiendo abandonado las seculares tradiciones de su libertad para entregarse á la tiranía de los césares, brillaba aún con todo el esplendor de su grandeza; aún veía postrado y sumiso á sus piés al universo entero. Jamás se había conocido, ni volverá á conocerse quizás, imperio más poderoso, organización social dotada de más vigorosos elementos de dominio.

Más, doce plebeyos humildes salen de un rincón casi ignorado de la Siria, y sin otras riquezas que los preceptos de caridad y amor recogidos de los lábios de un crucificado, sin otras armas que su celo y fé ardiente, y teniendo en las manos una cruz, emblema del suplicio del esclavo, se lanzan á estremecer al mundo can la predicación de la Buena Nueva, y ellos solos hacen frente al coloso que esclaviza al orbe.

Contra sus predicaciones se desata al instante espantosa tempestad. Los sacerdotes del antiguo culto, los emperadores, el pueblo, todos los poderes sociales de un mundo destinado á perecer, sobrecogidos en su agonía por el primer vago terror de la muerte, se conjuran para exterminar la nueva religión del Galileo.

Pero los apóstoles, erguida la frente, sin intimidarse por amenazas, prosiguen serenos su misión entre las naciones, aletargadas en deleites y prostituidas al pié de los altares de una religión depravada.

A los halagos seductores de los sentidos, á los placeres da la orgía, á los mitos ardientes, á las voluptuosas solemnidades del paganismo, á la moral epicúrea, á la corrupción monstruosa de las costumbres, al desenfreno de todos los vicios, á la desesperación estóica, sustituyen la severidad y la tristeza del culto de las catacumbas, los gemidos, los sufrimientos, los cilicios de la penitencia, los tormentos, los pavorosos dolores de la persecución, las angustias de la vida, las esperanzas en la muerte, la abnegación, la pobreza, el sacrificio heróico, la práctica de las más dificiles virtudes.

Se empeña lucha implacable entre la Iglesia y el universo pagano, lucha admirable y sangrienta, sin igual en los anales de los siglos.

Por donde quiera surgen instrumentos de bárbaro suplicio. Edad, virtud, candor, encantos de la inocencia, rasgos incomparables de abnegación y caridad, nada detiene el brazo del verdugo. El pueblo quiere recrearse y gozar con la agonía de los mártires.

No hay crueldad ni tormento que no imagine la tiranía para hacer mayores las angustias de las madres, más terrible aún la muerte de las virgenes y acabar de una vez con la nueva religión. Más de tres siglos dura la lucha; pero los verdugos se cansan al fin del repugnante oficio, las gradas del circo quedan poco á poco desiertas, los ídolos caen de sus altares, los dioses del Panteon se despeñan por la roca Tarpeya, el lábaro augusto, símbolo sagrado de paz y de libertad, ondea sobre el sólio de los mismos césares sus perseguidores, y entre las ruinas del paganismo surge majestuosa la cruz del Calvario, teniendo prosternados á sus piés á los pueblos regenerados, que lleno de esperanzas el corazón meditan tranquilos sobre las inefables verdades del Evangelio.

El paganismo habia infestado la tierra con la lepra de todos los vicios; pero con la fé en los nuevos misterios, las virtudes más difíciles y sublimes, los sacrificios más heróicos se multiplicaron por las naciones.

Fueron entonces innumerables los ejemplos de ricos que se empobrecieron para amparar á los pobres, de pobres que prefirieron la pobreza á la fortuna, de vírgenes que imitaron en la tierra la vida de los ángeles, y de creyentes que afrontaron todos los tormentos antes de faltar á la menor obligación de conciencia.

En lugar de la obscena bacanal que resonaba sin cesar por todas las ciudades del imperio, el espiritu de mortificación y penitencia se apoderó de los hombres. Nunca los tribunales de la justicia humana trataron á los delincuentes con mayor severidad que la que empleaban contra si mismos aquellos pecadores arrepentidos y penitentes. Hasta los mismos inocentes reprimían con increible rigor la inclinación al pecado, ingénita en nuestra naturaleza.

La vida solitaria del Bautista, que tanto asombró á los judíos, se hizo comun entre los fieles. Los desiertos se poblaron de santos anacoretas, que huian del mundo para alcanzar mejor la perfección cristiana.

La Iglesia, en fin, habia vencido para siempre al paganismo, y derramaba entre los pueblos los frutos admirables del Evangelio.

***

Una prueba mayor esperaba á la Iglesia. No habia aún salido triunfante de esta lucha espantosa y suprema, con la cual intentó el paganismo ahogarla en la cuna, cuando en su misma seno se forma de pronto otra tormenta no menos terrible. Las herejías empiezan á desgarrarla.

Brillaba entonces entre todas las ciudades la hermosa Alejandría. Su escuela era el oráculo del mundo. En su biblioteca habian depositado su testamento los siglos de la era antigua. Alejandro, rodeado de todos los pueblos helénicos, acompañado del génio de Homero, de Esparta y Atenas, del génio de las artes y de la filosofía helénica, habia acudido á orillas del Nilo para fundar la hermosa ciudad hija de Asia y Europa, en cuyos muros se habian de juntar todas las razas, todos los pueblos, todas las teogonías, todas las ciencias y escuelas del mundo antiguo: el panteismo de Brahma y el antropomorfismo helénico, Valmikí y Homero. Cápila y Sócrates, Aristóteles y Platon, Serapis y Júpiter, los dioses asiáticos y el Dios uno y eterno del Antiguo Testamento, como si fuera la encarnación viva de la conciencia humana, el admirable reflejo de todas las ideas antiguas en su mayor variedad y grandeza, la síntesis de las edades pasadas antes de espirar en el seno del Cristianismo.

Ante esa gigantesca amalgama de todas las filosofías y de todos los cultos del universo congregados en los muros de una misma ciudad, la imaginación se sentía desfallecer y las cabezas de mejor temple, los más sábios doctores divagaban entre los sueños teúrgicos del Oriente y las filosofías incoherentes y sofísticas del Occidente. Fascinados por la contemplación de todas las filosofías y de todas las religiones

que habían seguido los hombres, los teosofistas revolvían con predilección el proyecto fantástico de fundar una nueva religión con los escombros de todas las religiones seculares; y los filósofos intentaban crear una nueva filosofía con el resíduo de todas las filosofías.

Del seno de aquella brillante ciudad, en cuya Academia estaban efervesciendo todos los sistemas, se levantó la protesta de fuego. Un clérigo de Alejandría proclama la rebelión contra el dogma y la jerarquía católica, niega por un lado la divinidad de Jesucristo, y por otro, resucitando los recuerdos paganos, quiere unir en las manos del César el pontificado y el imperio, cuyo consorcio había desechado el Cristianismo.

Numerosos prelados se unen á su protesta. Los emperadores patrocinan la herética doctrina; Constancio y Valente le prestan el apoyo del brazo secular; el mismo Constantino vacila. Sonríe y halaga á los príncipes la idea de ver unidos en su mano los atributos de los dos poderes.

La Iglesia se mantiene firme, guardando incólumes las tradiciones de la fé y robusteciendo con mayor vigor la independencia de su jerarquía ante la protesta triunfante. Teodosio al fin se declara contra la herejia, y perece la ardiente controversia. Era tiempo, pues la herejía estaba amenazando de muerte á la Iglesia y á la sociedad entera.

Había adquirido proporciones increibles, que nunca alcanzó más tarde el protestantismo. Había puesto á la Iglesia católica en minoría. Casi todas las sociedades europeas se habían convertido á principios del siglo V en naciones arrianas y vivían fuera del gremio católico. Todos los pueblos bárbaros, á excepción de los francos, eran arrianos. Teodorico en Italia, Alarico en la Galia Narbonense, los godos de Aquitania y España, los burgundios de la Galia Lionense, los suevos en Galicia, los vándalos en Africa, eran arrianos. Anastasio, que reinaba en Oriente, seguía la herejía de Eutiques.

Contra otras herejías, si no tan imponentes, movidas en cambio por pasiones todavía más feroces, había tenido mientras tanto que luchar la Iglesia. Citarémos como ejemplo á los donatistas, que destruyeron la hermosa Iglesia africana, sin que bastara á contener sus furores toda la ciencia, dialéctica y celo de San Agustin. Y en Oriente á Nestorio y Eutiques, que trastornaron al imperio con sus disputas teológicas, y pusieron al Asia Menor en sedición, produciendo las terribles escenas de aquel concilio, cuyo recuerdo ha quedado en la historia con el nombre de *el latrocinio de Efeso.* Escenas de indescriptible tumulto y atroces profanaciones, representadas por las más altas dignidades eclesiásticas de Palestina y Egipto: patriarcas, arzobispos, monjes y sacerdotes convertidos en séides feroces de la herejía monofisita, y que llegaron hasta pisotear y apalear bárbaramente en la misma basílica cristiana al patriarca de Constantinopla, el santo arzobispo Flaviano.

Y mientras tanto, el mundo presenciaba uno de los mayores cataclismos de la historia. Se desplomaba el coloso romano, gangrenado por todos los vicios y asaltado por las hordas invasoras; y el Pontífice tenía que contener á las puertas de Roma el furor de Atila; y los bárbaros conquistadores, capitaneados por el feroz Genserico, se entregaban á orgías de matanza y botin en la ciudad reina del mundo.

Esta tormenta, sin embargo, poco á poco se desvanece tambien, como la tormenta pasada. Siglo y medio más tarde el arrianismo había muerto: Italia abjuraba el error; España se declaraba católica con Recaredo; el emperador Justino completaba en Oriente la obra de Teodosio, y la secta arriana desaparecía de Africa con los vándalos, destrozados por Belisario. La Iglesia romana surgía del seno de la tormenta más fuerte y poderosa que nunca. La herejía, que dos veces había estado á punto de conquistar al mundo, quedaba reducida á miserable secta en Oriente, y desaparecía de Occidente, esperando que algunos

séides de la reforma y algunos escritores de nuestra edad vinieran á remover doce siglos despues sus podridos escombros.

¡Qué sublime espectáculo el que presentó entonces el Pontificado que, desde Pedro primer Vicario de Cristo, había venido rigiendo la Iglesia! Nunca habían conocido los hombres majestad comparable á la majestad con que se presentó la Iglesia ante los pueblos al salir la sociedad de aquellos siglos que presenciaron la más terrible confusión y anarquía que recuerda la historia.

Caído para siempre en Roma el simulacro de la antigua constitución imperial, hácia la cual, por gratitud y condescendencia, la Iglesia tenía contraidos hábitos de sumisión que, aunque de mera apariencia, dificultaban su acción libre y tranquila, estorbando su independencia, la Iglesia, personificada en el Pontificado, era el único poder constituido que permanecía en pié y más fuerte y poderoso que nunca, cuando todos los demás yacían en tierra.

Los bárbaros, que sin dejarse dominar por ninguna fuerza humana, con sus férreas mazas hacían pedazos por todo el suelo europeo la constitución y el dominio imperial, se prosternaban á los piés de un poder espiritual, que con doctrinas sencillas y claras, con jerarquía firme y unida, con el esplendor de ceremonias augustas, les presentaban una moral que, aún violándola, debían todos admitir; dogmas y verdades sobrenaturales, que únicamente requerían fé y no sutiles raciocinios.

Poderosa y magistralmente organizada, cuando todo estaba sumido en profunda confusión y anarquía, la Iglesia extendía por donde quiera su dominio, y hallaba medios de hacer respetar su autoridad hasta en el fondo de los desiertos. Por donde quiera, á nombre de Dios, intimaba al bárbaro que cesase en su obra de destrucción; al pié de sus altares ofrecía siempre protección al débil; congregaba alrededor de sus iglesias á todos los elementos de la vida so-

cial; desempeñaba en los municipios los antiguos oficios de la administración imperial; se encargaba de las embajadas, de las altas y de las humitdes magistraturas; tomaba asiento en los tribunales y en los consejos supremos de los reyes.

¡Cuán grandes beneficios hizo á la sociedad arruinada!

Colocada al frente de la civilización, cuidadosamente desenvolvía en todos lados los gérmenes de nuestros grandes destinos; era el pedestal de toda organización social y política, el indispensable auxiliar de los planes grandes ó pequeños que se formaban sobre constitución de las nacionalidades. Carlo-Magno no se atrevía á edeficar su vasto imperio sin el apoyo de la Iglesia, ni se atrevía á ser emperador sin que el Papa ciñera sus sienes con la diadema imperial.

La Iglesia y el Estado, entonces poderes distintos, pero íntimamente unidos, recogían admirables frutos de su independencia y unión recíproca. La Iglesia era poderosa, grande, respetada; y el Estado contaba con el auxiliar más enérgico para constituir las nuevas nacionalidades, según los nuevos principios.

*
* *

Pero mientras en Occidente se realizaba esta gran obra, el Oriente continuaba degradándose en la más abyecta decadencia.

Monstruo de cuerpo raquítico y cabeza deforme, que se pretendía heredero de los derechos del imperio romano, por su extención y múltiples recursos de poder y prosperidad hubiera podido ocupar el primer puesto entre las naciones cristianas. Pero condenado á una agonía de más de diez siglos, no daba otras señales de vida que los delirios, que suelen exaltar á los Estados como á los hombres moribundos.

Los patriarcas, á quienes por aquellas regiones

había confiado la Iglesia el cuidado de las almas, vivían atormentados por la ambición de igualarse al pontífice romano; y para satisfacer su desatinada soberbia intrigaban allí en la corte con las mujeres y los eunucos; patrocinaban la tiranía y corrupción de los cèsares, acumulaban en las escuelas sofismas sobre sofismas, y hacían y deshacían á docenas las más extrañas y sutiles herejías.

No era aquel imperio, que por todos estilos merece llamarse *Bajo*, el heredero de las tradiciones romanas: vivía más bien de tradiciones griegas degeneradas. Del carácter griego había heredado el rasgo que pinta á la antigua Grecia, y la hizo inepta para toda gran unidad política ó moral. En ningún tiempo pudieron comprender los griegos lo que es la unidad moral ó política, jamás supieron formar una nación. Sus pueblos, divididos en ciudades independientes, confederadas unas veces, con más frecuencia desgarrándose en luchas civiles, brillaron bajo esa forma, porque no pueden brillar y prosperar las naciones sino con la constitución más adecuada á su carácter. Pero en política como en religión, en filosofía como en artes, nunca acertaron sino á personificar el espíritu de variedad, división y discordia.

Ajenos á toda idea de unidad, en política les inspira su génio nacional múltiples y opuestas constituciones; en el lenguaje, dialectos distintos; en las artes, diversos estilos; en la filosofía, variedad de escuelas y abundantes sofistas; en religión, variedad de cultos y sectas y herejías.

El imperio de Bizancio heredó con creces esta inclinación de la raza helénica. En religión fué lo que le pedía su génio que fuera: discutidor, disidente, cismástico, *hereje*. Entre ellos hizo fortuna esta palabra del antiguo, dulce y gráfico dialecto ático.

Apenas conocieron el Evangelio, cuando con su carácter sofístico empezaron á dar ellos solos más que hacer á la Iglesia que todas las demás naciones reunidas. «Sutiles ergotistas, poseidos del demonio del

orgullo y de la disputa, dice De Maistre, consiguieron ahogar en ellos el sentido comun. Mezclaron á nuestros dogmas no sé qué temeraria metafisica, que esteriliza la sencillez evangélica. Queriendo ser á la vez cristianos y filósofos, no fueron ni filósofos, ni cristianos. Revuelven con el Evangelio el espiritualismo de los platónicos y los sueños del Oriente. Armados de insensata diálectica, quieren dividir lo indivisible, penetrar lo impenetrable. En vez de creer, disputan; en vez de adorar, argumentan. Los caminos se llenan de obispos que acuden al concilio, el servicio de postas del imperio apenas puede dar abasto: Grecia entera es una especie de Pelopenoso teológico, en donde átomos luchan por átomos. La historía eclesiástica, gracias á esos inconcebibles sofistas, se convierte en libro peligroso. Al presenciar tanta locura, tanto ridiculo y tanto furor, la fé vacila, y exclama el lector, lleno de repugnancia é indignacion: *¡gentes insensatas!*

Bizancio haria creer en el sistema de las influencias climatológicas, ó en algunas exhalaciones peculiares á ciertas tierras, que influyen de un modo invariable sobre el carácter de sus habitantes. La soberanía romana, al sentarse sobre aquel trono, como sobrecogida de no sé qué influencia mágica, perdió el uso de razón, para no volverlo á recobrar. Recorred la historia universal, y no hallareis más miserable dinastía. Imbéciles ó furiosos, ó uno y otro á la vez, esos inaguantables príncipes dirigieron sobre todo su locura del lado de la teología; en ella hizo presa su despotismo para dejarla sin cabeza ni piés. Los resultados los conocemos. Pereció aquel imperio como habia vivido. Echaba abajo Mahometo las puertas de la ciudad, mientras argumentaban los sofistas SOBRE LA GLORIA DEL THABOR».

Con Focio se agrió la disputa, y de aquel hormiguero de sofistas y energúmenos ergotizantes, empezó á resultar lo que más tarde ó más temprano inevitablemente habia de venir. La Iglesia, que habia podido

vencer á los arrianos, dominar á los bárbaros, convencer y aniquilar á los maniqueos, que podrá devolver la razon á un filósofo de la moderna Alemania ó á un discípulo de Hegél ó de Krause, no pudo curar de su locura á los sofistas del bajo imperio, y tuvo que dejar que continuaran estropeándose unos à otros con vaporosos sofismas.

Para volver al gremio de la Iglesia madre, necesitan aquellos pueblos comprender primero el valor de la gran unidad moral, de que en mal hora para ellos los separó el cisma que por tanto tiempo les ha hecho vivir como fuera del gremio de la sociedad europea civilizada.

Grandes crisís está hoy ofreciendo el Oriente; le ha sucedido al imperio de Mahoma lo que le sucedió á la soberanía romana en cuanto se sentó sobre el trono de Bizancio. Ha perdido el seso, y tal vez para no volverlo á recobrar jamás, al ménos en Europa. Verdadero y completo bajo imperio es éste para los modernos, como bajo imperio era aquél en los tiempos de la Edad Media.

Desde que el estandarte de la media luna se izó en Santa Sofía, el gran turco ha caido en el estupor de la decadencia. Siglos van corriendo desde que la diplomacía empezó á darle el título de Gran enfermo. ¿Durará la decadencia tanto como duró la del antiguo bajo imperio? Difícil es decirlo; pero si las razas sometidas hoy en esas regiones á la sublime tiranía otomana hubieran escarmentado de su antiguo espíritu de división y de discordia, y adquirido mayor apego al gran principio de unidad en el órden moral, podría asegurarse que estaba medio resuelto el problema en órden político. El primer paso que tienen que dar esos pueblos, si quieren ser prósperos, es inclinarse en el terreno espiritual hácia el Pontificado, como se lo propone el sabio León XIII.

La autoridad de los pontífices les librará de la tiranía de czares-pontífices, que cuando se trata de oprimir hallan á mano armas espirituales y temporales

tan poderosas como la de los sultanes. La autoridad del pontífice, al consagrar su independencia, comunicará á su nueva nacionalidad esa poderosa fuerza constituyente, con la cual la Iglesia ha ido construyendo las grandes sociedades europeas.

III

Grandes victorias del Pontificado

El mismo siglo onceno que vió consumarse el cisma de Oriente, presenció en cambio un enérgico trabajo de reorganización y reforma en la Iglesia cuando mas la necesitaba. Iba á verificarse mejor que nunca la declaración de Jesucristo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las potestades del averno no prevalecerán contra ella». Y ha sido, en efecto, el Pontificado de Pedro la salvación de la Iglesia á través de los siglos.

La Iglesia, entonces completamente avasallada por los emperadores, no puede ni aùn elegir sus obispos y nombrar las personas que han de desempeñar las dignidades de sus beneficios. Los príncipes disponen á capricho del báculo y del anillo de los obispados, como de las jurisdicciones temporales de sus reinos; y la sociedad cristiana se estremece con los incesantes escándalos de ver vendidas como en pública subasta las sillas episcopales, y entregadas al mejor postor, ó al intrigante más hábil, ó al privado de los emperadores, personas todas corrompidas y viciosas, que no ven en la mitra y en la púrpura romana sino el medio de satisfacer las pasiones más viles. Parecian haber llegado para la Iglesia los tiempos apocalípticos.

Más entonces ciñó la tiara romana uno de los caracteres más grandes que se han conocido; un hombre superior quizás al mismo Carlo-Magno, no sólo por la magnitud de las empresas que acometió, sino por la energía sin ejemplo y la incomparable sagaci-

dad y previsión de que dió pruebas, al dar cima él sólo, en medio del mayor desenfreno de pasiones brutales y perversas, á la reorganización y reforma más trascedental que se ha conocido en la Iglesia hasta los decretos del Concilio tridentino.

El gran pontífice Gregorio VII empuñó las riendas del gobierno eclesiástico, y con energía apenas creible atacó en su raíz los vicios que degradaban á la Iglesia y la mantenían avasallada á las pasiones del mundo. Reformó la disciplina y las costumbres; reorganizó las órdenes monásticas con reglamentos de la más severa y terrible observancia; emprendió contra los Césares la gloriosa lucha de las investiduras, y humilló en la trágica escena de Canosa la soberbia imbécil de los césares alemanes, que no cesaban de trastornar al mundo, y traspasando periódicamente los Alpes, asolaban la Italia y consumían las fuerzas del imperio persiguiendo con tenacidad salvaje esa fantasma de la diadema y púrpura romana que, según ellos creían, había de darles la soberanía universal.

Gregorio VII salvó la independencia de Italia y de las naciones cristianas poniendo á raya las pretensiones de aquellos supuestos herederos del imperio romano, que soñaban sin cesar con proyectos de monarquía universal y se agitaban como energúmenos coronados en el seno de la Cristiandad para sentar á su favor en el derecho público de las nacionalidades la máxima predilecta de los legistas: «que el emperador es dueño y señor absoluto de todo el universo».

Gregorio VII, en fin, fué el pontífice inmortal que trasformó la degradada jerarquía eclesiástica en el cuerpo de disciplina más vigorosa que se había conocido hasta entonces; él fué quien hizo pedazos las cadenas que esclavizaban á la Iglesia, y prohibió á los prelados tomar posesión de la silla episcopal sin la prévia confirmación de la sede romana. Dominando con voluntad de hierro la explosión de iras y pasiones que sus reformas suscitaban en Inglaterra,

en Francia, en Hungría, en el Milanesado, en su misma Roma, no sólo consiguió, en medio de la Europa sumida en barbarie, formar una jerarquía virtuosa, firme, independiente en lo posible de los poderes temporales y magistralmente organizada para hacer respetar hasta en el último rincón la autoridad pontificia, y dar vigor al principio de la unidad moral de los pueblos; sino que le cupo la gloria de arraigar en las sociedades cristianas, con más firmeza que ningún otro pontífice, la gran verdad moral de que el poder inmenso del Cristianismo es nulo si no está concentrado en una sola mano que le ejerza y haga fructificar; pues en el órden social sucede con el Cristianismo diseminado por el globo absolutamente lo mismo que con las nacionalidades, las cuales no viven, ni tienen acción, ni nombre siquiera, sino en virtud de la soberanía que las representa y les dá una personalidad moral entre los pueblos.

Del cáos de corrupción y desenfreno que amenazaba devorar á nuestra Iglesia la sacaba de nuevo el pontificado más glorioso y prepotente.

No hace aún muchos años era costumbre entre los historiadores juzgar al gran pontífice como un carácter siempre daminado por arrebatos de fúria; como un déspota brutal, que desde la silla de San Pedro, con ferocidad impropia del vicario de Cristo, intentó avasallar todos los poderes de la tierra; como un frenético, en fin, que por las iras que contra la tiara romana suscitaron sus desatentados furores, más bien que de provecho sirvió de baldón para el pontificado. Hasta tal punto andaba falsificada la historia. Notable es en cambio la reacción que en favor de Hildebrando empieza á presentar en sus juicios una crítica histórica más ilustrada.

Conocido es el realce que dá al carácter de este varon insigne el protestante Gregorovius en su historia de Roma durante los tiempos medios. Menos conocido talvez es el juicio breve y severo, pero justo, que

sobre las memorables empresas de este pontificado ha hecho tambien en nuestros dias otro ilustre escritor, á pesar de sus preocupaciones de aleman y sus resábios de racionalista. «Este formidable Hildebrando, dice, nacido entre las clases inferiores, parece como el vengador del pueblo oprimido por la aristocracia cruel de la Edad Media. A su siglo de hierro opuso el poder de la inteligencia é hizo triunfar la idea sobre la fuerza bruta. El edificio espiritual empezado por él, y terminado por Inocencio III, conmovido con frecuencia hasta en sus cimientos, permanece aún en pié y tremola con arrogancia el estandarte de la monarquía pontificia. Monje humilde primero, Hildebrando llegó pronto á cardenal y dirigió con extraordinaria sagacidad la política de la santa Sede. Siguiendo sus consejos instituyó Nicolás II el Sacro Colegio, al cual está confiada la elección de los pontífices, hasta aquel día abandonada al clero y al pueblo de Roma. Era esto sustraer de un golpe la elección á la influencia de la nobleza romana y emanciparla del derecho de confirmación que ejercía sobre ella el emperador aleman.

Ceñido de la tiara pudo por fin Gregorio VII consagrarse á su jigantesco proyecto de alzar la soberania pontificia por cima de todos los poderes de la tierra, y convertir al vicario de Cristo en soberano señor de la Cristiandad. Para realizar su intento se apoyó Gregorio VII en la fé de los pueblos y en el respeto que entonces inspiraba la Iglesia; y á fin de dar todavia mayor vigor á esta autoridad del poder eclesiástico, operó con mano fuerte en el seno de la Iglesia tres reformas, tan importantes como necesarias: suprimió la simonía, prohibió á todo seglar conferir la investidura de los bienes y de las dignidades eclesiásticas, y asentó con el mayor rigor el celibato eclesiástico. La autoridad y la infabilidad pontificia quedaron reconocidas como superiores á las mismas decisiones de los concilios, y tuvieron como medio de acción las armas de la excomunión y del entredicho papal, ar-

mas terribles que anonadaban como un rayo á todo aquél contra quien se fulminaban, é infundian el espanto en las poblaciones de todo un pais.

Respetado en Italia, y temido fuera de ella, el pontificado entró en lucha con el imperio, gobernado por Enrique IV. Y la escena de Canosa, en la cual el emperador, desnudos los piés y desnuda tambien la frente, y despojado de toda dignidad, imploró perdón postrándose á las plantas de ese fraile romano de tan humilde cuna, demuestra del modo más elocuente cuál fué la derrota que sufrió la monarquía; y aunque escena humillante para el orgullo alemán, caracteriza de un modo sublime el triunfo del espíritu sobre la materia» (1).



Pero mientras tanto, á favor de corrupción tan grande, los restos del antíguo maniqueismo, refugiados entre las razas eslavas, se habían propagado por Occidente. Habían penetrado primero por el Norte de Italia, Hungría, Bohemia, Alemania, y uniéndose luego á multitud de otras sectas, con la rapidez del incendio se extendieron por el Mediodia de Francia.

De pronto el país más próspero y civilizado, la alegre y culta Provenza, se convirtió en foco terrible de herejía en el corazón mismo de la Cristiandad. El nuevo y armonioso lenguaje, tan querido por el pueblo y por los señores, los cantos del trovador y del menestral, se trasformaron en grito de ódio y guerra á muerte contra Roma.

En aquellos serenos horizontes se había acomulado formidable tormenta, que amezaba recorrer todas las regiones de Occidente, desatando toda suerte de peligros y furores contra el dogma y la jerarquía romana. El peligro era gravísimo para la Iglesia, los momentos supremos. Así lo comprendió el ponti-

(1) SCHERR, *La sociedad y las costumbres alemanas.*

ficado, y la Cristiandad se conmovió con el grito de Roma convocando á los creyentes en santa cruzada contra la formidable herejía. A este grito contestaron los sectarios con el asesinato del legado pontificio; pero pronto la hermosa Provenza se vió asaltada por escuadrones bardados de hierro, que á la voz del pontífice acudían del Mediodía y del Septentrión, para estirpar la herejía del seno de la Cristiandad; y siguió la terrible guerra de los albigenses, guerra cruenta y terrible entre todas las guerras de religión.

Pocos años después el peligro estaba conjurado para la Iglesia. La herejía quedaba sofocada. Los franciscanos reformados y los religiosos de la órden de Santo Domingo veían prosternarse á los piés de Roma y entonar los salmos de la penitencia á poblaciones que poco antes en masa habían tomado las armas jurando morir antes que someterse al papa.

La bella Provenza, aquella región tan orgullosa de su cultura é independencia, quedaba asolada por todos los desastres é incorporada para siempre al reino de Francia. La herejía no había conseguido sino aumentar la autoridad y resplandor del pontificado. Ocupaba el trono de San Pedro Inocencio III, el pontífice que con las cruzadas daba unidad á Europa y la salvaba retardando tres siglos la invasión de la media luna; el papa que excomulgaba al rey de Francia, al de Inglaterra y al emperador de Alemania, y disponía de los tronos y de los reinos, y dominaba en lo temporal apoyado en el derecho popular y común entonces, que consideraba á San Pedro como al gran señor feudal de la Cristiandad, con derecho de conceder ó negar la soberania á los demás poderes temporales sus feudatarios. Estaba en su apogeo el gigantesco, pero irrealizable proyecto iniciado por Gregorio VII, que quería organizar políticamente la Cristiandad, cenvirtiéndola en una familia de pueblos hermanos, sometidos al soberano pontífice, padre común y árbitro supremo, para mantener entre soberanos la justicia, entre los súbditos la obediencia, la paz y concordia entre todos.

Latente unas veces, y produciendo otras estrepitosos rompimientos, continuaba sin embargo, mientras tanto, en las relaciones de la Iglesia con el Estado, la antigua lucha entre el sacerdocio y el imperio.

La ilustre casa de Suabia había sucumbido en la contienda; el más grande y enérgico y atrevido de aquellos emperadores había espirado sin lograr ver realizadas sus ambiciones predilectas contra el pontificado, y hasta en su última descendencia recogía los tristes resultados de la política seguida por los Césares de su dinastía. Manfredo perecía en el campo de batalla, Conradino en el cadalso.

Pero al empezar el siglo XIV, la sociedad había experimentado profundo cambio en las ideas, en la fuerza y organización de clases, y en las instituciones políticas. Se iniciaba entonces la formación de las grandes monarquías. El poder real, concentrando rápidamente en su mano todos los poderes, adquiria extraordinaria prepotencia; la aristocracia perdía su influencia política; el estado llano variaba de condición; los legistas empezaban á exponer sus doctrinas de cesarismo romano. El poder temporal, constituido sobre bases más vigorosas, contaba en las sociedades con mayores elementos de fuerza que la autoridad espiritual.

Entre los monarcas que con más feliz energía y astucia habian operado en sus Estados esta transformación en favor de la corona, sobresalía Felipe el Hermoso de Francia, hombre duro y sanguinario, político osado, tirano implacable, unas veces por necesidad y más por naturaleza, tramposo y violento según las circunstancias, monedero falso, como le llamaban sus súbditos, falsificador de bulas, como debió llamarle la Santa Sede. Fielmente secundado por la comitiva de legistas que siempre, como parásitos del despotismo, crecen á los piés de la tiranía, con sus violencias contra el pontificado inauguró la época triste llamada del cautiverio de Aviñon.

Pero si atrevido y enérgico era Felipe, no menos

atrevido y enérgico era Bonifacio VIII. Si violento el monarca, de no menos indomable carácter estaba dotado el pontífice. Enviada por el rey, llegó á Roma una bandada de sicarios, capitaneada por un legista. Su intento era apoderarse del papa y declararlo destituido. En Agnani fué abofeteado y preso el octogenario pontífice por la infame cuadrilla. Acudió el pueblo en su defensa y le puso en libertad; más á los pocos días murió de la conmoción producida por tan viles injurias. El virtuoso Benedicto XI, su sucesor, falleció antes de concluido el primer año de pontificado. Las intrigas del rey de Francia consiguieron que se nombrara sucesor de San Pedro á Clemente V, papa enérgico contra el rey de Inglaterra, pero en extremo complaciente con el César francés. Se trasladó entonces à Aviñon la Sede pontificia, y estalló á poco el gran cisma de Occidente; y sin embargo de esta tremenda prueba triunfó también el Pontificado.

***

Mal podemos hoy formarnos idea del escándalo y descomposición que se apoderó entonces de la Iglesia. Imposible parece que pudiera salvarse de aquel terrible naufragio. Durante más de tres cuartos de siglo estuvieron resonando por la Cristiandad los anatemas y excomuniones que unos contra otros se lanzaban pontífices rivales, disputándose la legitimidad de la tiara; pues hubo á un tiempo papas y antipapas en Roma, en Aviñon y en España. Y para colmo de confusión, discordia tambien entre el pontificado y el concilio, y nada menos que sobre la grave cuestión de supremacia en la Iglesia.

La Cristiandad estaba conmovida hasta en sus más profundos cimientos, sin saber qué voz escuchar. Mientras tanto, revoluciones políticas en Roma, Rienzi proclamando allí la antigua república, y numerosas herejías fermentando por todos los ámbitos del mundo cristiano. Los discípulos de Juan Huss, convertidos en secta guerrera, apoderàndose de Praga,

saqueando los monasterios, pasando á degüello á monjes y sacerdotes, asolando la Bohemia, y destrozando en batallas campales los ejércitos del emperador Seguismundo. Lollard lanzando al mismo tiempo en Inglaterra su secta contra Roma, negando la verdad y eficacia de los Sacramentos, la jerarquía romana y los dogmas más fundamentales de la fé, y desembarcando en el continente con sus doce apóstoles para recorrer la Alemania predicando herejía y ódio á la Iglesia; agravados los estragos de esta herejía con los estragos de la rebelión de Wiclef; los concilios y asambleas reunidos en Pisa, Basilea y Constanza, no consiguiendo sino aumentar el cáos, producir nuevos antipapas y rebajar la supremacía pontificia. Los turcos á los piés de Constantinopla, sin que nadie atienda al grito de cruzada lanzado contra ellos.

Tal era el estado desconsolador en que se veía la Iglesia durante el tremendo cisma; y sin embargo, no pereció, porque tiene la promesa de Cristo.

En 1449 pareció concluido el cisma y restituida la paz á la Iglesia; más en realidad no era aquello sino el momento de calma que precedía, no sin siniestros presagios, á otro desquiciamiento aún más espantoso que en el siglo siguiente iba á sobrevenir.

La autoridad pontificia salía de esta última convulsión postergada y humillada. La potestad venerable que en otro tiempo disponía del cetro y de la corona de los reyes, había tenido que recurrir al auxilio de los poderes temporales; y los príncipes hacían sentir por donde quiera á los pontífices la necesidad de su protección. Las mismas órdenes monásticas, auxiliar tan poderoso del papado en la cruzada de los albigenses, estaban no pocas veces en disidencia con él.

Para aumento de tanto mal, el Renacimiento extendía por todos lados la idolatría del paganismo, con su inseparable cortejo de incredulidad y liviandad obscena, y en la misma Roma era donde causaba sus mayores estragos. No era estimado como hombre de

buena educación quien no profesara contra los dogmas de la Iglesia alguna opinión errónea ó herética. En las córtes se oían sin cesar sarcasmos contra las instituciones de la Iglesia y los misterios de la fé. Tanta era la corrupción que, años antes de que iniciara Lutero la terrible explosión quemando en Wittemberg las bulas del papa, exclamaba Maquiavelo con tono profético en uno de sus más profundos escritos: «Quien observe lo pervertido que anda en las instituciones actuales el primitivo espíritu cristiano, tendrá por seguro que se acerca para la Iglesia la hora de una ruina total ó de terribles escarmientos». El político florentino no hacía en esto más que repetir el vaticinio que en el siglo anterior el cardenal Juliano habia pronunciado ante el papa Eugenio. La Iglesia puede sufrir tremendas crisis por el elemento humano que la rige; pero no perecer,

Entre tanto, siniestros presagios se acumulaban por los horizontes de las naciones cristianas. ¡Reforma! ¡reforma! era el grito que resonaba por toda la Cristiandad. Lo proferian con indignación creyentes fervorosos y alegres incrédulos; servia de pretexto á la gente depravada é inquieta para disfrazar su codicia é indisciplina; y con ese grito tambien se removian las pasiones de las masas, de suyo dispuestas en sus ciegos ímpetus á tomar por reforma lo que no fuera más que apostasía y rebelión y semillero mayor de escándalo y desenfreno. No se distinguía todavía claramente la diferencia que había entre la reforma que pedían unos y otros. Erasmo y Lutero parecían por entonces estar animados del mismo espíritu y ser los continuadores del severo Gerson y del virtuoso Pedro de Ailly.

No chocaban las burlas y difamaciones más sangrientas contra el órden eclesiástico y las cosas santas, hasta tal punto, que los difamadores podian muy bien ganar fama de cristianos fervorosos. Como al principio de toda revolución, los mismos que habian de ser las primeras víctimas se reían alegremente de

las felices ocurrencias de los novadores, y aplaudían las primeras manifestaciones del espíritu de rebelión. De aquí la popularidad inmensa de Erasmo y de Lutero después.

El secreto principal de la voga extraordinaria que gozaron entonces los trabajos del festivo escritor de Roterdam, no fué otro que las sátiras acerbas que contenían tales escritos contra Roma y su curia, contra cardenales, obispos, frailes y monjas. Era por entonces Erasmo el escritor más peligroso, porque mejor que nadie representaba el estado de los ánimos momentos antes de estallar la reforma. En aquellos instantes ningún reformador hubiera sido capaz de causar tanto daño como el que produjo Erasmo. No sin razón se dijo después que Erasmo había puesto el huevo y que Lutero lo había empollado.

En vano más tarde, cuando se hubo apartado por completo de las filas de los reformadores, dijo Erasmo, para disculparse, que él había puesto un huevo de gallina, pero que Lutero, empollándolo, había hecho salir una corneja. Fuera de pollo, ó fuera de grajo, el caso es que del huevo que puso Erasmo nada bueno resultó para la Iglesia; y jamás tampoco podrán dar à luz sino monstruos y fenómenos, y toda suerte de raras y dañinas animalías, los escritores que, como Erasmo, con el pretexto de enmendar abusos, no temen ultrajar el pudor de su misma madre, haciéndose pregoneros de los propios vicios que la Iglesia condena.

Abundan hoy, como en tiempo de Erasmo, esos escritores que, cuando se trata de poner remedio á males que han invadido en el campo de la Iglesia, en vez de adoptar el procedimiento ordinario de todo buen cristiano, para la composición y reforma de la disciplina y costumbres, prefieren alborotar la plaza pública y hacer todavía mayor el escándalo, convirtiéndose en bufones de la plebe para dar más resonancia al pecado y extender mejor la pestilencia.

Con apariencia de censores del vicio, tales hom-

bres son en realidad más inmorales y escándalosos que los mismos protagonistas de las indecentes historias reales ó inventadas que no cesan de divulgar.

De todos modos, fueran ó no incentivo mayor, en vez de remedio de la inmoralidad, hacían furor por entonces los escritos de Erasmo y las sangrientas diatribas que lanzaban contra el pontífice y toda la jerarquía eclesiástica, los que se disponian á ser apóstatas so pretesto de reformadores. En vez de una verdadera reforma, apoyada en el principio de autoridad, se fomentó la anarquía y la licencia.

La rapidez de esta propagación se debió á las circunstancias. La ciencia se habia emancipado del santuario, y merced al descubrimiento de la imprenta, con la rapidez del rayo recorrian de uno á otro extremo de Europa los sarcasmos irónicos é incrédulos de los escritores italianos y franceses, y las enérgicas y crecientes protestas y las violentas amenazas que los alemanes lanzaban contra Roma.

Se preparaba, en fin, la gran tormenta que al espirar el siglo XV iba á deshacer, en el órden religioso como en el órden político, en filosofía como en las artes, las más de las creaciones seculares trabajosamente elaboradas en el seno de la Edad Media. Y como el pontificado encerraba, en su organización como en sus dogmas; toda la sávia y sustancia de aquellos siglos; como era la piedra angular del grandioso edificio de la Edad Media, contra la tiara se amantonaba principalmente la furia de los elementos desencadenados. Pero tambien en esta tremenda lucha reporta el pontificado una espléndida victoria, coronada por el Concilio de Trento.

IV

La Reforma Protestante

En tales condiciones sociales, en medio de tanto combustible hacinado, apareció la gran crísis del si-

glo XVI iniciada por la protesta del fraile apóstata Lutero, que con rapidez increible se propaga por todo el continente.

No era nueva ninguna de las doctrinas del pseudo-reformador: la Iglesia las había condenado como heréticas en repetidos concilios, y bajo el peso de más de cien anatemas yacían inertes sobre el suelo cristiano; pero en aquellos momentos supremos surgieron como voraz incendio, en cuanto las vino á remover una mano osada. En menos de cuarenta años pudo decirse que el Setentrión de Europa se había hecho protestante. La protesta lo puso todo en conmoción y en pié de guerra, desde los Alpes á la Islandia, de la Finlandia á los Pirineos.

Lutero exaltaba las pasiones de la raza teutónica, presentando su reforma como una reacción de las nacionalidades contra la tiranía papal, como una reclamación de los príncipes contra el sistema que sustraía á su imperio una parte del hombre. Y los pueblos y las clases todas se levantaban en armas contra Roma, como si se tratara de romper el yugo de una dominación extranjera.

En esta gran convulsión se habian desatado todas las pasiones buenas ó perversas que remueven el alma humana, las grandes aspiraciones y las grandes miserias. Junto á los hombres de bien, escandalizados de la corrupción, vociferaban protestas los carácteres viles, que en el desenfreno inseparable de toda revolución intentan satisfacer su codicia. Junto á los filósofos, consagrados al estudio de la verdad y alucinados por una doctrina, el teólogo sofista, cansado de los votos monásticos y dominado por la soberbia del pensamiento. Junto al príncipe, impaciente de apoderarse de las prerogativas del poder espiritual, los señores, deseando aumentar su patrimonio con la espoliación eclesiástica. Junto á las masas populares, puestas en movimiento patriótico por falsos tribunos, hordas de campesinos y villanos, protestando contra la tiranía de los señores,

derribando iglesias y castillos, y proclamado, en medio del incendio y de la matanza, comunidad de bienes é igualdad de condiciones. Aquello era un infierno en vez de una reforma á lo Gregorio VIII; pues como lo ha demostrado la energía de este pontífice, la Iglesia tiene en sí misma la vitalidad necesaria para corregir los abusos, al decir del protestante Macauley.

Ni una sola nación del Norte, á no ser Irlanda, se mantenía adicta á la fé de sus mayores. Un embajador de Venecia, regresando de Alemania, refería al consejo de la república que allí no quedaba una décima parte de la población adicta á la Iglesia de Roma. Volvía de Polonia un nuncio de la santa sede anunciando como inevitable catástrofe la ruina completa del Catolicismo en aquellos reinos. En todos lados los principales elementos de la vida intelectual, las corporaciones, las universidades, se habían convertido en focos de herejía.

En Viena, en Colonia, en Ingolstad, en Dilligen, ó estaban las cátedras vacantes, ó las desempeñaban doctores del protestantismo. Por toda Francia circulaban diatribas contra la misa y la transustanciación: Jacobo Lefebre declamaba en la universidad de París contra las supersticiones y abusos del clero; los calvinistas armados recorrían las provincias promulgando espada en mano el Evangelio reformado. En el reino de Navarra, la esposa del rey y hermana de Francisco I, reformaba á su antojo la misa y los libros sagrados.

No sólo se hacían protestantes los reinos del Norte, sino que vacilaban hasta los mismos reyes que habían de ser ardientes campeones de la Iglesia. Atentos sólo en estudiar las ventajas políticas del nuevo fenómeno histórico que ante ellos se presentaba, vacilaba Francisco I, vacilaba Cárlos V. No había publicado aún Francisco I el edicto de Fontainebleau, y por interés político protegía á los protestantes de Alemania, y seguía correspondencia con Melanchton.

Aún no penetrado de toda la gravedad del gran fenómeno histórico que tenía en conflagración á su época, no comprendiendo bien todavía que la Providencia le destinaba á ser la mano robusta y victoriosa que empuñase la espada de la Iglesia, Cárlos V, como emperador, deseaba la humillación de los papas, incansables y tradicionales adversarios del imperio en Italia; como emperador le agradaba ver unidos en sus manos los dos poderes, y poder usar indistintamente de las atribuciones del pontificado y de la espada.

Y sabe Dios si el que se aprovechaba sagaz del asalto y saco de Roma, y aún descontentando á sus pueblos prolongaba la prisión del pontífice, y excitaba á los cardenales á reunir de propia autoridad el concilio si el papa tardaba en convocarlo, sabe Dios el partido que hubiera seguido aquel frío y calculador político, si en los momentos de decisión no hubieran pesado en su mente las consideraciones de que el papa podía echarse en brazos de Francisco I, y sobre todo el temor de los conflictos que podrían ocurrir en sus reinos de España, ardientes campeones de la fé católica y firmemente adheridos á la Sede romana.

Más como sobrecogida de no sé qué enfermedad de muerte, cesa de pronto la vertiginosa y triunfal carrera de la reforma. En cuarenta años había llegado à su apogeo, había conmovido la Iglesia hasta en sus más hondos cimientos. Pero violentamente sacudida por la terrible protesta, la Iglesia surgía ahora de pronto mejor constituida y más vigorosa que nunca: reformaba la disciplina, extirpaba de su seno los funestos abusos, robustecía en el gran concilio de Trento la autoridad pontificia postergada en Pisa y Constanza, é iniciaba esa magnífica reacción católica, cuyos rápidos y extraordinarios progresos dejaron muy atrás el primer ímpetu de la protesta luterana. Si el protestantismo á los cuarenta años había llegado á su apogeo, relegando á su enemigo á las orillas del Mediterráneo, en cambio, medio siglo más tarde,

la reconquista católica había conseguido á su vez completo triunfo, y el protestantismo, acorralado á las orillas del Báltico y de los mares del Norte, quedaba convertido en religión estéril y en simple secta de filosofía dogmática, término medio entre la fé y la duda.

Tremendos vaivenes ofreció la ruda y cruenta contienda. Dividida la Cristiandad en dos campos enemigos, por uno y otro lado se agotaron todos los recursos de la diplomacia y de la guerra; en uno y otro lado hubo grandes talentos, grandes carácteres, insignes hombres de Estado, insignes capitanes; hiciéronse inmensos sacrificios, y se desplegaron todas las armas del triunfo, y de la persuación y de la intolerancia.

Los monarcas que se mantuvieron fieles á la fé católica, vieron en los sectarios de la reforma enemigos del trono y de la organización tradicional de los pueblos; por eso. para ellos, hereje significó lo mismo que rebelde. Igual presunción legal arrojaron los príncipes de la reforma sobre la frente de los católicos al ver que formaban éstos alianzas ofensivas y defensivas contra los derechos de la dinastía y el órden establecido en el Estado; y si para el monarca católico, protestante significó lo mismo que rebelde, para el príncipe protestante, católico significó rebelde tambien.

Contra la herejía, sinónima de rebelión, se desató el furor de los poderes temporales. En medio de la crísis moral se eclipsa la libertad civil y política; las naciones cristianas se convierten en dictaduras. Siglo de implacable lucha, de intolerancia y persecución, aquel siglo convirtió al verdugo en rueda principal de la máquina del gobierno, y al tormento en instrumento indispensable para el triunfo de un principio (1).

(1) Para formarse idea de la pretendida tolerancia de Lutero, véase el libelo que escribió *Contra las cuadrillas de aldeanos ladrones y asesinos*, en donde aconseja á los princípes, para poner fin á la insurreccion de los campesinos, que «caigan sobre ellos y los pasen á degüello en público ó en secreto como si fueran perros rabiosos». Y cualquiora que tenga mediano conocimiento de la lucha religiosa y política de aque-

Lutero y Calvino perseguían con más encono y menos fé que Torquemada; Enrique VIII, con instintos brutales y sanguinarios que no tuvo jamás Felipe II; Isabel, con más fría saña y feroces instintos que la reina María, desollaba vivos á los adversarios y mandaba ahorcar á los jesuitas.

llos tiempos, sabe que pueden citarse otros muchos consejos de tolerancia por el estilo del que precede, que abundan en los escritos del padre de la protesta, y que unidos á sus actos de cínica y sanguinaria soberbia, acreditan que pocos hombres se han conocido tan intolerantes como aquel que según algunos pretenden, «vino á revelar á la humanidad el principio del libre exámen».

Véase lo que dice sobre esto HALLAM, *Historia de las letras en Europa*: «Cualquiera que sea el juicio que hayamos formado acerca de las doctrinas de Lutero, debemos tener el mayor cuidado, al estudiar en la historia los principios de la reforma, de no dejarnos seducir por las alegaciones tan superficiales como inexactas que sientan algunos escritores modernos. Tal es, por ejemplo, la especie de que indignado contra lo absurdo de las supersticiones reinantes procuró introducir un sistema religioso más racional; ó bien esta otra, de que se alzó campeon del libre exámen y de los derechos ilimitados del criterio individual; ó bien aquella otra que quisieron dar á entender algunos escritores, pretendiendo que el amor á la ciencia y á la filosofía de la antigüedad arrastró á Lutero á combatir la ignorancia de los frailes y la política funesta de la Iglesia, que ponían obstáculo al cultivo de las letras. Tales afirmaciones no son más que sutilezas de mala fé. Todo hombre de sentido comun que conozca los escritos de los primeros reformadores, ó que haya estudiado su historia, sabe que el conjunto de las doctrinas de Lutero no son más racionales, es decir, más conformes con las premisas del razonamiento *a priori* que puedan serlo las doctrinas de la Iglesia romana, ni tampoco pretendió jamás Lutero que lo fueran. En cuanto al libre exámen no cabe dudar que lo ejercieron en beneficio propio los que abandonaban sus antiguos altares, pero no lo hicieron seguramente fundándose en alguna teoría sobre el derecho ilimitado de pensar y juzgar cada cual conforme le diera la gana. Si se examinan á fondo los sucesos de aquel tiempo, se verá que el libre exámen, ni fué principio en el cual hicieran gran hincapié los reformadores en el curso de la controversia, ni prevaleció tampoco en la práctica. La reforma fué un cambio de yugo nada más.... Los controversistas católicos no han cesado de echar en cara á los protestantes el que la reforma se llevara á efecto por agresiones violentas y calumniosas, por los excesos de muchedumbres fanatizadas ó por la tiranía de los príncipes; y que luego, despues de haber incitado á las masas ignorantes á alzarse rebeldes contra la autoridad de su Iglesia, los reformadores retiraran de pronto esta libertad al criterio individual, y sujetarán con la mayor violencia, más de una vez con el cautiverio y la muerte, á todos aquellos que osaban apartarse del credo reformado. Tales censuras, confesémoslo para vergüenza nuestra, están fundadas en verdad y no pueden ser tachadas de injustas.»

Tras del testimonio del sábio historiador protestante, citaremos el de otro racionalista, no menos sospechoso de parcialidad á favor del Catolicismo: «Cuando los protestantes anatematizan los primeros actos de la revolución, escribe Quinet, anatematizan, sin quererlo, los orígenes y los actos de la reforma. Por donde quiera que ésta hizo explosión en el siglo XVI, sus primeros actos fueron la destrucción de las imágenes, el saco de los templos, la venta de los bienes eclesiásticos, el mandamiento de acatar y obedecer, hasta en el fuero interno de la conciencia, al nuevo poder espiritual, y al destierro, en fin, y la persecución, no sólo de todos los sacerdotes, sino tambien de todos los que en el fondo de su corazón se mantenían fieles á la antigua y Iglesia. Esto es lo que ha hecho la reforma: ésta es la manera como ha podido establecerse y arraigarse en el mundo. ¿Qué más fué lo que hizo la revolución francesa en la época peor del terror?»

«La palma de la crueldad y de la perfidia en materia de persecuciones religiosas, escribe el anglicano Neale, corresponde á los protestantes; y sin embargo, ¡cuantos saben de memoria los hechos del duque de Alba y de Vargas, que no han oido hablar de los crímenes, mayores aún, de un Lumey ó de una Maris Brand!... Si hubiera que adjudicar un premio á la crueldad de que dieron muestras los católicos durante sus luchas con los protestantes, habria que inventar para estos otro premio mucho mayor, porque los excedieron en refinamiento de maldad.» I. M. NEALE. *Historia de la Iglesia jansenista en Holanda.*

Si Roma redactaba el Índice expurgatorio contra los libros heréticos, Isabel de Inglaterra promulgaba su terrible ley marcial contra los que tuvieran en su poder libros, folletos ó escritos prohibidos por el capricho de la graciosa majestad británica. Si por la inquisición político-religiosa de la majestad católica se cometen algunos yerros y graves injusticias; si por ella se perseguía á hombres como Fr. Luis de León, mucho mayores son en todos terrenos las iniquidades de la Inquisición protestante, que encerraba en sus calabozos á Grocio, mandaba al cadalso á Fischer y Tomás Moro, y con aplauso de todas las sectas, del suave Melanchton, como del exaltado Bucero, condenaba á la última pena á Miguel Servet y demás ilustres sábios y hombres de Estado. Aquí se hacían autos de fé; allí Enrique VIII condenaba á ser quemado vivo á todo clérigo, y á cadena perpétua y confiscación de bienes á todo seglar, que no dijera *credo* ante el símbolo confesional redactado por la corona anglicana.

***

Pero á medida que se vá desenvolviendo la terrible contienda, el Catolicismo adquiere nuevo vigor, y declina en cambio gradualmente la reforma.

El resultado inmediato del protestantismo fué producir en el órden político la unificación del poder de monstruosa manera, depositando en él incontrastables elementos de tiranía, devolviendo á los césares el principio del depotismo pagano: la unión del cetro y del pontificado.

Por otro lado proclamó la anarquía para la sociedad espiritual, pulvorizó la constitución de la Iglesia en un individualismo funesto, que convierte á la razón individual en árbitro supremo de la creencia religiosa. Así es que apenas nacido el protestantismo, se multiplican las monarquías despóticas con las Iglesias nacionales independientes, y fermenta en el seno de los reformadores increible discordia; las sec-

tas germinan entre las sectas, los sectarios se enfurecen contra los sectarios, el calvinista dá tormento al luterano, el luterano persigue y destierra al calvinista, los episcopales predican el exterminio de los puritanos: todo entre ellos es discordia, anarquía, ódios, rencores insaciables.

Nada, en efecto, más insensato que las supersticiones que se multiplican en el seno del protestantismo; nada más incoherente, nada más pobre, como controversia y doctrina, que la teología protestante enfrente de la admirable unidad y fijeza de la doctrina católica, y de los insignes è incomparables controversistas que surgieron para sustentarla en el siglo XVI.

Al día siguiente de la reforma, inextricables disputas, sofisterías increibles, fanatismos espantosos, engendran ódios mortales y persecuciones atroces en el campo de los nuevos sectarios. Cuanto puede concebirse de más irracional circula como doctrina de fé entre aquellos fanáticos. Lutero anuncia que tiene conferencias con el diablo en persona, y que éste le inspira comentarios á la Sagrada Escritura. Zuinglio tambien está asistido por un fantasma, que unas veces le aparece blanco y otras negro, y es quien le revela la interpretación que según él se debe dar al texto de la Eucaristía. Melanchton consulta solícito las estrellas, hace magistrales horóscopos, y lleno de espanto vaticina á Europa, que por el movimiento de los astros, y por el aspecto horrible que ofrece el planeta Marte, ha descubierto que en el año primero del siglo siguiente el gran turco se apoderará de Italia y subyugará á Alemania.

No se conoce, en fin, extravagancia y delirio que no encuentre entre aquellas gentes apóstoles fanáticos y crédulas muchedumbres. Allí hay un sastre, que recorriendo desnudo las calles de Munster, y gritando «*que viene el rey de Sión*», se ha constituido en jefe de la más sanguinaria de las sectas; allí un platero, que se dice dotado del dón de profecías,

y anuncia que es voluntad del Eterno que á aquel sastre lo hagan rey para que desde Sión extienda su imperio por los cuatro ángulos de la tierra. Allí hay un facineroso que pretende que el espíritu del Mesías ha descendido sobre él, y predica en consecuencia la matanza de todos los sacerdotes y magistrados de la tierra; allí, en fin, otro loco, que se cree él mismo hijo de Dios, y proclama otro nuevo evangelio, en donde entran como ley divina todas las abominaciones. Pero fuera tarea sobrado larga enumerar los horribles fanatismos que fermentaron de pronto entre aquellos hombres, que de cristianos parecían haberse convertido en salvajes sin entrañas.

Igual desconcierto se nota en punto á la unidad del dogma y de la doctrina. Cada cual profesa dogmas distintos, y pretende imponer á los demás, como declaraciones dogmáticas infalibles, los más extraños disparates teológicos. Unos á otros se persiguen y degüellan sin piedad para establecer las nuevas doctrinas sobre la Eucaristía y la gracia; arrojan á los unos á las hogueras porque no aceptan las reformas en el ritual de la misa; les rompen á los otros los huesos porque no están convencidos de que el sacerdote deba oficiar sin sobrepelliz; á los anabaptistas los ahogan los calvinistas en el lago de Zurích, para demostrarles mejor las sanas doctrinas acerca del bautismo.

Los corifeos como Lutero, Calvino, Carlostadio, Zuinglio, Melanchton, Bucero y demás, profesan credos tan contraditorios unos de otros y formulan entre sus símbolos de fé artículos de tal índole, que, como observa juiciosamente Hallam, «ningún protestante que se respete y esté dotado de sano juicio se atrevería hoy á aceptar los diferentes símbolos confesionales que sustentaron aquellos primeros protestantes.

Se forman batallones de energúmenos para demostrar en los campos de batalla, á estilo de Mahoma, las doctrinas de la predestinación y de la gracia; y

contra estos batallones reformados se lanzan otras huestes de peligrosos orates, que ponen á sangre y fuego las más hermosas comarcas de Alemania. Imposible hacer concordar las confesiones de fé redactadas para producir paz y concordia entre los sectarios. Si los unos quieren imponer la confesión de Augsburgo, los otros prefieren la de Estrasburgo. Cada una de las cuatro variantes del artículo X de la confesión de Augsburgo halla partidarios igualmente exaltados é intransigentes. Los zuinglianos tienen su confesión, los franceses y ginebrinos la suya, el elector palatino Federico III tambien la suya. Los polacos no aceptan el símbolo reformado sin introducir en él profundas variantes; los Países-Bajos tambien no se conforman sino con un credo que se diferencia de todos los demás; la Iglesia de Escosia proclama á la vez dos confesiones distintas; Suecia, protestante, destierra á todo el que no acepte cada uno de los artículos de la de Augsburgo.

Las cárceles de Inglaterra se llenan de reformados, perseguidos por otros reformados. Pocos meses de vida contaba la reforma, y ya entre sacramentarios y antisacramentarios, luteranos, calvinistas, zuinglistas, anabaptistas, etc., nadie se entendía. No había entre ellos dos hombres conformes de toda conformidad en la interpretación de los artículos de fé; en cambio nada más común en aquellas filas que ver à algún apóstol, que había pedido exterminio y degüello contra todo aquel que no aceptaba el sentido figurado, pedir luego, con no menor furia, exterminio y degüello contra el campeon del sentido literal de las palabras sacramentales en la Eucaristía.

Lutero condena en 1518 la confesión auricular, y en 1520 la declara, no sólo útil, sino tambien necesaria para la salvación; y al año siguiente la vuelve á desechar como contraria al Evangelio. Se somete hoy al pontífice, y declara anatema á quien no imite esta humildad y obediencia ante la Silla apostólica, que tiene por deber todo cristiano; pide perdón de sus

rebeliones pasadas; escribe cartas serviles á Leon X y Cárlos V; declara que nunca acudirá á la fuerza de las armas para propagar su doctrina; y mañana anuncia al pueblo de Wittemberg que las bulas que ha recibido del papa las ha escrito el mismo Anticristo.

Con tan maravillosa producción de credos diversos, bien pudo á mediados del siglo siguiente imprimirse en Ginebra rica y lujosa colección de las distintas profesiones de fé reformadas. El editor dedicaba esta colección á los reyes de Inglaterra, Escosia, Dinamarca, Suecia, y á los príncipes y repúblicas protestantes, y la presentaba «como un cuerpo completo de la santa teología, y como actas auténticas á las cuales es preciso recurrir para conocer la fé antigua y primitiva». Sin embargo, semejante cuerpo de santa teología se compone de las confesiones más contradictorias, que con frecuencia se anatematizan unas á otras en muchos articulos de fé. ¿Cómo, pues, pudieron coleccionarse para ser presentadas como cuerpo de doctrina de una misma comunidad? Es que en el protestantismo el articulo de fé es lo accesorio; no son allí los dogmas los que hacen constituir Iglesia; aquellas sectas, tan innumerables como heterogéneas, forman comunión, porque antes que luteranos, calvinistas, zuinglianos, episcopales, presbiterianos, antes aún que cristianos, lo que son es PROTESTANTES, es decir rebeldes; el ódio contra el Catolicismo constituye en realidad toda su religión. No son los principios de fé comunes, sino los ódios comunes, los que producen comunión y hermandad entre ellos,

Y si tan incoherente y discordante aparecia la doctrina entre los reformados, no ménos relajada y discordante que la doctrina andaba alli la moral. «Algunas ciudades de Alemania, escribía Erasmo, se llenan de frailes escapados de sus conventos y de clérigos casados. Alli no se hace más que bailar, comer, beber y dormir; ni enseñan, ni aprenden. Gente viciosa, no

conocen la moderación y la sobriedad en sus costumbres. Allí donde ellos van, desaparece la piedad y toda disciplina. Hartos estamos de oir gritar: «Evangelio, Evangelio, Evangelio»; costumbres evangélicas es lo que deseamos. Ellos no buscan más que dos cosas: renta y mujer; lo demás se lo dá su evangelio, es decir, la facultad de vivir conforme les dé la gana. A nadie he conocido, á quien la reforma no haya hecho peor en lugar de mejorarle. ¿Qué raza evangélica es ésta? Jamàs se ha visto nada más licencioso, ni más sedicioso al mismo tiempo: nada, en fin, ménos evangélico que estos supuestos evangélicos. Suprimen las vigilias y los divinos oficios, tanto de dia como de noche, porque son, dicen ellos, superticiones farisáicas; pero era necesario reemplazarlas con algo mejór, y no volverse epicúreo por tanto alejarse del judaismo. Todos son excesos en esta reforma: se arranca lo que sólo se debía limpiar, y se póne fuego á la casa para consumir la basura que hay en ella.

Descuídanse las buenas costumbres; el lujo, la disolución y los adulterios se multiplican cúal nunca: no hay regla ni disciplina. Parece que la reforma se reduce á desenfrailar á algunos religiosos y casarse algunos clérigos, y esa gran tragedia termina al fin por un suceso muy cómico, pues que todo se desenlaza como en las comedias: por un casamiento. Este es el modo que tienen de mortificarse» (1).

Hé aquí sin embargo la consecuencia legítima del principio protestante: *el libre exámen individual* de la Biblia. Con ese criterio cada uno cree lo que mejor le parece; produjo por tanto, lo que debía producir: la anarquía religiosa y la licencia moral. Con semejante principio disolvente habrá protestantes, pero no protestantismo, como cuerpo de doctrina y de moral.

(1) Epist., passim de Erasmo.

V

La Reforma Católica

El Catolicismo se presenta, por el contrario, en la lucha armado de admirable unidad en la doctrina y vigor extraordinario en la disciplina eclesiástica. El siglo XVI es quizás para la Iglesia más fecundo que ninguna de las anteriores centùrias en grandes controversistas, en grandes carácteres y en varones insignes, modelo de santidad y perfección.

Al principio del siglo se albergaban en su seno la incredulidad y la indiferencia; el papado se veia humillado en su importancia y jerarquía, de él se burlaban y le escarnecían los príncipes; relajadas las costumbres eclesiásticas, en áuge la simonía; en las más altas como en las más humildes filas de la Iglesia se habia infiltrado aquella corrupcion culta, tan característica del Renacimiento como contraria al espíritu del Catolicismo; aquella inclinación que en las artes y en la filosofía, como en las letras, se inspiraba en el genio pagano. Mas todo ha cambiado de aspecto al terminar el siglo.

De tal modo el fervor religioso ha sustituido á la indiferencia, que con razón puede decirse que en las guerras, como en las grandes cuestiones que se debaten por entonces en la sociedad europea, no se conocen sino intereses religiosos. Del Concilio de Trento sale sábiamente reformada la disciplina de la Iglesia, admirablemente consolidada la autoridad pontificia. Se suceden en la silla de Pedro pontífices de vida austera y piedad profunda: Paulo IV, Pio IV, Pio V, Sixto V.

Los mismos reyes vuelven á la fé sincera: en lugar de un Cárlos V, preside el partido católico un Felipe II, adherido con inquebrantable convencimiento á la misma fé que sus súbditos. Un emperador como Fernando II, dispuesto á perder el trono impe-

rial antes que abandonar la religión de sus mayores, lucha en Alemania contra los ejércitos de la protesta: le secunda en sus esfuerzos un Maximiliano de Baviera, creyente como los antiguos paladines de las cruzadas. Segismundo de Suecia se deja arrancar la corona antes que renunciar á la fé católica.

Las órdenes monásticas corrigen sus abusos y se reorganizan con las reglas de la más severa disciplina. S. Juan de la Cruz establece los carmelitas descalzos; Vicente Macero la órden tercera de San Francisco; San Cayetano instituye los clérigos regulares de la órden de Letran; S. Vicente de Paul las hermanas de caridad y la órden del refugio; S. Juan de Dios su heróico instituto de caridad cristiana; S. José de Calasanz las escuelas pías. Se funda tambien la congregación de la propaganda de la fé, y por todos lados se reforman los antiguos institutos y se agrupan con portentoso fervor nuevas congregaciones religiosas. Diego y Pedro de Alcántara, Luis Gonzaga, Estanislao Kostka, Magdalena de Pazzi, son admirables modelos de perfección interior, de caridad y virtud austera. Santa Teresa conmueve al siglo con sus sublimes arrobamientos; Juan de Ávila, con sus enérgicas predicaciones, prosterna á sus piés pueblos enteros; Luis de León derrama en dulce poesía celestiales inspiraciones; Luis de Granada difunde con magistral acento el dogma cristiano; los grandes doctores de Trento, y Belarmino y Suarez, hacen pedazos en las discusiones teológicas las proposiciones de la protesta; San Carlos Borromeo, San Ignacio, San Francisco Javier y San Francisco de Borja, y la compacta falanje de santos varones que produce aquella época de fé, asombran al mundo con el ardimiento de la abnegación y los rigores de la penitencia; millares de misioneros, sin temor al martirio, se lanzan á conquistar mundos nuevos para la Iglesia de Jesucristo.

Pero la obra más eficaz de reconstitución después de los decretos del concilio de Trento, el arma de

combate más incontrastable que entonces surgió del seno de la Iglesia, fué la creación de la Compañía de Jesús. Al frente de Lutero se coloca el gran Ignacio de Loyola, y organiza esa admirable milicia, batallón sagrado reclutado entre lo más selecto de los pueblos cristianos, y que, por la abnegación heróica y el mérito personal de los campeones, desde el día mismo en que se constituye, se presenta como capaz de hacer frente él solo á todos los enemigos de la Iglesia, y se convierte en inexpugnable baluarte del pontificado.

Inminentes quizá como en ninguna época eran los peligros que por aquellos días amenazaban à la santa sede. No podía ser mayor el disquiciamiento en el mundo católico: la invasión protestante se extendía por Europa como un torrente que ningún obstáculo podía ya contener. En menos de treinta años casi todas las naciones comprendidas entre el Báltico y los Alpes habían abrazado la herejía; con tales defecciones el Catolicismo se veía como acorralado en un rincón del Mediterráneo.

Más en cuanto apareció la Compañía de Jesús vinieron de nuevo increibles triunfos para la Iglesia. De derrota en derrota retrocedía el protestantismo desde los Alpes hasta el Báltico; y cuarenta años más tarde quedaba para siempre relegado en los mares del Norte. No había aún corrido un siglo desde que se fundó la insigne milicia, y ya el orbe se asombraba de las grandiosas empresas á que había dado cima, y de los sacrificios y martirios que había sufrido por la fé.

Ninguna órden religiosa reunió nunca tanta eminencia en todos los ramos del saber; ninguna sociedad humana abarcó nunca más vasto campo de actividad y trabajos. Por el mundo entero, lo mismo en los trópicos que entre los hielos del polo, lo mismo en la culta Europa que entre la más brutal de las tribus salvajes, aparecía el jesuita consagrado á todo género de trabajos y dispuesto á los sacrificios más

heróicos. Consejeros de los reyes, controversistas tan infatigables como brillantes, teólogos y filósofos de primer órden, historiadores, anticuarios, estadistas, matemáticos, astrónomos y naturalistas; adquiriendo singular renombre en las cátedras universitarias; fundando colegios, que pronto fueron los primeros y más concurridos por lo más selecto de la juventud; llenando las bibliotecas de insignes producciones en todos los ramos de las letras y del saber; ocupando puesto preeminente en la oratoria sagrada; reputados como los más sábios y prácticos directores espirituales de la Cristiandad, no se conocía género alguno de actividad intelectual en que no se distinguieran los miembros de la ilustre compañía.

Lo mismo servían para convertir al salvaje, como para devolver la fé al luterano. Lo mismo se distinguían disertando sobre los clásicos, como escribiendo libros sobre la potestad del romano pontífice. Con la misma maestría versificaban en latin y componían magistrales discursos ciceronianos, como aprendían una lengua bárbara de tríbus desconocidas en Europa, ó improvisaban admirables impugnaciones de la herejía, dejando mal parados á sus contrarios por la fuerza de incontrastable dialéctica Nadie manejó mejor las lenguas clásicas, ni cultivó con más brillo las bellas letras, y nadie tampoco supo presentar con más fuerza los flacos del protestantismo ni les superó en el terreno de la controversia teológica

Cuando se dirigían á las muchedumbres, sabían despojarse de todo aparato escolástico, y dejar á un lado citas y comentarios eruditos, para valerse exclusivamente del sentido común, y exponer con asombrosa claridad las cuestiones más árduas y los distingos más sutiles, presentándolos con tal sencillez y con argumentos tan concluyentes, que arrebataban al auditorio más decidido y dispuesto á no dejarse convencer. En cambio, cuando controvertían con los doctores del protestantismo, para robustecer los ar-

gumentos, sabían tambien como nadie evocar á cada paso con portentosa erudición la autoridad de los santos padres, desenmascarar los más sútiles sofismas, y resolver con ingénio objecciones que parecían insolubles.

Teodoro de Beza, no pudiendo dominar el asombro que le causaban las controversias de Bellarmino, exclamaba ante una reunión de sectarios: «Este libro, él sólo nos aplasta à todos». Pocos días de misión bastaban al jesuita para que una ciudad como la de Faenza, entregada á la herejía y soliviantada contra el pontificado por las predicaciones del célebre Ochino, se viera totalmente trasformada, hasta el punto de abrazarse por las calles sus habitantes en señal de reconciliación con Dios y de alegría por haber vuelto al seno de la Iglesia; y el apóstata, que había encendido allí el ódio y el cisma, tenía que abandonar la ciudad.

Tanto como entre las masas, los hijos de Ignacio producían tambien extraordinarios arrepentimientos entre los mismos corifeos de los sectarios.

El jesuita aparecía en la China cubierto de las insignias y del traje del mandarin, dirigiendo observatorios astronómicos, fábricas y escuelas en el celeste imperio; y el mismo hombre que había sido mandarin en la China, se presentaba luego en el Paraguay convirtiendo á las tríbus nómadas en poblaciones sedentarias, y enseñándoles el cultivo de los campos.

En las regiones más apartadas del globo, allí donde no había llegado aún la codicia del tráfico, había penetrado ya para hacer conquistas á la fé y conseguido insignes triunfos el entusiasmo del jesuita; y el mismo hijo de Loyola aparecía luego entre las naciones infieles de la culta Europa oculto bajo el traje del peregrino, ó del elegante hidalgo, ó del rígido puritano, consagrado siempre á la defensa de la fé, y arrostrando por ella contínuos peligros de muerte.

En medio de situaciones tan diversas, á pesar de ser tan vastos y heterogéneos los trabajos en que se

distinguía la órden, es imposible concebir unidad y concordia mayor de acciones y sentimientos que entre los miembros de la compañía; imposible hallar entusiasmo y abnegación mayor, disciplina y obediencia más absoluta, que entre aquellos religiosos, que lo mismo eran consejeros predilectos de los reyes, diplomáticos sagaces, presidentes y oráculos de las academias, como misioneros entre los salvajes, preceptores de la juventud ó humildes confesores.

Jamás se conoció legión compuesta de hombres más sábios, ni más sábiamente organizada, ni más sábiamente dirigida. Jamás hubo ejército mejor disciplinado y de más sublime abnegación. De sus jefes recibía el jesuita la órden de consagrarse á investigaciones de anticuario en las colecciones del Vaticano, ó de ir á civilizar á los caribes, ó de desempeñar las cátedras más difíciles de las universidades, ó de vivir en los lazaretos, ó de prodigar los últimos consuelos de su ministerio en las regiones azotadas por la peste, è inclinarse sobre los lábios infestados para recoger los últimos acentos de la confesión de un moribundo.

Y exaltado siempre por el mayor entusiasmo, anhelando siempre la palma del martirio, el jesuita cumplía con ardimiento de apóstol la órden severa que á otro hubiera llenado de espanto; y se unía á la primera caravana que cruzara el desierto, ó se embarcaba en la primera nave que fuera á levar anclas, para llegar cuanto antes allí donde tenía por cierto que todo había de ser asechanzas y peligros de muerte; donde, perseguido como una fiera, sabía que dictaba la ley la última pena contra quien le diera asilo, y podía apreciar la suerte que le esperaba viendo al verdugo mutilar bárbaramente los cuerpos y colgar en la plaza pública las cabezas de sus hermanos en la órden, víctimas de la ley de exterminio lanzada contra ellos.

*
* *

En cuanto llegaron á las regiones que eran foco de la herejía, los jesuitas subieron á las cátedras universitarias, crearon nuevos centros de enseñanza y reorganizaron por completo la educación en todos sus ramos. Tan grande y fecunda como fué la renovación que imprimieron en la fé y piedad de los pueblos, fué tambien la renovación que produjeron en las ciencias y las letras.

Fué tal el brillo y esplendor que dieron á sus cursos, tanta la superioridad de sus estudios sobre los métodos empleados en las demás academias, que pronto los mismos luteranos llegaron á confiarles la educación de sus hijos. Si el siglo sentía predilección por los estudios clásicos, los jesuitas les daban inusitado impulso en sus escuelas; en ningún lado se leían tan magníficas odas latinas y griegas como en los colegios de la compañía. Si andaban en boga las representaciones dramáticas, ellos abrían al público las puertas de sus estudios para que asistiera á un drama sagrado representado por los escolares, y oyera despues alguna animada é interesante concertación sobre filosofía ó materia teológica. Si reinaba alguna preocupación contra la enseñanza retribuida, ellos la daban gratuita.

No es, por tanto, de extrañar, que lo mismo que hoy sucede con no pocos padres de familia, que afiliados en el radicalismo revolucionario, y por consiguiente, enemigos irreconciliables de la compañía y sus perseguidores sistemáticos, les confían sin embargo, la educación de sus hijos; entonces tambien muchos protestantes de Alemania, convencidos de que los escolares aprovechaban más seis meses de enseñanza de jesuitas que dos años al lado de otros maestros, retiraran sus hijos de las demás escuelas para llevarlos á los colegios de los *sacerdotes españoles*, como llamaban por aquel tiempo á los jesuitas en la Germania.

«Nos vencieron en nuestro propio suelo, en nuestros propios hogares, exclama Ranke; nos quitaron

una parte de nuestra nación.» Ellos fueron, en efecto, los que reconquistaron para la Iglesia gran parte de Europa; ellos fueron los que con sin igual habilidad formaron la nueva juventud, y cultivaron los más esclarecidos ingénios de las generaciones siguientes, para hacerlos servir de campeones de la fé. Ellos formaron, en fin, la legión heróica que más victorias alcanzó sobre el protestantismo y supo defender mejor el baluarte del pontificado con las armas de la controversia y de la diplomacia, con las misiones y la enseñanza, con el cultivo de las letras y artes y el ejercicio de todas las virtudes del apostolado cristiano.

En 1537, cuando fundó S. Ignacio la compañía de Jesús, el más horrible incendio se extendía por Europa; nadie creía que hubiera fuerzas que lo pudieran dominar. Humanamente hablando, bien podía entonces el protestantismo vaticinar con toda razón que en breve el pontificado iba á desaparecer para siempre. Todas las apariencias estaban á favor de este vaticinio, y bien podía pasar por insensato á los ojos del mundo quien no creyera entonces firmemente en el próximo cumplimiento de la profecía protestante. Eran tales las tragedias espantosas que una tras otra sobrevenían contra la Iglesia, que hasta los mismos católicos sinceros, al observar los sucesos contemporáneos, tenían sobrado motivo para vacilar en su fé; se necesitaba la fé ciega que traspasa los montes para guardar alguna esperanza.

Pero en cambio en 1556, cuando murió el fundador de la célebre milicia, aún humanamente hablando, lo natural era creer en la próxima ruina del protestantismo y presagiar que se preparaba para el pontificado una época de tanta gloria y respeto como la de Gregorio VII. Menos de veinte años habían bastado á la compañía de Jesús para destrozar á la hidra de cien cabezas y extenderse por el universo. En Europa contaba ya doce provincias eclesiásticas completamente organizadas, y sus numerosas y flo-

recientes misiones en Africa y en el Nuevo Mundo, en Asia y en Oceanía, daban desde aquel día prueba segura de su vitalidad, y de que llevaba á buen remedio la grandiosa empresa que había acometido. Tal fué la órden que se levantó contra el protestantismo y dió golpe de muerte á la herejía iniciada por Lutero: hé aquí tambien la razon del ódio implacable del protestantismo y sus sectas á los jesuitas.

Esa era la enérgica reacción que producía en el seno del Catolicismo el grito de la reforma y así triunfaba la Iglesia. En un siglo en que todos los partidos eran implacablemente inhumanos con sus adversarios, en medio de una lucha en que como consecuencia de la victoria se trataba de quién había de ser el verdugo, y la pena de muerte contra la herejía era el arma de todas las confesiones, Roma y el pontificado no debió el triunfo á la fuerza de las armas; lo debió á la gran reacción moral que produjo entonces en los pueblos el dogma católico.

A pesar del apoyo de los príncipes; á pesar de los desastres de la invencible armada; á pesar de la independencia de los Países-Bajos, de la ruina y decadencia política que se preparaba contra la casa de Austria; á pesar del futuro engrandecimiento político y supremacia militar de las principales naciones protestantes, el protestantismo no pudo vencer.

En el órden religioso quedó reducido al estado de secta con mil cabezas, incapaz de recibir otro nombre en religión que el de un sustantivo sinónimo de rebelión y protesta, secta que no puede decirse si representa una filosofía ó superstición, destinada á ir pereciendo de siglo en siglo, hasta caer al fin en la decrepitud é impotencia en que ahora viven en el mundo el maniqueismo, el arrianismo, el paulicianismo y las demás grandes herejías que siglos atrás destrozaron á la Iglesia. Las generaciones que van á seguir presenciarán grandes crísis morales y sociales: verán desatarse la revolución filosófica del siglo

XVIII en favor de la incredulidad, y en el siglo despues presenciarán los albores de la nueva y formidable reacción católica; pero en medio de tan tremendos vaivenes, el protestantismo permanecerá impotente, estéril, perdiendo de dia en dia mayor número de ovejas en su rebaño. Sólo los intereses católicos aparecerán en juego, luchando enérgicamente contra la impiedad.

*
* *

El siglo XVI, que en sus comienzos había visto amontonarse en los horizontes de la Cristiandad una de las más terribles tormentas que se desataron sobre la tiara del pontificado; el siglo XVI, en sus comienzos tan impío, se convirtió al fin en uno de los siglos más gloriosos que ha conocido la Iglesia. Esa misma centúria impía vió serenarse poco á poco la tormenta, y salir de ella á la autoridad pontificia tan firme como en los dias de Gregorio VII con pontífices como Pío V y Gregorio XIII y demás grandes papas de ejemplares virtudes que se sucedieron entonces en la silla de San Pedro.

La corte y la ciudad pontificia se habían trasformado por completo; todo en ellas daba ejemplo de la austeridad y virtud de la vida cristiana. Cardenales y prelados, órdenes monásticas, clérigos y seglares cumplían religiosamente las prácticas de piedad, y todo interior doméstico tenía el aspecto de la rigidez monacal. En Roma abundaban, como en ninguna otra ciudad de Europa, los grandes políticos y hábiles diplomáticos, los grandes artistas y los sábios eminentes, las mayores notabilidades, en fin, de todos los ramos; pero aquella corte reflejaba su severidad sobre todos los carácteres, y en cuantos personajes albergaba en sus muros la ciudad eterna, se veía impreso el mismo sello de austeridad religiosa.

El Catolicismo reaccionaba de nuevo, y reanimaba con su soplo de vida cuanto parecía inerte y gangre-

nado; bajo su impulsión, todos los grandes problemas de la política, todos los órganos de la literatura y del arte, toda la vida social, adquirían nuevo aspecto. Roma, tan despreciada y aborrecida por las sectas, daba al mundo extraordinario ejemplo de moralidad, piedad y virtudes de toda especie, y recobraba su autoridad moral entre los príncipes y pueblos, se convertía de nuevo en centro del movimiento europeo (1).

En medio de tan espantosa convulsión, los pontífices, no sólo habian continuado siendo los guardianes del dogma contra la rebelión innovadora, sino que tambien en esta ocasión, á pesar de las vastas complicaciones á que tuvo que hacer frente la Santa Sede, se mantuvieron fieles á su misión tradicional de defensores de Europa contra la media luna; y el glorioso combate de Lepanto vino á coronar entonces sus seculares esfuerzos. Domado el huracan, la nave insumergible continuaba bogando hácia su misterioso destino.

El siglo XVI es uno de los que ponen más de manifiesto la influencia tutelar y la misión constituyente y salvadora que desempeña el pontíficado entre las naciones cristianas. Algunos entendimientos superficiales, habituados á juzgarlo todo con un prisma que no produce sino impresiones falsas, podrán desatarse en declamacíones é invectivas contra los abusos cometidos por algún pontífice, pero no darán con ello ciertamente sino clara muestra de la pobreza de su juicio; pues no comprendemos cómo los defectos de algunos pontífices puedan ser motivo suficiente para condenar tan grande institución, y negar los incomparables beneficios que la Iglesia y todas las naciones de la Cristiandad deben al pontificado. De tales juicios, propios de energúmenos, huye siempre la historia. Ni el pontíficado, ni cualquiera otra institución, se juzgan de esa manera. Se juzgan, por el contrario,

(1) L. A. Ranke. *Historia del Papado.*

poniendo en una misma balanza el bien y el mal que han producido; oponiendo á los vicios y defectos las cualidades y virtudes de los hombres que han figurado en ellas; observando, en fin, su acción é influencia funesta ó benéfica en la vida de la sociedad, antes de lanzar contra ellas un fallo condenatorio ó de enaltecerlas con alabanzas. «Si quisiera referir abusos de las instituciones más necesarias y fundamentales, escribe Montesquieu, diría cosas increibles»; y seguramente que en esto, por lo menos, todos los santos padres hubieran estado conformes con Montesquieu.

En efecto: todas las instituciones en que interviene el hombre tienen que resultar imperfecciones. No hay, ni habrá poder en la tierra que esté preservado contra el vicio y el abuso; con tristeza debemos reconocer esta influencia irresistible y funesta que ejercen en todo, hasta en las jerarquías más sublimes, las malas inclinaciones de la naturaleza humana. Ha habido tambien malos papas, como han abundado los malos príncipes; hablando con cortesía y dulzura de algún papa, ha podido decir el mismo De Maistre: «*Qu'il était assez mauvais sujet*». Y tampoco á ningun cristiano se le ha ocurrido que á todos los sucesores de San Pedro en la silla apostólica se les debia canonizar, ni es católico siquiera considerar al romano pontífice como impecable.

Pero aùn cuando haya habido papas merecedores de condenación, sería tan injusto como absurdo juzgar al pontificado por las faltas de algunos papas. Que, por el contrario, junto á las obras meritorias y á la acción bienhechora de la tiara se pongan hasta recargados y centuplicados, si se quiere, los yerros y faltas de pontífices, no por eso la Iglesia y el pontificado, que la representa, dejarán de presentarse à los ojos de quien sepa leer la historia como el poder tutelar que ha salvado, dirigido,

constituido y civilizado á las naciones cristianas (1).

Así es, en efecto, como se debe proceder cuando se trata de apreciar la influencia social de una institución. No hay que estudiarla solo en los actos de un hombre ó en la vida de algunos príncipes; sino en la série de magistrados ó soberanos que en ella han intervenido, y en la acción que esa institución desenvolvió en la vida social, y en los resultados que produjo. Juzgando con este criterio de imparcialidad al pontificado romano, es como se descubre la incomparable misión que ha desempeñado en la historia, y resulta ser la institución más grande y venerable que ha conocido la tierra.

No ha existido jamás un trono comparable con el de los romanos pontífices por la série de grandes hombres y caracteres extraordinarios que lo han ocupado, así como por las virtudes y la ciencia que en él han resplandecido por espacio de diez y nueve siglos. Jamás se ha conocido majestad tan benéfica y salvadora, ni más fiel en todo tiempo á su augusta y tradicional misión, que la majestad de estos pontífices. En esa veneranda dinastía se cuentan cuarenta pontífices que derramaron su sangre por la fé; otros sesenta que por su santidad merecieron ser venerados en los altares, y la casi totalidad de los restantes fueron hombres de un mérito de todo punto superior, adornados de cualidades, que muy excepcionalmente se han visto brillar en otros príncipes.

A pesar de la larga vida de esa institución, la más antigua de cuantas hoy existen, apenas se notan ligeros eclipses en la virtud, ciencia y dotes superiores de autoridad, caracteríscos y tradicionales en los sucesores de San Pedro. Podrá ser cierto lo que se dice de los escándalos que hubo en Roma durante el siglo

(1) «Los defectos de los papas, infinitamente exagerados ó mal presentados, dice De Maistre, y que en general se han convertido en provecho de los hombres, no son más que la liga inseparable de toda mezcla temporal; más todo bien examinado y pesado en la balanza de la más fría é imparcial filosofía, queda demostrado que los papas han sido los fundadores, tutores, salvadores y verdaderos génios constituyentes de la Europa». *Du Pape*. lib. III.

X; podrá ser cierto, aunque no existen documentos sérios que lo acrediten, que cuando toda Europa estaba sumida en la confusión y trastorno espantoso de la barbárie, dos princesas licenciosas ó intrigantes, de sangre imperial, enseñoreadas de Roma, pudieron colocar sobre el trono pontificio á sus hechuras y á sus hijos; pero pasaron pronto tales escándalos, y la silla apostólica no tardó en recobrar su esplendor, «apareciendo en ella una coherte de hombres llenos de génio vigoroso y austeras virtudes, cuyo pensamiento culmina en Gregorio VII.... Conciencias llenas de seguridad y fortaleza, espíritus ilustradísimos para su tiempo, dotados de muy altos sentimientos, así del derecho en general, como de la suprema é incontrastable misión que pertenecía á la Iglesia de ordenar y sujetar á una sociedad disgregada, perturbada y anárquica, intentaron para ello dotar á la Iglesia de un instrumento eficaz y universal, y formaron un clero que debía presentarse como compacta falanje enfrente de las usurpaciones de la protesta civil» (1).

Más tarde, el revuelto cisma de Aviñon, las doctrinas que acompañaron los albores del Renacimiento, los abusos introducidos en la jerarquía y en el gobierno eclesiástico, empañaron tambien momentáneamente la aureola de la sede romana; pero no tardaron en sucederse otra vez sobre aquel trono nuevos hombres, que, por su talento, sabiduría, virtudes, energía y rigidez de carácter, impusieron respeto á todas las naciones; y el mismo siglo XVI termina presentándonos á la cátedra pontificia rodeada de igual majestad que en los tiempos de Hildebrando.

Lo extraño, pues, no es que haya habido algunos malos papas, sino que los malos papas hayan sido tan escasos, á pesar de haber cruzado el pontificado por siglos tan revueltos y alternativas y revoluciones tan espantosas, y haber vivido en épocas en que el

(1) R. Bongi, *Pio IX y sus sucesores.*

rebajamiento de caracteres y el desenfreno de todas las concupiscencias parecían llegar á su grado extremo. Y lo más asombroso todavía, es que por muy perversos que hayan sido ó se quiera presentar á algunos pontífices, su perversidad moral no tuvo jamás influencia ninguna sobre la doctrina y el dogma.

Observa De Maistre que algún reparo se podría hacer hasta en materia de ortodoxia á los actos particulares y opiniones personales de algunos pontífices de la más alta virtud y acendrada piedad, tales como los papas Liberio y Honorio. En cambio, nada podrá encontrarse que no esté sujeto á la más severa ortodoxia en las doctrinas proclamadas por pontífices calificados de malvados, como, por ejemplo, aquellos que colocaron en el trono pontificio Theodora y Marozia Hecho inexplicable es éste, á no ser teniendo en cuenta aquella palabra divina que prometió fundar una Iglesia eterna é infalible, con hombres parecidos á nosotros, y dotados de todos los defectos y cualidades de la naturaleza humana; promesa que, por extraña que parezca é imposible de cumplir, se está sin embargo cumpliendo al pié de la letra desde hace diez y nueve siglos.

Y los que tan afanosos se muestran de difamar sistemáticamente á los pontífices, atribuyendo todo género de vicios y defectos á los hombres que han ceñido la tiara y á las jerarquías que gobiernan la Iglesia, debieran comprender que, aún dado caso de que sus declamaciones, en vez de calumnias, fueran acusaciones justas, no resultaría con ello sino más asombroso el milagro de la duración de la Iglesia, pues tendrían que confesar que si no es á las cualidades y virtudes de los hombres á lo que debe la santa Sede su duración, forzoso es atribuirlo á otro elemento de vida superior, que la hace indestructible á pesar de los vicios de los hombres y de las borrascas de la tierra.

*
* *

Vamos á terminar este capítulo exponiendo el estado de la lucha entre el pontificado y el protestantismo. Concluía el siglo XVI, y ya el protestantismo aparecía como un cadáver: ponía, sí, en pié por Europa numerosos ejércitos, y todas las naciones del Norte alzaban bandera luterana; pero tales ejércitos, más que dogmas y principios religiosos, representaban y defendían los intereses creados al amparo de la reforma. El protestantismo, como herejía, había muerto en la controversia dogmática; pero se mantenia en pié como causa nacional é interés político.

La reforma, para la mayor parte de los príncipes y señores que se habian declarado sus campeones, había sido nada más que el pretexto para alcanzar otras miras personales; los príncipes se hacían protestantes para arbitrarse los recursos pecuniarios de que habían gran menester para cubrir las deudas de su corona, y en el protestantismo veían tambien el medio de conseguir, en sus respectivos Estados, las atribuciones de la soberanía espiritual, recurso incontrastable para quien ambiciona la autoridad despótica.

El escéptico Hume declara que «el verdadero objeto de la reforma en Inglaterra fué apoderarse de los bienes y riquezas del altar» (1). Si de algo peca esta declaración del historiador, es de no expresar más que la verdad á medias. Inútil añadir que lo mismo que en Inglaterra sucedía en las demás naciones. El principio religioso no sirvió más que de pantalla para todo género de codicias.

Pero cuando ante la impugnación de los teólogos católicos, y la gran reforma de disciplina y costumbres realizada en el seno de la Iglesia, el grito de

(1) «En Inglaterra, ha escrito Macaulay, la religión fué mero instrumento de las pasiones mundanas. Un rey, cuyo carácter se describe con solo decir que fué el despotismo personificado; ministros sin principios, una aristocracia poseída de rapacidad, y un Parlamento de lacayos: hé aquí los propagadores de la reforma en Inglaterra. De esta suerte, la separación con la Iglesia romana, obra comenzada por Enrique VIII, verdugo de sus mujeres, se continuó por Somerset, verdugo de su hermano, y quedó completada por Isabel, verdugo de su hermana. La reforma en fin, en Inglaterra al menos, fué el producto de brutales pasiones, alimentadas y sostenidas por una política egoista». *Ensayo sobre la Historia constitucional de Inglaterra*, de Hallam.

reforma dejó de ser un pretexto plausible, la herejía protestante continuó, sin embargo, en pié, apoyada en los intereses materiales y políticos que habia creado, y que en ella buscaban amparo. Asi sucede con todas las revoluciones, por desatentadas que sean, y sobre ello tiene nuestro siglo sobrada experiencia propia.

Del mismo modo que en la naturaleza un invierno demasiado lluvioso, ó un verano demasiado cálido y seco, desarrollan epidemias cuyos miasmas permanecen en el ambiente de aquella región largo tiempo despues de desaparecida la causa que los produjo, hasta llegar una hora en que de pronto se produce un trastorno en la atmósfera ó en la tierra, y desaparecen las emanaciones pestilenciales; del mismo modo en el mundo moral, por causas diversas, se produce un contagio moral, ó lo que se llama en el órden religioso, una herejía, y largo tiempo despues, á pesar de no haber ya motivo ninguno para que subsista esa pestilencia, los miasmas deletéreos se mantienen, sin embargo, como suspendidos en el ambiente de aquella región, causando estragos, hasta que se produce de pronto alguna tormenta en la atmósfera del mundo moral, y el contagio desaparece. Esta es la historia del protestantismo. Sabe Dios si las tormentas de nuestro siglo son las que han de barrer los miasmas pestilencias que desde el siglo XVI permanecen suspendidos por los horizontes de la Cristiandad, y desaparecerá en nuestra época la epidemia protestante, como desaparecieron las demás epidemias anticristianas.

Corrió otro siglo, que, con relación á las grandes conmociones habidas en el anterior, podría considerarse como época de descanso, á pesar de sus guerras frecuentes y crueles. El siglo XVII conserva mucho de las generaciones de entusiasmo y fé que acabaron el siglo XVI; pero reune tambien grandes presagios de la revolución incrédula que muy luego se vá á iniciar. Los príncipes que en el siglo ante-

rior se han valido de las conmociones de la reforma para conquistar el poder absoluto, continúan enseñoreados de un poder despótico y destruyendo las franquicias de los pueblos. Los intereses religiosos dejan en cambio de ser los principales intereses que se debaten en la diplomacia y en las guerras. Europa cesa de estar dividida para todas las cuestiones en los dos campos católico y protestante. La política ocupa el primer lugar. La guerra de treinta años, iniciada sobre todo á nombre de intereses religiosos, simple episodio en su principio del gran duelo entre el Catolicismo y el protestantismo, se convierte al fin en guerra puramente política. Richelieu, cubierto de la púrpura romana, forma liga con Gustavo Adolfo, se une á los protestantes contra el papa y hace restituir á los grisones calvinistas el valle codiciado por el Austria como llave de su dominación en Italia. Atenta solo á miras políticas de propio engrandecimiento, la más poderosa nación católica se une á los protestantes para firmar el tratado de Westfalia contra la casa de Austria.

La diferencia entre la política religiosa de Felipe II y el cesarismo cuasi cismático de Luis XIV caracteriza bien á los dos siglos. La religión fué propiamente para Felipe II el interés fundamental de la política; para Luis XIV y sus ministros fué el más fundamental de los elementos de gobierno. Igual diferencia se nota entre los publicistas de una y otra centúria; paso á paso pueden seguirse en sus libros la trasformación que va recibiendo la doctrina y el enfriamiento que se opera en las creencias. Los publicistas del siglo XVI se distinguían por la ortodoxia más pura; todo en ellos se subordinaba al interés espiritual, á la unidad de la fé y vigor de la disciplina, fundado en la obediencia y sumisión al vicario de Cristo.

No sucede así con los publicistas del Siglo XVII. Pascal (1623 1651), insigne apologista de la religión, será sostén de la secta jansenista; Bossuet (1625-1704),

adversario implacable del protestantismo, historiador y admirable intérprete de los decretos providenciales en el gobierno del mundo, elocuentísimo expositor de la unidad y perpetuidad de la fé, se inclinará hácia la Iglesia galicana. Más tarde, apenas terminado ese siglo, vendrá Montesquieu (1689-1755), quien sólo verá en la religión un fenómeno del mundo moral, uno de los elementos esenciales de la constitución de los pueblos; y poco despues aparecerá Voltaire (1694-1778), para quien la religión es lo más inútil y funesto que han conocido los hombres, y la causa principal de todos los males que aflijen á nuestra especie.

Desde fines del primer tercio del siglo XVII el fervor religioso se apacigua en todos lados, lo mismo entre protestantes que entre católicos. El espíritu de disidencia contra Roma no produce ya màs que el jansenismo, pobre imitación de la reforma, como la proclamación de las libertades de la Iglesia galicana no es sino pobre imitación de la reforma anglicana: la bula *Unigenitus* basta para remediar lo que antes apenas pudo conjurar el concilio de Trento.

Las ciencias físicas y exactas entran en rápido desarrollo, Descartes y Bacon son precursores del racionalismo del siguiente siglo; Espinosa, Bayle, Hobbes, precursores de Voltaire y los filósofos de la enciclopedia. Formando solemne contraste con la marcha de las demás naciones, Inglaterra realiza entonces su gran revolución.

Se inicia por fin el siglo XVIII, y con él otra pavorosa tempestad contra la Iglesia; y de índole tal, que no había sufrido el pontificado peligro parecido desde los tiempos en que los santos padres tuvieron que luchar contra el neoplatonismo de las escuelas de Alejandría.

VI

La gran tempestad del siglo XVIII

Aquel siglo, que tenía la loca pretensión de saberlo todo sin haber estudiado nada; que quería decidir soberanamente en materia de ciencias morales y políticas, sin acertar á producir en ellas más que estupendos dislates, á no ser cuando declamaba contra el tormento y otras instituciones, condenadas ya por el natural progreso de los tiempos; que no conocía más emociones que los epigramas de los doctos de burla, y las desvergonzadas escenas de novelas indecentes, y las saturnales aristocráticas ó literarias en que la lascivia, enervada por el abuso, y el deleite hastiado de sí mismo, necesitaban del excitante de la incredulidad para animar la alegría de las orgías, debía producir necesariamente esa casta especial de hombres de letras y publicistas tan petulantes como frívolos, tan bribones como audaces, tan agudos como superficiales, inimitables todos ellos en el arte de ocultar con breves y sentenciosos epigramas la nulidad del pensamiento.

La blasfemia más atroz, la obscenidad más asquerosa tenían segura entusiasta acogida, con tal que viniesen envueltas en elegante disfraz literario y acompañadas de abundantes diatribas, pronunciadas con ingenio maligno. Fuera del chiste, nada quedaba entonces: ni entusiasmo, ni fé, ni amor á la verdad, respeto á tradiciones venerandas, ni afecto á la patria: todo era mofa y burla, y orgullo y confianza en la propia razón. En lugar del amor á la patria, declamaciones por los fueros del género humano; en lugar de caridad, teorías filantrópicas; en lugar de filosofía, afición á las paradojas; en lugar de dogmas, paparruchas literarias; en lugar de sérias meditaciones sobre la naturaleza y condición del hombre, en lugar de estudios prácticos sobre el mejoramiento y refor-

ma del estado social, teorías abstractas sobre el hombre abstracto, disertaciones sobre el hombre salvaje inventando en las selvas el lenguaje, las leyes, la sociedad, las nociones fundamentales del derecho y del deber; teorías, en fin, de radical demolición y crasa inexperiencia.

La utópia sentimental y la bufonada sacrílega se convierten en predilecto pasatiempo literario y científico. Niguna generacion habrá declamado más contra las instituciones que le regían, ni imaginado tampoco recetas más ridículas para la curación instantánea y radical de todos los males que aquejan al cuerpo social, ni producido tan prodigioso número ne embadurnadores de papel, pedantes, insulsos, disparatados, y entendimientos tan vulgares como inflados de soberbia y firmemente convencidos de que cada una de las páginas de sus libros valía más que el descubrimiento de un nuevo mundo.

Ninguna generación se habrá enamorado tan pérdidamente de tanto dislate; ni aún el mismo siglo XIX ha puesto en letras de molde más irracionales y y singulares desatinos. Gemían entonces noche y día las prensas para no producir sino volúmenes nécios ó indecentes; bastaba que un escrito tuviera un poco de juicio, para reunir las mayores probabilidades de no hallar lector. La sociedad habia llegado propiamente á estado de completa chochera, y en literatura y novelas ya no gustaba más que de historias verdes, y en ciencias morales y políticas no sabia buscar sino por mundos fantásticos los remedios á los males de esta tierra.

Los utopistas recorrían todas las escalas del desvarío, infiriendo perpétuo agravio al sentido común. Los unos, como Mercier de la Riviere, se dedicaban al desatino económico, y proponían someter á todos los subditos del rey cristianísimo á un régimen de 40 escudos anuales de gasto por cabeza. Los otros, como de Saint Pierre, escribían de treinta á cuarenta volúmenes de proyectos tan extraños como infantiles,

para perfeccionar la medicina y los conventos, remediar el celibato y mejorar el comercio y las conferencias públicas sobre física y política; proyectos tambien para el crecimiento de las capitales de los Estados y construcción de caminos de invierno; proyectos para la supresión de la mendicidad y de los títulos nobiliarios, para la creación de cronistas de los reinos, reforma de las academias y disminución de la moneda; proyectos, en fin, para la paz perpétua.

Mably, prendado de los héroes de Cornelio Nepote, fantaseaba utópias paganas y gobiernos republicanos; Rousseau trazaba paradojas salvajes y despóticas; Morelly pedía instituciones de socialismo brutal. En todos ellos, oculta ó manifiesta, vivía la idea anticristiana, característica del siglo XVIII; todos ellos, sin presumirlo quizás, se encaminaban á la horrorosa revolución que puso fin á la impía, alegre y presuntuosa centúria.

Aquel público había perdido el santo temor de Dios, principio de toda sabiduría, y no acertaba á descubrir sino vergonzosos delirios, atroces blasfemias, ó supersticiones inmundas. El sacrilegio volteriano, ó el sacrilegio jansenista, constituían todo su pasto espiritual; sarcasmos impíos ó fanatismos diabólicos se distribuían el imperio de las conciencias. Los milagros revelanderos y convulsionarios del diácono París, y las obscenas bufonadas de Voltaire, eran las dos fuerzas morales que prosternaban de hinojos á aquellas generaciones.

El jansenismo del siglo XVII habia degenerado en una doctrina de iluminados, la más miserable y desatinada que se pudiera concebir, y sus sectarios formaban una cábala de facciosos, que traían tan revuelto al Estado como á la Iglesia. La filosofía cartesiana se había trasformado en el escepticismo enciclopedista, y la escuela filosófica en secta irreligiosa y revolucionaria, organizada en monipodio secreto para destruir trono y altar.

En las reuniones clandestinas y masónicas del

filosofismo se ultrajaba cínicamente todo cuanto las leyes divinas y humanas mandan respetar, y se fraguaba la total destrucción de lo existente. Y en las reuniones secretas de la comunión jansenista se celebraban como ritos sagrados las abominaciones más atroces que pudo inventar la perversidad humana en el último grado de envilecimiento. Allí doncellas incáutas, introducidas por engaños en una reunión de personas beatas, al parecer, perdían su inocencia entre violencias brutales ó sesiones de magnetismo. Personas graves, encumbradas en las más altas dignidades de la jerarquía social, se daban cita con sigilo en misterioso lugar: les presentaban un ganso recien degollado, y los asistentes, empapando devotamente los dedos en la sangre del animal, se hacían en la frente una pequeña señal de la cruz, y comían después, unas veces sentados, otras de pié ó de rodillas, el hígado de la víctima propiciatoria. Concluido el santo banquete, los comensales, ciñéndose los riñones con el cinturon de cuero que marcaba el ritual, iban todos en peregrinación piadosa á visitar el campo en donde estuvo en otro tiempo el malogrado Port Royal.

En otras reuniones de convulsionarios, los varones afiliados hacían que las mujeres, por ser las más débiles, se tumbaran al suelo en la actitud de los muertos; y despues de haber bailado en su alrededor una especie de danza macabra, tres ó cuatro personas, de las tenidas por más santas y pesadas, se ponían de pié sobre la mujer, que figuraba un cadáver, y otros al mismo tiempo le colocaban piedras enormes sobre la garganta. La víctima no había de exhalar una queja, ni rechistar, manteniéndose siempre como cuerpo inerte. Así demostraban que ningún peso ni dolor podía distraer ó impresionar en la hora del éxtasis á los iniciados en el misterio de las convulsiones.

El patriarca de la Iglesia de los elisianos, el estrafalario señor Cosse, conocido entre los suyos por fray Agustin, despues de haber conmovido á sus feligreses

con alguna homilía de estupendos dislates, se acuesta sobre una mesa en la postura del cordero inmaculado, y recibe así las adoraciones de sus fieles.

No era raro encontrar entre aquellos fanáticos algún energúmeno que se jactase de haber leído, como el maestro Jansenio, diez veces todos los *infólios* de San Agustin, y treinta veces el tratado contra Pelagio. Pero á fuerza de discurrir sobre la gracia contra las bulas y breves del papa, se habían quedado sin juicio y sin gracia; y de cristianos se convirtieron en unos locos de atar, cuya más inocente monomanía consistía en hacer profecías y decirse inspirados por el Espíritu Santo. Su devoción predilecta era acudir á un cementerio, en donde cerca de la tumba de otro loco, ó cosa peor, què invocaban ellos por santo patrono, las beatas de la cofradía se dejaban pegar martillazos, partir la lengua, clavar en cruz, y otras barbaridades. Para estas ceremonias pías tenían clasificadas á sus mujeres en *saltadoras*, *ladradoras*, *maulladoras*, etc. Sería interminable la enumeración de las supersticiones vergonzosas que hicieron furor en aquel siglo, y la pluma se niega á referir historias y vergüenzas que envilecen demasiado á nuestra especie. Y estos locos, sin embargo, se burlaban de la Iglesia y del Papa y querían reformar el catolicismo!

*
* *

A penas llegaríamos á imaginar que pudiera el hombre degradarse hasta tal extremo, si Barbier, Casanova de Seingalt, d'Argenson, el duque de Luynes, Grimm y demás cronistas de la época, no coincidieran en éstos y otros relatos todavía más repugnantes que llenan los anales de esa sociedad miserable y vil.

Y lo que hace todavía mayor la ignominia, es que la sociedad y los gobiernos de entonces, en lugar de dar nuevo vigor á los justos decretos promulgados por Luis XIV contra la secta naciente, se pusieran, por el contrario, del lado de aquellos mónstruos, y se

conjuraran oficialmente con ellos para perseguir á los jesuitas, hallando magnates, universidades, parlamentos y monarcas menguados que le sirvieran de instrumento dócil para satisfacer la venganza jansenista, destruyendo la sábia y virtuosa compañía, que tanto se había distinguido defendiendo la dignidad humana contra los ultrajes que la inferían tales fanáticos.

Hoy no falta quien se atreva á calificar aquel tiempo de siglo de la ilustración y de las luces, campeon de la libertad de conciencia y de los fueros de la sana razón, grande y generoso en todas sus aspiraciones, y otras excelencias parecidas. Pero la sana crítica tiene que anular esos títulos por ilegítimos y usurpados, y revocar por injustos y falsos tales juicios, que nuestra generación, con ligereza sobrada, deja todavía correr como válidos. La posteridad, mejor informada, habrá de declarar que si bien el siglo XVIII, como toda época de la historia humana, conoció cosas buenas y malas, tuvo virtudes y vicios, el bien y el mal no se hallaron en él distribuidos con igualdad, ni aùn se compensaron: las virtudes en él fueron raras y muchos los vicios; pobre y escaso lo bueno; abundantísimo y detestable lo malo; grandes las infamias, pequeños ó nulos los títulos de respeto; ningunas las glorias; siglo, en fin, tan insensato y nécio como pedante, tan obsceno como impío, y uno de los más degradados que han conocido las edades.

Debemos, sin embargo, decir, que mejor todavía que con las supersticiones y delirios jansenistas, se caracterizan las doctrinas, sentimientos y costumbres de aquel tiempo, con el desenfreno de los escritores, que se reían á un tiempo de molinistas y jansenistas, los ponían á unos y otros á igual altura como impostores y maléficos agentes del fanatismo y de la superstición; escritores, en fin, que no veían en la religión más que la causa principal del embrutecimiento de los pueblos.

* *
*

Pero aún entre tales escritores ninguna escuela personifica tan bien su tiempo como el grupo, secta ó empresa de los enciclopedistas. Con frenético delirio acogió el siglo á esta secta literaria, por lo mismo que era la que mejor interpretaba las inclinaciones de la época. Tributó á sus miembros toda clase de distinciones y honores, y el título más humilde de cuantos se atrevió á conferirles fué el título de *filósofos*. Engreídos por los aplausos, empezaron los filósofos á buscar renombre y gloria, riquezas y honores, en la explotación de las pasiones viles de los contemporáneos. Admirables por la claridad de su estilo, por la inagotable fecundidad de su ingénio, aquellos escritores hicieron gala de blasfemos y librepensadores. No pretendían fundar nuevas Iglesias; no eran herejes en el sentido en que hasta entonces los había calificado la Iglesia: en el sentido de rechazar unos dogmas con otros, ó dar nueva y heterodoxa interpretación á algùn punto de la doctrina dogmática.

Eran hombres saturados de la incredulidad de su siglo, el más incrédulo de todos; literatos que, por aparentar filosofía, ostentaban incredulidad; ignorantes letrados que, por intitularse libre-pensadores y dar pruebas de agudo ingenio, hacían morisquetas á profetas y patriarcas. Su profesión de fé, puramente negativa, rechazaba toda creencia y todo dogma religioso. Con la misma diatriba insolente, festiva y obscena, se burlaban del Antiguo Testamento y de los libros brahmínicos, de Moisés y de Orfeo, de Exequiel y de las Sibilas, de Cristo y de Mahoma. Acordes con la Iglesia católica para afirmar que solo el Catolicismo era la pura y verdadera representación del Cristianismo; acordes al mismo tiempo con las Iglesias protestantes para afirmar que la mayor parte de los dogmas católicos eran absurdos y contrarios al sentido común, sus esfuerzos, esencialmente anticristianos, reducían la religión al sarcas-

mo, y alternativamente tremolaban la bandera de impuro deismo, ó se entregaban á un materialismo grosero.

Leibnitz había anunciado que el ateismo sería la última de las sectas, y que los ateos serían los protagonistas de la gran revolución que amenazaba á Francia, y ellos venían á cumplir la profecía del insigne filósofo. La teofóbia fué, en efecto, la pasión característica y dominante de estos corifeos.

Se decían filántropos y filósofos campeones de los fueros de la razón; pero no eran en realidad más que una tribu anticristiana. Alborotaban á Europa con razón cuando los tribunales condenaban á un inocente ó hacían uso del tormento, y el verdugo quebrantaba los huesos ó arrancaba la lengua á algun infeliz; pero si la víctima de la injusticia era un apóstol cristiano, si el atormentado era un hijo sumiso y fiel de la Iglesia de Cristo, ó eran docenas de jesuitas lo que achicharra el verdugo, unos á otros por consigna se imponían silencio, ó bien, caso de hacerse imposible la conjuración del silencio, hablaban del suceso pintando á las víctimas tan despreciables como el verdugo.

Se burlaban de los dogmas y tachaban de superstición las doctrinas teológicas mejor asentadas; pero al mismo tiempo, en materia de hipótesis científicas y charlatanería literaria, nunca se han conocido hombres más crédulos y supersticiosos que los que componían aquella secta de incrédulos. La fé que tienen los cristianos en el Evangelio no es mayor ni más sumisa que la que prestaban estos filósofos á las teorías del mutismo y de la promiscuidad primitiva de los dos sexos humanos y al pacto social de Rousseau. Con tanta certeza como podemos creer nosotros en la historia del pueblo de Israel y en las narraciones de la Biblia, creían ellos en el pueblo prehistórico casi laponés, inventor de las ciencias y de las artes, imaginado por Bailly, en el hombre-máquina ó en el hombre-planta de Lamettrie, y en las curaciones es-

tupendas del saltimbanquis Mesmer, y en las drogas y profecías, panaceas y milagros de un truhan como el conde de Cagliostro.

No eran, en fin, los tales literatos bastante filósofos para comprender á la religión y tratarla con respeto; y eran en cambio demasiado sofistas y soberbios para ser cristianos Su inexperiencia de la vida social llegaba á un grado increible; no es de extrañar, por tanto, que desconocieran la altísima misión que desempeña la religión, lo mismo para la vida y salvación del individuo, como para la salvación y bienestar de los pueblos. No podían adivinar el grave peligro que encierran siempre para las sociedades las revoluciones más justificadas; ignoraban el arraigo profundo que tienen en el suelo de las naciones hasta los más irritantes abusos y los obstáculos casi insuperables que oponen á toda trasformación radical y violenta.

Fácilmente seducidos por las teorías, no atinaban sino á trazar planes de reforma universal, bilvanados con admirable inventiva, razonados con toda la dialéctica y sabiduría enciclopedista, breves, sencillos, armónicos, como cualquiera de nuestras constituciones modernas; pero donde junto al esplendor de los sueños sobre el mejor de los mundos posibles, presentados con todo el soberbio aparato de la teoría pura, aparecía el desconsolador vacío de la ignorancia más crasa en punto á las necesidades de la vida real, el más absoluto desconocimiento de lo que es el hombre, la más espantosa inexperiencia de lo que valen y de lo que pueden en el corazón humano, como en la vida social, los altos y eternos principios del mundo moral.

No hemos de apreciar aqui sus talentos literarios y sus méritos científicos, sus crasos errores y buenos principios; ni investigaremos tampoco si es cierto que en medio de sus grandes desvaríos tuvieron grandes y benéficas aspiraciones. Unicamente nos corresponde juzgarlos por la influencia funesta que

ejercieron en la sociedad moderna. Ingénios tan superficiales como altaneros; dialécticos tan poderosos como sofísticos, tan llenos de aspiraciones de ser los mayores reformadores de la humanidad, como ignorantes de la historia é incapaces de observar y apreciar en su justo valor los hechos y elementos de la vida real; el desenfreno de su pensamiento y su soberbia rebelde á todo yugo, así como su servilismo ante las adulaciones del momento, los convirtió en entendimientos perversos, y fueron los mayores malhechores intelectuales de su época y de las generaciones futuras.

Ni Moisés, ni los patriarcas, ni los profetas, ni los santos varones del Antiguo y del Nuevo Testamento se libraron, pues, de las burlas impías. Tal era el espíritu de los hombres de letras en la pasada centúria. Quien no ha leído aquellos autores selectos no sabe lo que es blasfemar, calumniar y mentir. Se habían propuesto acabar para siempre con el órden cristiano, y no reparaban en medios con tal de conseguirlo. Epocas habrá de espantable cinismo y audacia en los autores para exponer con el mayor aplomo los más impudentes embustes históricos y filosóficos; pero por mucho que se devane el seso de la gente perversa, la mentira volteriana y el cinismo enciclopedista quedarán siempre como superior ejemplar.

Nada extraño que fé y sentido comun fueran cosas contradictorias para aquellos ignorantes y alegres escritores de la secta filosófica. Protestando contra la intolerancia de siglos anteriores y contra las persecuciones religiosas, proclamaban libertad absoluta para la conciencia, respeto igual para todos los cultos; pero profesaban y predicaban al mismo tiempo ódio particular á la religión cristiana.

Y ellos, que no respetaban ningun elemento esencial de la constitución de los pueblos, y menospreciaban todas las tradiciones por grandes y fecundas que fueran, y velipendiaban al hombre y al estado social,

y protestaban contra el despotismo intolerante, no tenian sino desprecio y befa. groseras injurias é intolerancia peor que de inquisidor, para las opiniones que les eran contrarias. Por ódio al Cristianismo, ensalzaban á Mahoma; por ódio al Evangelio, comentaban sin haberlos leído los versículos del Zend-Avesta; por ódio á la caridad cristiana, proclamaban la filantropía; por desmentir al Génesis, elogiaban la inteligencia del mono; por rábia contra la civilización cristiana, se extasiaban ante la constitución de los chinos. De todo eran capaces con tal de desacreditar y pisotear el dogma: capaces, no digo de ser embusteros y proferir insultos de plazuela, era tal su profesion, pero capaces de inventar con imperturable aplomo una era de mil años en la historia del mundo, y demostrar literariamente que los caribes de Nueva Zelanda viven más felices y libres que el europeo, porque no conocen el báculo y la mitra; capaces, en fin, de hallar pruebas contra el Cristianismo, lo mismo en una disertación sobre la gravitación universal, que en un estudio sobre la pimienta de las islas Maldivas, ó sobre los diamantes de Golconda.

*
* *

Grave era el peligro para la Iglesia. Voltaire, rey de los tiempos, blasfemaba como un endemoniado; Rousseau, utopista monomaniaco y sentimental, despedazaba con paradojas de tribuno las entrañas de la sociedad; D'Alembert, Helvecio, Diderot, D'Holbach, anatematizaban la religión á nombre de la ciencia y de la libertad humana; y las naciones estaban en espectativa para recoger todos los días con avidez la última sentencia de aquellos hombres, mirados entonces como sábios de primera fuerza, y santos padres, y pontífices, y profetas.

Merced á las groseras preocupaciones de su siglo el más irracional de todos los siglos, tales bufones ó sofistas monopolizaban el saber, la filosofía, la litera-

tura y el buen gusto. Europa devoraba con frenesí las producciones de la literatura francesa; la lengua de aquellos escritores se había difundido de tal manera por todas las naciones, que era propiamente una lengua universal, como lo fué el latin en los siglos medios. Las costumbres francesas, la pedantería de los hombres de letras franceses, los vicios franceses, la obscena depravación de la córte de Francia, constituían el buen tono por toda la sociedad europea.

No podía pasar por persona instruida y decente quien no aplaudiera, como obras maestras de buen gusto, las elegantes indecencias de los escritores de Francia. Se calificaba de estúpido, mogigato, ignorante, reaccionario y oscurantista á todo aquel que no se prosternara ante los escritos impíos de Voltaire, señalado como el crítico más fino y audaz entre los críticos; ó ante las disertaciones de D'Alembert, el sábio que decían más sesudo entre todos los sábios sesudos; ó ante las palinodias de Raynal y Diderot, que llamaban los más ingeniosos dialécticos entre todos los metafísicos sutiles. En cuanto por alguno de los ingénios de París, ó residentes en Ferney, se publica alguna de esas declamaciones escritas con tanta impiedad como fina ironía y admirable flexibilidad de tono y de formas, Europa entera rompía en estrepitosas carcajadas.

Federico II de Prusia, José II de Austria, Aranda en España, Pombal en Portugal, daban rienda suelta á su entusiasmo, enviaban calurosas felicitaciones al autor y componían reales sonetos en su obsequio. Si era una pieza teatral, el público pataleaba de entusiasmo y rogaba á alguna dama elegante y principal que de parte del auditorio diera un apretadísimo abrazo al autor. En los salones aristocráticos, y en las antecámaras de palacio, no se hablaba sino del último triunfo literario, y de los atrevidos sarcasmos y de los argumentos sin vuelta de hoja que en él se contenían contra la creencia establecida.

De un extremo á otro de la Cristiandad cruzaban

blasfemias é imprecaciones contra el pontífice y contra todo el órden cristiano; la sociedad estaba sumergida en un diluvio de impiedades. No se hablaba de la Biblia sino para cubrirla de irrisión; al Nuevo Testamento se le calificaba de inaguantable patraña, comparable sólo con las supercherías y simplezas del Antiguo; los sacramentos no eran más que miserables manejos de la vil teocracia; Cristo un mito ó un intrigante, ó un loco crucificado con razón, porque merece la pena de muerte quien predica contra la religión de su patria; Roma un antro de facinerosos y estafadores; los jesuitas una sociedad de canallas hipócritas; los curas y frailes impura-casta consagrada á explotar las miserias y supersticiones humanas; los papas verdaderos antecristos. Repetían todos los lábios el grito de Voltaire: «Aplastemos al infame».

Y no eran sólo las galas literarias las que daban valía á las producciones de tanto desenfreno intelectual, sino que se cubrían tambien de todos los atractivos filantrópicos para halagar las pasiones generosas y los sentimientos cándidos, omnipotentes en el corazón de las masas. Con profusión se hablaba en todos los escritos de sencillos y radicales sistemas de reforma social, y se proclamaba la inviolabilidad de los derechos naturales é imprescriptibles del hombre.

A nombre de la filantropía se protestaba enérgicamente contra el tormento, contra la persecución religiosa, contra las prisiones arbitrarias y las sentencias injustas, contra la esclavitud y las miserias que abrumaban á las clases inferiores de la sociedad. A nombre del pacto social se sentaba el dogma político de la fraternal unidad é igualdad del género humano; y con las teorías de la soberanía del pueblo y del sufragio universal, como fuente de todo derecho, desataban las pasiones populares. Engalanados con estas teorías democráticas de libertad, igualdad y fraternidad enciclopedista, los anatemas contra la Iglesia de dia en dia conmovían más hondamente las pasiones y exaltaban el furor de los pueblos.

La Iglesia, entre tanto, despojada de todo elemento de acción para conjurar la tormenta, sin fuerza, al parecer, para hacer frente á sus enemigos, se presentaba á los ojos de todos como impotente antigualla, destinada à zozobrar sin remedio en el oleaje del implacable huracan de ódios y sarcasmos. De tal manera se veía postergada la grandiosa autoridad pontíficia de otros tiempos, que los papas apenas podían hacer oir su voz en la Cristiandad.

El culto oficial en Francia, en Austria, en las córtes de Italia, en España, en Portugal, era el culto católico, con exclusión de los demás; pero los gobiernos, impregnados del espíritu filosófico y de la impiedad reinante, esclavizaban por donde quiera á la Iglesia con terribles regalías; mientras hipócritamente se proclamaba la libertad de conciencia.

Los parlamentos eran jansenistas y volterianos, nada les halagaba tanto como mostrarse usurpadores de jurisdicción eclesiástica, y dictar los fallos y censuras canónicas que incumben al papa y á los concilios. Los reyes, por lo general, ó eran ineptitudes de primera nota, ó desalmados y descreídos como un pillete, tan malos y perversos como sus ministros.

En Versalles la córte reproducía las orgías de Babilonia; la aristocracia se extasiaba ante toda blasfemia; las clases más interesadas en la conservación de las tradiciones seculares, y en la defensa del trono y del altar, eran las que corrían más alegres por el camino de perdición. La Iglesia, en fin, no hallaba apoyo ni respeto en ningún lado. Y al mismo tiempo, otra vez los vicios y la corrupción y la inmoralidad en gran escala habían invadido todas las jerarquías.

La regalía del patronato, para hacer mal á la Iglesia, daba no raras veces los más pingües y honoríficos beneficios eclesiásticos á prelados y abates ignorantes ó incrédulos haciendo algunos de ellos pública ostentación de su incredulidad y de sus vicios. En las filas del clero por tanto, eran más escasos que nunca aquellos esclarecidos campeones que en el

seno de la Iglesia surgieron en todo tiempo para hacer frente á la herejía. Por el contrario, antiguos discípulos de los jesuitas se convertían en principales corifeos del filosofismo; numerosos abates abjuraban, como Raynal, su antigua creencia, para adherirse á la profesión de fé del nuevo símbolo filosófico; muchos pastores prevaricaban contra la Iglesia, creían en Baal y adoraban los nuevos ídolos. Parecían reproducirse aquellos tiempos que pinta Ezequiel en una de sus magníficas profecías, anunciando las iras de Jehová porque los pastores no cuidaban de su grey, pastores que se apacentaban á si mismos y no daban pasto á sus ovejas. Pero si con esto se demostró cuán nociva es la ingerencia indebida del poder civil en la Iglesia, no logró anular la promesa de Jesucristo: La Iglesia es inmortal. No pereció; ni podía perecer. Hoy día pueden remedarse los mismos sofismas y las mismas persecusiones; pero el resultado será el mismo. Continuemos sin embargo la triste narración.

VII

La Compañía de Jesús

Queremos dar mayor interés á la persecusión contra la Compañía de Jesús, para que pueda formarse idea de lo que es capaz la incredulidad cuando se trata de perseguir á la Iglesia, sirviendo de gran lección para los incautos creyentes.

En apariencia casi sólo quedaba la Compañía de Jesús como último baluarte y esperanza del pontificado; y decimos en apariencia porque la Iglesia no necesita de nadie, sino de la asistencia de Jesucristo.

La secta enciclopedista había designado á los jesuitas como los guardias de corps del papa, y contra la Compañía de Jesús se desataron todas las iras.

Habia alcanzado la órden un poder muy grande en el seno del mundo católico para no suscitar contra ella ódios y rencores de toda especie dentro y fuera de la Iglesia.

A los pocos años de su fundación, ya la célebre compañia sostenía luchas porfiadas, no sólo con los príncipes protestantes de Alemania é Inglaterra, sino tambien en Portugal y en Francia, y hasta con el poderoso y terrible jeje político del Catolicismo en aquellos tiempos, con el mismo Felipe II; parlamentos y universidades los habían acusado de herejía, algunos príncipes los habían expulsado de sus reinos; contra ellos, en fin, se empeñaba la célebre disputa de tomistas y molinistas, que tan hondamente agitó durante largos años á todo el mundo católico.

Pero con tenacidad y vigor sin ejemplo, penetrados de la fuerza incontrastable de su superioridad y admirable organización, los jesuitas, conjurando con habilidad consumada tan graves peligros, acertaban á hacer frente ellos solos á tantos y tan poderosos adversarios; y al mismo tiempo que destrozaban la herejía protestante, dominaban las tendencias cismáticos de algunos príncipes católicos; y con incomparable valentía, solos enfrente de una mayoría inmensa de teólogos, sostenían victoriosamente los fueros esenciales de la libertad humana en la memorable controversia suscitada por el libro de Molina sobre el libre albedrío.

No dejó de crecer con rapidez prodigiosa la autoridad de la insigne milicia á medida que sus inmensos trabajos y jigantescas empresas se extendían por el mundo entero. A los incomparables servicios prestados al Catolicismo debía la órden el ejercer en el gobierno de la Iglesia una influencia tan grande como las congregaciones romanas. No hubo cuestión de alguna importancia para la Iglesia que no se resolviera con consulta ó por mediación de los jesuitas; en pocos de los grandes acontecimientos políticos dejó por entonces de intervenir de una manera ú otra algún miembro de este instituto; no se conoció rincón en las cinco partes del globo en que los hijos de San Ignacio no ejercieran su enérgica é infatigable actividad y su ilustrado celo.

Pero la misma extensión de su poder acabó por acarrear á la órden graves peligros en su gobierno interior, y enemigos tan implacables como temibles en sus relaciones sociales. Todas las armas parecieron buenas para hacerle guerra. No hubo incidente ni pretexto que no sirviera para lanzar contra ella las más graves acusaciones. Los unos declamaban contra la ambición desmedida que suponían en los hijos de Loyola; los otros pretendían que se había perdido entre ellos el espíritu cristiano de su fundador, y que no era ya tan estricta y severa la observancia de las constituciones.

Si alguno de sus miembros había formulado una opinión atrevida sobre un punto de los más dudosos del casuismo, al instante los enemigos se aprovechaban de ello para dar vuelo al rumor de que en el confesionario del jesuita aprendía el adúltero el medio de entregarse á su pasión sin remordimiento de conciencia; y el ladrón la manera de disfrutar en paz y en gracia de Dios del producto de su robo; y recogían, en fin, todos los pecadores la más graciosa remisión de sus culpas, y el más grato consuelo contra las tribulaciones del remordimiento. Con insigne mala fé pasaban por alto los inmensos trabajos de esa sociedad, que tenía asombrado al mundo por su sabiduría y sus virtudes; sumían en olvido el sinnúmero de producciones de primer órden que había dado á luz en todos los ramos de la actividad intelectual, para presentar á unas cuantas proposiciones de casuistas como el resúmen de toda la ciencia y doctrinas de la compañía.

Los jansenistas fueron los primeros en lanzar contra la compañía de Jesús ese grito de guerra que aún resuena entre los contemporáneos. Dirigieron primero contra ellos sus ataques sobre materia de dogma y de doctrinas literarias. Con el apoyo decidido del poder temporal en Francia, y con los decretos de la santa sede, triunfaron los jesuitas de sus terribles contrarios en el terreno legal

y en el de la ortodoxia. Pero si ningun daño de consideración produjeron á la compañía los alegatos declamatorios de Pasquier y Arnauld; si el comun de los fieles, poco enterado de lo que podía ser la *gracia suficiente*, permaneció extraño á la discusión dogmática con el jansenismo, las cartas de Pascal, en cambio, causaron al instituto de Loyola una herida profunda, aún no del todo cicatrizada, y que para otro instituto hubiera sido mortal. Obra maestra de sátira burlesca, y de elegancia y claridad de estilo, estas cartas provocaron la hilaridad de toda Europa, y cubriendo á la compañía del mas sangriento ridículo, exaltaron contra ella los ódios de esas masas ciegas y volubles, cuyos instintos no conocen en bien y en mal otro motor que los arrebatos de la pasión.

Los jesuitas replicaron con irrebatibles argumentos, pero sin la gracia de Pascal; por eso, mientras nadie se enteraba de la refutación, demasiado abstrusa, supo todo el mundo de memoria los diálogos deliciosos de *Las Provinciales*. El grave y austero Pascal iniciaba la obra maléfica del filosofismo en el siglo siguiente, descubriendo los efectos destructores que aùn contra las cosas más venerandas puede tener, manejada con maestría, esa arma terrible predilecta del génio francés, y con la cual los alegres y frívolos escépticos de la generación siguiente, trazando caricaturas grotescas de los patriarcas y profetas, y de todas las cosas santas del Antiguo y del Nuevo Testamento, pondrán en convulsión á la sociedad, arrancando alternativamente de todos los lábios simples sonrisas ó carcajadas estridentes, joviales algazaras y rechiflas burlescas, ó estrepitosas explosiones de risa sardónica.

Las cartas de Pascal son las predecesoras del grotesco volteriano; las predecesoras de *Cándido*, de la *Canonización de San Cucufin*, de la *Diatriba del doctor Akakia,* de los *Consejos à fray Pediculoso*, de la *Conversación del emperador de la China con fray Rigolo*, etc.; las precursoras, en fin, de todas

esas bufonadas sacrílegas, cuya primera impresión irresistiblemente hace desternillarse de risa aún al creyente más fervoroso, por más que luego llore por haber reido, y la carcajada termine con angustiosa tristeza y náuseas de asco y malestar (1).

No tardaron en unirse á los jansenistas escritores de otro género, exaltados por pasiones más ardientes y ódios más implacables y frenéticos. No tenían éstos últimos la buena fé de Pascal, ni la austeridad de costumbres, ni el saber de los solitarios de Port-Royal; pero todo lo sustituían en cambio con la audacia de sus sarcasmos, la fecundidad inagotable de su pluma, la exaltación de su alegre y presuntuoso cinismo, y sobre todo con la rábia mortal que profesaban á los «genízaros del papa».

Los jesuitas, para hacer frente á tales ataques, se limitaron entonces á la resistencia meramente pasiva, mostrándose más firmemente adheridos que nunca al servicio de la santa Sede, condenando por igual doctrinas jansenistas, principios protestantes, y teorías filosófistas; pero sin que del seno de la compañía ó de la pluma de cualquiera de sus partidarios saliera

(1) En cuanto se publicarón *Las Provinciales*, Roma las puso en el *Indice*, y Luis XIV por su lado entregó el libro á una comisión de arzobispos, obispos y doctores en teología, que después de maduro exámen, dijeron al monarca. «que por sostener y defender las doctrinas de Jansenio, anatematizadas ya por la Iglesia, así como tambien por hacer los autores tal uso de la calumnia y de la injuria que, excepción hecha de los jansenistas, á nadie perdonan sus críticas, ni al papa ni á los obispos, ni al rey, ni á sus principales ministros, ni á la sagrada facultad de París, ni á las ordenes religiosas, estimaban que el libro era merecedor de las penas que dictan las leyes contra los libelos difamatorios y heréticos». Pero para apreciar el valor moral de *Las Provinciales*, dejemos hablar al mismo Voltaire, cuyo dictámen en estas materias es todavía para muchos más competente y digno de crédito que el de todos los obispos de Francia. Dice así este célebre patriarca, en su catálogo de los escritores del siglo XVII: «Los jesuitas, como los demás religiosos, han tenido en aquellos tiempos de tinieblas casuistas que trataron el pro y el contra de asuntos hoy ya ventilados..... Pero hágase un paralelo entre las *Cartas Provinciales* y los *Sermones* del P. Bourdaloue, y en las primeras se aprenderá el arte de la invectiva y de la injuria llevada hasta la calumnia, y en los otros la autoridad de la razón severa para consigo mismo ó indulgente para los demás. Hecho este paralelo es como se verá de qué lado se encuentra la verdadera moral y cuál de los dos libros es más útil á los hombres». Sin duda que puede asegurarse desde luego, sin temor de ofender al sentido comun, que cuando Voltaire y los obispos de Francia están acordes en un mismo parecer, bien podemos tambien, creyentes y volterianos, sin escrúpulos de conciencia. con arreglo á las doctrinas más sanas del probabilismo, seguir el parecer en que estuvieron acordes Voltaire y los obispos y calificar *Las Provinciales* como libelo calumniador y pernicioso. Esto se entiende sin perjuicio de que salve cada cual su parecer, para opinar, no obstante, que la comparación con los *Sermones* de Bourdaloue habría de ser para las obras de Voltaire todavía más desastrosa que para las *Cartas* de Pascal.

apenas alguna refutación elocuente y enérgica de las doctrinas en boga. El bando opuesto, en cambio, inundaba el mundo de publicaciones satíricas, devoradas con avidez por toda Europa, y en las cuales se hacía del jesuita la más fea pintura que puede trazarse de criatura humana. Era el jesuita, según ellos, un hipócrita, explotador de todos los vicios y miserias de la humanidad; su moral no era la de Cristo, sino moral relajada de casuistas con la cual, por medio de un ergotismo sutil, podía el hombre entregarse, sin visos de pecado, á los crímenes más nefandos que reprueba el Decálogo.

¡Cuánta calumnia abominable! Según ellos los individuos de la órden no eran religiosos sino para entregarse con mayor inmunidad al tráfico y á la estafa mercantil, que constituía su pasión predilecta; no eran directores espirituales de los reyes sino para revolver mejor la intriga política; no eran confesores sino para desunir á las familias y adquirir con el fanatismo de la mujer más incontrastable dominio social; no eran preceptores sino para corromper á la juventud é inculcarle mejor la farsa moral, la hipocrecía, los vicios y el veneno fanático de su secta; no eran misioneros sino para realizar sus aspiraciones de dominio universal; no eran, en fin, defensores de la santa Sede, sino para tratar á los papas como muñecos y ser ellos los titiriteros del pontificado (1).

Ciertamente que no había menester gran penetración para apreciar, en su justo valer, inculpación tan apasionada y calumniosa; si tal hubiera sido la sociedad de Jesús, ni habría producido tantos y tan heróicos mártires, ni habría sido capaz de llevar sus sacrificios por la fé á un grado de tan sublime abnegación. No intrigas de malvados, sino el entusiasmo y la fé del apóstol, son necesarios para arrostrar los

(1) Tal es aún hoy día la obseción de los incrédulos contra la Compañía que César Lombroso hace poco exclamaba: «¡Ay! de nosotros si en el Vaticano apareciese otro Ignacio de Loyola».

peligros que desafiaba el hijo de San Ignacio, tanto en su lucha contra la herejía, como en sus misiones entre salvajes. La hipocrecía jamás produjo mártires. Singulares hipócritas debían ser los hombres que para desempeñar hasta el fin su innoble farsa, arrostraban con entusiasmo el martirio y los tormentos más atroces de la persecución más implacable.

Recientes estaban aún ciertas ocasiones solemnes de general consternación y espanto, en «que cuando bajo la impresión del más horrible y mortífero de los contagios, había el terror disuelto en algunas poblaciones todos los vínculos sociales, y el clero regular abandonaba su rebaño, y ni aún á peso de oro se encontraban los auxilios de la caridad y de la ciencia, y los instintos de la propia conservación habían ahogado, en fin, en todos los corazones los sentimientos más vivos, y los más profundos afectos, sólo al hijo de San Ignacio se le vió acercarse, sin embargo, al lecho abandonado por el médico, y hasta por el padre y por la madre, é inclinarse sobre los lábios infestados para recoger los débiles acentos de la última confesión y presentar hasta el postrer momento al agonizante la imágen consoladora del Redentor (1). Nunca ha conocido el mundo ni hipócritas, ni cómicos, hasta tal extremo poseídos de su papel.

*
* *

A todo el mundo constaba lo poco que valían en contra de la compañía las invectivas sacadas de esos libros de casuismo desenterrados del fondo de alguna biblioteca por la pasión de sectario. A todo el mundo constaba que si algunos miembros habían podido incurrir en faltas graves, tanto en política como en negocios de otro género, no eran éstas sino las consecuencias de la naturaleza humana, pero no el resultado inevitable de la organización de la órden.

(1) Marcaulay, *Historia de Inglaterra.*

Pero por más que á todo el mundo constara la mala fé del ataque, como no era en el fondo más que un arma de partido, la calumnia tomó al instante prodigioso vuelo. «En todas las naciones, en todas las córtes de Europa se habian formado por entonces dos partidos, que se hacían guerra implacable. El uno dirigía sus golpes contra el pontíficado, contra la Iglesia y contra la organización tradicional del Estado; el otro queria mantener las cosas en su estado actual y defender las prerrogativas de la Iglesia universal. Este último partido lo representaban, sobre todo, los jesuitas, y por eso la órden apareció como el principal baluarte de los principios ultramontanos. Asi es que contra la compañía de Jesús estalló primero la tormenta» (1). Contra ella se desataron todas las iras. Por todo el orbe no resonaron sino imprecaciones y anatemas contra los jesuitas. De todos los crímenes que se cometían por el mundo, de todas las calamidades que afligían á los pueblos, de todos los pecados que cometían los pecadores, tenían la culpa los jesuitas.

Si los gabinetes de Madrid y Lisboa, traficando en neófitos y vasallos, cual puede traficarse en ganados, tropiezan en la colonia del Sacramento con la resistencia de los indios que rehusan someterse á la órden de expatriación, atribuyen á los jesuitas la insurrección de los vasallos. Si el pueblo se amotina en Madrid con motivo de la carestía; si la hacienda sufre

(1) RANKE, *Historia del Pontificado.* No menos explícito es sobre esa particular el juicio de otro ilustre historiador protestante. «Habíase formado, dice, una conspiración entre jansenistas y filósofos; ó por mejor decir, como ambos partidos tendían á un mismo fin, trabajaban de consuno y con tal armonía, que hubiera sido fácil creer que concertaban sus medios. Los primeros, so pretexto de un gran celo religioso, y haciendo alardo los segundos, de un sentimiento filantrópico, trabajaban ambos por derrocar la autoridad pontificia; siendo tal la obcecación de muchos hombres bien inclinados, que hicieron causa común con una secta que habrían detestado si hubieran conocido sus intenciones... Como para derrocar el poder eclesiástico era preciso aislarle, arrebatándole el apoyo de esa falanje sagrada que se había consagrado á la defensa del trono pontificio, es decir, los jesuitas, éste y no otro fué el verdadero motivo del ódio que juraron al instituto de Loyola. Merced á las imprudencias co etidas por algunos de sus miembros, tomaron sus enemigos pretexto para combatirle, y la guerra se hizo popular Aborrecer y per-eguir á una órden, cuya existencia se hallaba íntimamente enlazada con la de la religión católica y del trono, vino á ser un título que á cualquiera daba derecho para llamarse filósofo.» SCHÆLL, *Curso de Historia de los Estados Europeos.*

alguna crísis; si se escribe algún libro con poco gusto literario; si el marido de la querida del rey de Portugal intenta un regicidio contra la majestad fidelísima, los jesuitas, y sólo los jesuitas, tienen la culpa de todo, y son la mano oculta de todas las abominaciones.

Hasta se les atribuye que aspiran á la dominación universal, y que la colonia del Paraguay, cuyos tranquilos pobladores mantienen degradados en la más inmunda tiranía, ha de ser la base de tan jigantescos planes! Los jesuitas, sociedad especuladora y mercantil, amenazan acaparar todas las riquezas de la tierra. Los jesuitas han publicado, con asentimiento de la compañía, libros sediciosos, inmorales, indecentes, obscenos, encomiadores del regicidio, subversivos de toda moral y de todo órden político, que deben ser quemados por mano del verdugo. Los hijos de San Ignacio difunden doctrinas contrarias al poder absoluto de los monarcas y favorables á las libertades populares. Los reyes de Francia, España y Portugal; las más elegantes princesas, las cortesanas más admiradas é influyentes en una época depravada: Tavora y la Pompadour; los ministros más poderosos, los políticos más ilustres: Choiseul, Pombal, Aranda; los filósofos y hombres de letras, la magistratura y los parlamentos en masa condenan á los jesuitas «como notoriamente culpables de haber enseñado en todos tiempos y constantemente, con aprobación de sus superiores y generales, la simonía, la blasfemia, el sacrilegio, el maleficio, la astrología, la irreligión, la idolatría, la superstición, la lujuria, el perjurio, el falso testimonio, las prevaricaciones de los jueces, el hurto, el parricidio, el homicidio, el suicidio, el regicidio.... como favorecedores del arrianismo, del socinianismo, del sabelianismo, del nestorianismo.... como reproductores de los errores de Pelagio, de los semipelagianos, de Casio, de Fausto, de los marselleses y de la herejía de Wiclef, de los luteranos, de los calvinistas y otros innovadores del

siglo XVI.... como protectores de la impiedad de los montanistas y propagadores de una doctrina injuriosa á los santos padres, á los apóstoles y á Abraham»! etc. En estos propios términos está concebida la resolución del parlamento de París de 1762 condenando á los jesuitas.

A juzgarla por este capítulo de culpas debía ser la casta jesuítica especie la más miserable y vil de toda la sociedad; no había herejía ó blasfemia que no hubiera protegido ó propagado; no había delito, à no ser el de contrabando, de que no se hubiera hecho culpable: y aún sobre esta misma materia tampoco faltaba quien la acusara de haber hecho sacas fraudulentas de metales preciosos, metiéndolos en barras de chocolate. Criminal asociación, tan funesta para el órden religioso como para el órden civil y político, debía de estirparse sin remedio esa gangrena social, conocida con el nombre de compañía de Jesús, si se quería que la sociedad entera descansara tranquila en sus fundamentales cimientos y volviera á la prosperidad material y bienestar moral. Tal era el espíritu de la época, fundado en tan viles y disparatadas calumnias!

La resolución del parlamento no merece otro nombre que el de desvergonzada prevaricación, tan infame como las acusaciones de Pombal y Aranda; pero es, por lo demás, documento en extremo curioso y notable para estudiar el ingenioso sistema de guerra que entonces se improvisaba contra la Iglesia, y con el cual, magistrados impíos é incrédulos, saturados de filosofía enciclopedista, conseguían condenar ¡como furibundos herejes á los religiosos más ortodoxos del catolicismo!

Decretada estaba la destrucción de los jesuitas. En torno del pontífice, á nombre de la salvación suprema de la Iglesia, se formularon las quejas más atroces, las súplicas más encarecidas, se urdieron las más ingeniosas y estupendas intrigas para que se suprimiera de una vez la odiada compañía.

A la implacable calumnia siguió pronto implacable persecución. Pombal, entre los hombres de Estado, se encargó de poner el primero por obra el propósito anticristiano. No hubo arma de que no se valiera: tanto le sirvió el libelo infamatorio, como la prevaricación de jueces serviles, y las intrigas de meretrices en los palacios reales, y los embrollos diplomáticos.

Ante el infame tribunal *de sospechosos,* por él establecido, comparecieron numerosos y notabilísimos personajes, consagrados á la muerte por las iras del malvado ministro. El padre Malagrida, anciano de setenta y tres años, pereció condenado al fuego con otros cincuenta y dos infelices. De Francia y Portugal fué ignominiosa y violentamente expulsada la compañía. Al pobre Cárlos III, que había prometido ser protector de los desgraciados jesuitas, le llenaron con tal maña la real mollera de embustes y calumnias los intrigantes de París y Lisboa y los enciclopedistas que pululaban en las antesalas del palacio de Madrid, que tambien en España, y con más furor que en otros reinos, á nombre de la salvación suprema del Estado, se decretó la destrucción de la compañía de Jesús.

Formado expediente con el mayor secreto, enviáronse á todos los puntos del reino pliegos sellados, que las autoridades, bajo penas severas, debían abrir y cumplir en un mismo dia y en la misma hora. Llegado el momento supremo de la apertura de los misteriosos pliegos, en ellos se encontró decretada la expulsión de los jesuitas. Más de seis mil infelices, ancianos y enfermos, sábios y hombres de austera virtud, reducidos de un golpe á estrecha prisión, fueron arrancados de sus celdas; y sin permitir llevar á cada uno más que su breviario, un bolsillo y las ropas de uso diario, almacenados en las bodegas de buques dispuestos de antemano, y conducidos así á Civittavechia; sin ningun prévio aviso al pontífice, los arrojaron con esta iniquidad en las playas de los Estados pontíficios.

Igual suerte tuvieron en las colonias de Africa,

Asia y América, y todos sus bienes fueron confiscados. Indignado de tan infame procedimiento, Clemente XIII se negó á recibirlos; Génova y Liorna hicieron lo propio; y los infelices desterrados, despues de andar seis meses errantes, fueron lanzados á las costas de Córcega, donde les aguardaban todos los tormentos del hambre y del màs absoluto desamparo, hasta que el papa accedió á darles acogida con tal que España les asignase una pensión de subsidio.

Por toda explicación de tan graves atentados publicó el gobierno de Madrid una pragmática real, en que se decía que por motivos *que el rey tenía reservados en su augusto corazón*, había tenido que proceder así para desvanecer una horrible conspiración, que amenazaba la seguridad del Estado.

Terminada la triste hazaña, Cárlos III exclamaba ante su corte: «*He conquistado un reino*»; y sin embargo solo había cometido el mayor acto de tiranía, condenando una institución sin dar las razones. Ni los turcos...

Los Borbones, que reinaban en Italia y en las dos Sicilias, imitaron con creces el ejemplo y se conjuraron todos para arrancar al papa una bula de supresión contra la órden odiada.

Al enérgico Clemente XIII sucedió Clemente XIV, pontífice benigno y débil, sin entereza para hacer frente á tan violentas tempestades.

Por temor á las intrigas de los reyes y de los políticos enciclopeditas, dejaba pisotear los fueros de la sede romana; prometía bajo su firma la supresión de los jesuitas; daba esperanzas de trasladar la silla pontíficia á Aviñon; sufría los insultos de Tanucci; aceptaba el despojo de los Estados de Aviñon y Benevento y prohibía la publicación de la bula *In coena Domini*.

Con tan pusilánime pontífice, Aranda y Floridablanca, y la secta que tras de ellos intrigaba, consiguieron al fin su propósito; y apareció el Breve aboliendo la órden de los jesuitas. Los monarcas se abalanzaron sobre los bienes de la difunta Compañía,

tesoros que José II aguardaba con impaciente codicia para cubrir sus trampas, y Carlos III llamaba su Perú.

Previendo que no podía ser duradero el decreto de la abolición, el pontífice lo promulgó en forma de breve y no de bula. (1)

Tomadas las precauciones más crueles, promulgadas las órdenes más terribles para llevar á cabo la incautación, la órden calumniada, que se suponía tan poderosa y vengativa, obedeció á la primera intimación: resignada y tranquila se sometió al fallo de la intolerancia de los tiempos Ensañados en la persecución los gobiernos, escudriñaron los archivos de la Compañía, saquearon los colegios y buscaron sin fruto la prueba de los atroces crímenes jesuíticos, y atormentaron en cruel cautiverio al general de la Compañía, santo varón demasiado pacato, porque ni aparecían los decantados tesoros, ni indicio, ni prueba alguna de criminalidad.

*
* *

(1) Tan grande como los arrebatos de alegría que manifestaron los enemigos de la Iglesia al tener noticia del breve de abolición, fueron las tristezas de los fieles. Contra él protestó en el acto la Iglesia de Francia, por boca de su más ilustre prelado, y el mismo clamor se levantó en todos los extremos del mundo católico. San Alfonso de Ligorio, que había aplaudido con entusiasmo la enérgica resistencia de Clemente XIII, exclamó al recibir la dolorosa noticia del breve que acababa de publicar su sucesor: «*¡Povero papa! ¿Che poteva fare?*» Y después de quedar un rato como ensimismado, añadió: «Voluntad del papa, voluntad de Dios». Y desde aquel instante se encerró en respetuoso y sistemático silencio sobre estos asuntos. Consultado poco después sobre el particular el cardenal Consalvi por Pío IV, contestó en estos enérgicos términos: «En vano los enemigos de los jesuitas nos predican milagros á fin de canonizar al breve con su autor; la cuestión está en si la extinción es ó nó válida. En cuanto á mí, declaro, sin temor de equivocarme, que el breve que la destruye es nulo, inválido ó inícuo, y que, por consiguiente, la Compañía de Jesús no ha sido destruida... Esto breve ha causado tan grande y general escándalo en la Iglesia, que pocos se han alegrado de él, como no sean los impíos herejes y malos católicos. Bastan estas razones para probar que ese breve es nulo y de ningún valor, y por consiguiente, que la pretendida supresión es injusta y no ha producido ningún efecto. Subsistiendo, pues, todavía la Compañía de Jesús, la Sede apostólica no tiene más que hacer que querer y hablar para que se manifieste de nuevo en el mundo. Por otro lado, tampoco quedaron satisfechas las mismas córtes promovedoras del escándalo. El rey de España lo miró con indiferencia; la córte de Nápoles prohibió, bajo pena de muerte, que se publicase. Príncipes infieles, como el rey de Prusia, conservaban los jesuitas en sus Estados y se oponían á la promulgación del breve; y la emperatriz de Rusia conseguía, con reiteradas instancias, de la santa Sede, que la Compañía continuara en sus Estados bajo su antigua regla.

«El efecto inmediato de la destrucción de la Compañía de Jesùs se hizo sentir al instante por todo el orbe católico. Los jesuitas habían sido perseguidos y dispersados, principalmente porque defendían en todo su rigor la doctrina de la supremacia de la santa Sede; y el pontífice, consintiendo la destrucción de la órden, vino como á renunciar á esta doctrina y á sus consecuencias. La oposición filosófica y religiosa había alcanzado por consiguiente completo triunfo. La destrucción repentina de esta sociedad, que había tenido por obra y ocupación principal la educación de la juventud, debía forzosamente conmover al mundo católico hasta en su más hondos cimientos, y hasta comprometerle en el mismo terreno en donde se forman y educan las nuevas generaciones. Tomados por asalto los baluartes exteriores, iban á empezar ahora con mayor brío los ataques del partido triunfante contra la fortaleza interior. El movimiento revolucionario creció de día en día: la defección de los ánimos se propagó rápidamente. ¿Qué esperanza podía quedar ya en esta época cuando se sintió la explosión del fermento revolucionario hasta en el mismo imperio de Austria, cuya existencia y poderío estaban más íntimamente ligados que los de cualquiera otra nación á los intereses de la restauración católica? Tales progresos ¿no eran acaso el síntoma precursor de un desquiciamiento general?» (1).



En triste estado se veía á la Iglesia á la muerte de Clemente XIV. Las potencias preponderantes, Rusia, Prusia, Inglaterra, eran herejes; en Polonia se perseguía cruelmente el Catolicismo y se instituían obispos cismáticos; en Alemania se reanimaban los protestantes y los febronianos; y los ingleses tenían

(1) Ranke, *Historia del Papado*, etc.

puestos fuera de la ley á los católicos, los martirizaban en Irlanda, y suscitaban obstáculos de todo género á las misiones en las colonias. En los países católicos, dominados todos ellos por intransigente incredulidad, era todavía más difícil y precaria la situación del pontificado. Los franceses se habían incautado de Aviñon y del condado venesino; los napolitanos invadían á Pontecorvo y Benevento. Con el uso despótico que se hacía de las regalías, la voz de la Sede apostólica apenas podía resonar en la Cristiandad, y su autoridad inerme no parecía ya sino poder decrépito destinado á próxima ruina, no viviendo aún sino merced á algunas fórmulas de cancillería.

Francia, España, Portugal, Venecia y las córtes italianas destrozaban con implacable furor la jurisdicción eclesiástica. Los reyes se arrogaban por donde quiera atribuciones de pontífices. El gran duque Leopoldo de Toscana promulgaba encíclicas y pastorales, suprimía y reformaba ceremonias sagradas, convocaba y disolvía concilios, cambiaba palabras del Ave-María, y ordenaba á los sacerdotes que celebraran misa en italiano. En Portugal se declaraba delito de alta traición publicar ó tener bulas ó breves pontificios, y los regalistas de la córte de Madrid se mostraban todavía más rabiosos que los de la Iglesia galicana.

El elemento más sano y el sostén más firme de la Iglesia desde la protesta de Lutero; la sociedad que desde la crísis protestante ha sostenido con más tesón y acierto la verdad católica, y no ha tenido nunca rival por el número de sus hombres virtuosos, fuertes y sábios; la compañía de Jesús, quedaba suprimida por breve pontificio, despues de la más miserable y afortunada de las intrigas, llevada de mancomun por todos los reyes que se decían católicos, inficionados de liberalismo filosófico; y por inexplicable contradicción de los tiempos sólo hallaba algún apoyo la desgraciada compañía en los monarcas de Lóndres, San Petersburgo y Berlin, es decir, en un papa griego, un papa

anglicano y un filósofo ateo. En presencia del giro que iban tomando los acontecimientos, razonable para la mayor prudencia humana hubiera sido afirmar entonces que el pontificado, habiendo concluido su tiempo, iba muy pronto á desaparecer; y en efecto, hubiera perecido sino fuese institución divina.

VIII

La prueba suprema de los tiempos modernos. Intolerancia cruel de la incredulidad

La situación fué agravándose. La secta filosófica redobló sus furores en cuanto vió humillados à los jesuitas, sus adversarios más temidos; y la Iglesia, que conservaba aún todo el aparato de su antiguo esplendor, sintió que á sus piés se habían formado insondables abismos, y que sus cimientos amenazaban ruina. Por donde quiera las masas le negaban obediencia y la cubrían de imprecaciones y anatemas. Las más altas reputaciones de Europa por el talento y por el saber la vilipendiaban y escarnecían á porfía. Los hombres de Estado la perseguían unánimes; la condenaban los magistrados; se conjuraban los príncipes contra ella; y del seno de la Iglesia desamparada, y que parecía haber perdido su vigor, no surgía ni un Agustin, ni un Gregorio VII, ni un San Bernardo, ni un Santo Domingo, ninguno, en fin, de aquellos enérgicos defensores suyos, que en otras épocas habían sabido conjurar la tormenta.

Aunque desapareció de la escena la primera generación de la secta incrédula, recogió su herencia otra generación, de pasiones todavía más exaltadas y ardientes, que no se contentaba ya con sarcasmos y desprecios literarios, ni con teorías sentimentales, sino que reclamaba la destrucción radical é instantánea de diez y ocho siglos de tradición cristiana. Tras de la generación de los autores de la enciclopédia, apareció la generación de los anabaptistas

de la enciclopédia, y estalló en el acto la formidable revolución; tras los sofistas vinieron los sicarios. La incredulidad demostró lo que significa para ella la cacareada libertad de conciencia.

Sobre la veneranda Iglesia se desataron, pues, las iras y venganzas más tremendas que conmovieron jamás las ciegas pasiones de las masas. Hicieron explosión á un tiempo las iras inveteradas del galicanismo de los legistas, los furores del jansenismo vergonzante, y los ódios implacables de los filósofos, que consideraban al Cristianismo como una superstición, y al Catolicismo como una peste. En Francia fué donde primero se hizo sentir la terrible explosión, y allí, sobre los altares católicos, despojados de sus pompas y seculares tesoros, se cometieron todas las profanaciones. Los templos, despues del saqueo, ó fueron arrasados, ó se convirtieron en lugares de orgía y prostitución. Con las campanas se fundieron cañones; con los cálices, crucifijos. custodias y copones sagrados, se hicieron monedas ó joyas de meretrices. Histriones, verdugos y asesinos, cubiertos de ornamentos sacerdotales, se entregaron á infernal desenfreno, y bailaron la carmañola en las plazas públicas y ante la misma Convención.

Los bustos de Voltaire, de Rousseau y de Marat, sustituyeron á las efigies de los santos y de los mártires cristianos. En el augusto santuario de Nuestra Señora de Paris, una desnuda prostituta recibió las obscenas adoraciones de fanáticos y desalmados ateos. Bajo las góticas ojivas de las majestuosas catedrales levantadas al cielo por la fé de los siglos, el culto asqueroso de la diosa Razon sustituyó al culto católico.

El ódio á lo pasado hizo profanar la santidad de las tumbas, y en el fondo de los sepulcros removidos se buscaron restos de creyentes y piadosos varones, de reyes y prelados católicos, para echar al viento sus cenizas, y ultrajar villanamente, hasta en el sagrado de las tumbas, á los hombres y á los siglos que fueron. El sacerdote que se atrevía á administrar los sacra-

mentos, á bautizar al recien nacido, á bendecir un matrimonio y socorrer al moribundo, corría peligro de muerte.

Los que permanecieron fieles á su Iglesia sufrieron pues, la más atroz persecución: perseguidos como fieras bravas por los cláustros de sus conventos, asesinados, ahogados, colgados de la linterna, pasados á degüello, ametrallados por centenares en cuanto se descubría su carácter sacerdotal, no tuvieron más remedio que emigrar en masa de su santuario y de su pátria para hallar asilo en tierra extraña y vivir de limosnas en el destierro.

Alarmados los reyes por los estragos de la tormenta, que ellos los primeros habían fomentado cuando no parecía sino teoría, sarcasmo ó pasatiempo literario, se coaligaron para sofocar al mónstruo cuando le vieron amenazador del poderío real; pero era en vano, porque tenían que pagar el crímen de complicidad al fomentar las persecuciones á la Iglesia y el desquicio social y religioso.

El mónstruo era ya más fuerte que los reyes; el espíritu revolucionario subyugaba al mundo. Francia, invadida, rechazó la invasión, y se hizo á su vez invasora. Por toda Europa el génio militar fué derrumbando tronos carcomidos, instituciones decrépitas de la vida civil y política.

Desaparecieron pueblos é instituciones seculares; en su lugar aparecieron nuevas nacionalidades, regidas por instituciones nuevas. En medio de tan violentas convulsiones se realizaron y se están realizando radicales mudanzas. El suelo europeo se ha cubierto de ruinas, y entre los escombros de las construcciones seculares, mezclados con abundantes semillas de mayores desastres, no han hecho todavía sino empezar à germinar nuevos elementos de vida.

El espíritu revolucionario, en su correría por el mundo, ha derruido alguna de las más antiguas nacionalidades; ha reducido á la nada la república más antigua de Europa: la república de Venecia; ha con-

vertido en polvo lo que quedaba del fantástico sacro-romano-imperio; ha puesto fin á las más antiguas dinastías, arrojando de los tronos á las casas reinantes más poderosas; ha hecho y deshecho imperios, consulados, dictaduras, pueblos y confederaciones.

*
* *

Muy varia fué la suerte del pontificado y de la Iglesia durante esos tremendos vaivenes. La prueba fué tremenda; no pereció porque no puede perecer, por más que se conjure el mundo entero. Más de una vez la bandera de la revolución ha tremolado sobre el castillo de Sant-Angelo y sobre el Quirinal. Suprimidos los reinos italianos para formar las repúblicas cisalpina, liguriana y partenópea; suprimidas luego las repùblicas italianas para formar el reino de Italia; destruido nuevamente el reino de Italia para volver otra vez á la antigua forma y división de sus Estados; vuelta de nuevo á formar la unidad italiana bajo el cetro de la casa de Piamonte, los pontífices sufrieron entre indecibles angustias todos los golpes de tan pavorosas y continuadas adversidades. Alternativamente se vieron dueños de Roma y expulsados de Roma; sostenidos en el Vaticano y lanzados del Vaticano; solicitados por la espada para celebrar concordatos y reedificar altares, llamados á tierra extraña para ungir nuevas dinastías y coronar emperadores, y arrastrados despues cautivos en suelo extranjero; abofeteados, perseguidos, martirizados por déspotas omnipotentes; reducidos á vivir en prisión con tres francos diarios, y muriendo en prisiones de Estado encadenados á un carro de guerra.

Entonces morían los pontífices en cautiverio y hasta se les negaba sepultura; y anunciaba el Directorio que había enterrado al último papa; y los ejércitos de la República una é indivisible, enseñoreados de Italia, saqueaban las Iglesias y los conventos, y ro-

baban los tesoros de Loreto y del Vaticano; y por las naciones europeas se despojaba á la Iglesia de sus bienes; y el episcopado se veía reducido á vivir de limosnas é insultos; y los templos más venerables se consagraban á obscenidades paganas, á los dogmas de la teofilantropía, ó eran puntos de reunión para banquetes y orgías inmundas; y los sacerdotes estaban condenados á muerte, el rebaño de los fieles en dispersión, y las naciones cristianísimas, católicas y fidelísimas conjuradas contra Roma.

Entonces todas las probabilidades y los cálculos de prudencia humana daban como muy próxima é inevitable la última hora del pontificado.

Pero ultrajada la tiara, sumergida una y otra vez por el torbellino revolucionario, permaneció firme é inconmovible sobre sus eternos cimientos, y en cuanto serenaba la tormenta volvía á surgir del fondo de los abismos la frente siempre más fiera y altiva, recobrando à cada embate mayores elementos de fuerza. Murió, para no volver á renacer, la república de Venecia con su gran patriciado, heredero de la sagacidad y sabiduría del senado romano; murió el antiguo imperio de Alemania, la antigua repùblica de Holanda, la antigua liga Helvética.

Murieron por el continente europeo las antiguas instituciones fundamentales de la constitución de los pueblos; la aristocracia, los parlamentos, las instituciones municipales y provinciales; la desdichada casa de Borbon, como perseguida de no sé qué anatema, cayó de sus tronos de Francia é Italia, para no volverlos quizás á recobrar jamás, y vivir en adelante en dispersión y destierro, mendigando socorros y humillaciones de príncipes extraños. Se removieron en las naciones hasta los más profundos cimientos de la vida civil; la propiedad recibió nueva forma, nueva constitución, nueva distribución; la familia se edificó sobre nuevas bases; las clases sociales se subvirtieron en sus relaciones recíprocas.

Pero ¡cosa admirable, si no fuese divina! si

perecía de muerte violenta todo lo antiguo, sin dejar apenas huella de su existencia pasada, y en todos los pueblos, pero sobre todo en los pueblos cristianos, se operaban tan grandes mudanzas, la institución más antigua y más fundamental del edificio europeo, la que excitaba en torno suyo más violentos furores é implacables imprecaciones de pueblos y reyes conjurados, no sólo era la única que no sucumbía, sino que recobraba nuevos bríos en cada sacudimiento revolucionario.

La córte de Roma, juguete y házmereir de las intrigas políticas y diplomáticas de los Pombal, Choiseul, Aranda, Federico II y José II, se convirtió, en cuanto estalló la revolución, en el elemento más respetable y temido de la antigua Europa. La Iglesia, que ante las doctrinas literarias de la centúria anterior no había encontrado una sola voz elocuente que saliera á su defensa, en cuanto empezó contra ella la persecución á mano airada, se vió de pronto defendida por literatos insignes, profundos filósofos é historiadores, y por los hombres de Estado más eminentes.

Recientes todavía las más tremendas convulsiones, el pontífice era llamado por el césar revolucionario para consagrar la diadema imperial; y á su paso entre las comarcas recien asoladas por el diluvio de la revolución contemplaba á las poblaciones prosternadas en masa en el camino implorando la bendición apostólica. Pocos años despues de los días del *Terror*, el sacerdote supremo de nuestra Iglesia, encadenado en Savona, era ya, á pesar de su cautiverio, más fuerte y poderoso que su mismo carcelero, el césar más fuerte y omnipotente que había conocido Europa desde los tiempos de los grandes emperadores de Roma. Napoleón le había arrebatado sus Estados pontificios, le había lanzado del Vaticano, y teniéndolo como preso vulgar en una de sus prisiones de Estado, intentaba en vano arrancarle las atribuciones de la soberanía espiritual.

En medio de la persecución contra la Iglesia, el

guerrero omnipotente sentía á la Europa estremecerse á sus piés, y espantado de ver el vacío que la Cristiandad, ultrajada en su pontífice, iba formando en torno suyo, aquel hombre de hierro, que había cubierto el mundo de ruinas, y tenía consternados á sus piés á la diplomacia y á los reyes, y arrastraba prisioneros y serviles á los representantes de las más antiguas dinastías, y había obligado al Austria á buscar la salvación arrojando á una princesa de su régia estirpe ante las ruedas de su carro de guerra; aquel césar, que mantenia á Prusia sometida en degradante humillación, y había organizado á su gusto Suiza, Holanda, Italia, la Confederación del Rhin, y reformaba á capricho el mapa político de Europa, tenía al fin que reconocerse impotente ante el pontífice, y exclamar ciego de íra: «¡Qué insolencia la de estos clérigos! En la división de la autoridad se reservan la acción sobre las almas, es decir, sobre la parte más noble del hombre, y á mí pretenden reducirme á mandar sólo sobre los cuerpos. Ellos se quedan con el alma, y me dejan el cadàver.» Alejandro pudo llamarse hijo de Júpiter, sin ser contradicho, y un monarca como yo encuentra un sacerdote más poderoso, porque reina sobre el espíritu, y yo solamente sobre la materia.»

*
* *

Desde entonces la revolución ha continuado su curso; pero tambien ha continuado su curso el renacimiento católico, presentándose cada vez con creciente majestad. Grandes han sido y continuarán siendo las alternativas de la lucha. Contra la Iglesia han empleado todos los poderes las armas más selectas de la perfidia y de la violencia: espoliaciones en gran escala con el nombre de desamortización eclesiástica; actos de taimado despotismo con el nombre de regalísa y patronato; ningun respeto á la santidad de las promesas con ella otorgadas; buena fé ninguna en los

pactos solemnemente estipulados con el nombre de concordatos; grandes impiedades encubiertas con los títulos de ciencia, filosofía ó liberalismo.

Indudable, en fin, que el Catolicismo atraviesa hoy en las sociedades uno de sus más críticos períodos: en más de una nación está perseguido; los gobiernos, en su inmensa mayoría, le desamparan, ó le son hostiles; hoy mismo el Papa vive como cautivo en Roma y despojado de sus bienes temporales. Pero estaría completamente ciego y ofuscado quien al comparar la situación actual de la Iglesia, con su estado á fines de la pasada centúria, no comprendiera que han mejorado extraordinariamente los tiempos. Hánse sucedido pontífices tan notables como Pio IV, Pio VII, Pio VIII, Gregorio XVI, Pio IX y León XIII. Mejor todavía que en los tiempos de Gregorio VII, atienden hoy los fieles á la voluntad de su soberano espiritual; y no ha habido, seguramente, en la larga série de los sucesores de San Pedro, pontífice más querido y venerado por sus hijos en Cristo que el gran Pio IX, ni más admirado y hábil que el actual León XIII.

Así el célebre escritor Mr. Boeglin al tratar de este interesante asunto: *El Pontificado y los pueblos,* á pesar de sus prevenciones contra la Iglesia, hace estas sensatas observaciones al tratar del actual Pontífice.

Considerando dividido en dos épocas el pontificado actual, en la primera León XIII procura y consigue realzar la significación de la Santa Sede en lo político y en lo internacional; y en la segunda pone las manos en las aplicaciones más fecundas del mismo principio, esencialmente activo y no sólo teórico. A este fin también ha ensalzado el poder de la ciencia, y después le ha encerrado en sus límites, viniendo M. Brunetiére en su famoso escrito, á consignar el feliz resultado de la campaña pontifical.

Otro gran principio, el de la unidad, advierte M. Boeglin, es el centro de los esfuerzos del actual Vicario de Jesucristo, y para conseguirlo se vuelve á todos los que la han quebrantado en perjuicio de la

Iglesia, de la solidaridad humana, y hasta de sí mismos como individuos y como pueblos.

« Ambos termómetros, agrega, el religioso y el político, han descendido y continùan descendiendo.

« Por todas partes ideales, que como sueños se desvanecen, fuegos fatuos que lo dejan todo sumido en la mayor oscuridad. Más, pareciéndose la sociedad actual á los últimos tiempos del imperio romano, difiere de ellos en que si entonces no había un punto de reunión de las fuerzas disgregadas y decaídas, hoy el pontificado es el nucleo que necesitan, el punto de apoyo sobre el que nuevamente pueden levantarse á mayores alturas.

« Por eso el Oriente, por eso Inglaterra, oyen su voz y siguen sus indicaciones. En Roma se buscará y se hallará el oro puro de la tradición, sin amalgama de otros metales, mientras en cualquier sistema ó escuela que se adopte, se habrá de hallar todo confundido y todo mezclado.

« Por otra parte no desconfía León XIII de la actual sociedad europea, y de aquí la reciprocidad con que el mundo corresponde á sus propósitos. Es todo corazón sin dejar de ser providentísima inteligencia ».

La política de León XIII, según M. Boeglin es un puente entre lo actual y lo venidero; consolídese el puente y ya se verá concurrido por las gentes màs extrañas.

Las últimas palabras de M. Boeglin expresan también esa fe que se comunica desde el pontificado á la prensa, á las academias y á todo el mundo: « El pensamiento de León XIII aunque quedase sin realización inmediata, da calor á las almas, establece y recuerda las grandes leyes históricas, hasta ahora sometidas á quiméricos sistemas; vuelve á la Iglesia su atractivo y su popularidad al Evangelio y el prestigio de que estuvo rodeada, á la más antigua y venerable de las instituciones».

Sin embargo la tiara romana sufre aún los embates de las revoluciones y del despotismo; aún se ve frené-

ticamente impugnada en sus dogmas por el racionalismo y las sectas de la filosofía anticristiana. ¡Cuántas veces no la hemos visto en nuestros días ultrajada, expulsada del Vaticano, despojada de su poder temporal por ambiciosos vecinos y turbas demagógicas, mientras la dejaban desamparada sus antiguos defensores! Pero haciendo, ella sola, frente á todos los elementos conjurados, ha centuplicado en la lucha de un modo increible su fuerza y autoridad moral. Hasta sus mismos enemigos, para atacarla, no se atreven hoy á hacerlo sino encubriéndose con las fórmulas de un respeto y una humildad tan hipócrita como rastrera. Qué diferencia entre la manera que Napoleón I tuvo de perpetrar sus atentados contra Pio VII, y las fórmulas diplomáticas y de cancillería de que se valen los actuales espoliadores de la santa Sede!

Contra el papado se exaltan las herejías científicas; contra el papado se engrien las fúrias revolucionarias que hierven en nuestra edad; contra el papado se levantan frenéticos los movimientos de raza y nacionalidad que hoy se agitan en Europa; contra él se declara el partido triunfante de la unidad italiana revolucionaria; y el nuevo imperio de Alemania bajo la inspiración de Bismark recurre á todas las artes de la diplomacia y de la fuerza brutal para tratar de arrancarlo de cuajo de la vida europea, y resucitar el antiguo césar destruyendo al papa.

Pero el pontificado, despojado de la corona tempoporal, desamparado por los poderes de la tierra, se mantiene inflexible, haciendo de día en día crecientes conquistas en el órden espiritual. Jamás pontífice alguno recibió, por parte de sus fieles, muestras mayores de cariño y veneración, ofrendas y donativos mayores de piedad que Pio IX encerrado en el Vaticano. Jamás fué más enérgico el *Non possumus* papal, ni el poder de la tiara se extendió con mayor majestad por todo el universo. Las declaraciones dogmáticas lanzadas por la santa sede contra el liberalismo triunfante; la unión de los fieles en torno del

Vicario de Cristo, hoy más estrecha y decidida que nunca; el restablecimiento de la jerarquía católica en Inglaterra y Holanda; la organización de más de cincuenta nuevas diócesis en América; la fundación de la inmensa Iglesia de los Estados Unidos; los triunfos de la fé en Asia y en Africa, en la Australia y en la Tasmanía; las jigantescas obras de la congregación de la propaganda, son otras tantas pruebas de vitalidad y fecundidad prodigiosa que está dando el pontificado en el siglo décimo nono de su existencia.

Pero es digno de notarse lo sucedido en el pontificado de León XIII, quien sucedía á un pontífice que los adversarios de la Iglesia suponían sería él último y cerraría la serie de los grandes que habían ceñido la diadema pontificia. Y fué tan insano su júbilo que cuando expiró el Gran Pío llegaron á entonar himnos de victoria y á creerse ya dueños del campo. ¡Ilusos, se entusiasmaron demasiado pronto! Bien es cierto que se proponían impedir el Conclave y estorbar así la elección del que debía suceder al papa luchador, pero Dios está sobre todos los hombres, y los planes de la iniquidad no pudieron llevarse á cabo. La elección se hizo, á pesar de la oposición de acérrimos enemigos, y con una rapidez nunca vista, con una concordia y unanimidad de que no había habido ejemplo en la del historia del Papado; León XIII fué elevado al Solio Pontificio, después de dos votaciones de los miembros del Sacro Colegio.

No se dieron por vencidos los adversarios: por el contrario soltaron sardónica carcajada, creyendo que el nuevo pontífice, agobiado bajo el peso de los años y las fatigas, sería incapaz de acometer gloriosas empresas, y que al poco tiempo sucumbiría por la vehemencia de sus rudos ataques. ¡Victoria, victoria! exclamaron de nuevo, é ilusionados con la próxima caída del pontificado, rompieron las hostilidades contra el nuevo elegido del Señor.

Ya han transcurrido más de cuatro lustros desde que ese pontífice,a nciano é inerme, que provocó

la risa despreciativa de la incredulidad, ciñera la gran diadema, y ¿qué alcanzaron sus adversarios? ¿Quién ha triunfado? ¿Quién es más grande hoy día, el pontificado ó sus perseguidores? Contesten por nosotros los pueblos todos del universo, que aclaman al inmortal León XIII, cual restaurador del órden civil é intelectual; contesten por nosotros los trescientos millones de católicos esparcidos sobre la faz de la tierra que, llenos de júbilo saludan en la persona de su ínclito jefe al pacificador de la humanidad, al gran defensor de los intereses sociales, al glorioso pontífice que ha adornado con nuevos y hermosísimos florones la corona de los papas; contesten por nosotros las naciones todas del universo que le preparan solemne homenaje de adhesión y respeto, al terminar la presente centúria.

Y ¡qué grande en verdad es el papa actual! Díganlo sino las sublimes doctrinas desarrolladas en sus encíclicas, las sabias enseñanzas impartidas á los individuos como á las familias, á los gobiernos como á los pueblos. Díganlo las innumerables escuelas á las cuales infundió León XIII un nuevo soplo de vida inmortal, con las sublimes doctrinas del Angel de Aquino, con las incomporables inspiraciones del Dante Alighieri. Díganlo los grandes esfuerzos hechos para destruir el horrible mónstruo que amenaza desquiciar la moderna sociedad, que trata de devorar al género humano, con incendiaria tea en la mano,—la anarquía. Díganlo los salvadores consejos que ha estado dando á grandes y pequeños, para hacer efectiva la protección de la industria, salvar los intereses de las clases obreras, remunerar los esfuerzos de los humildes, proteger la propiedad de los grandes y conciliar los derechos del capital con los del trabajo. Díganlo las cien y más cátedras episcopales erigidas por León XIII en diversos puntos del globo, con el objeto de propagar sin descanso la luz del Evangelio. Sí; todos los actos del fecundo pontificado de este venerando anciano, que la impiedad creyó incapaz de

efectuar obra alguna en beneficio de la Iglesia de Cristo, son preciosísimas piedras incrustadas en la diadema pontificia, cuya decadencia, antes bien cuya desaparición anunciaba con júbilo la incredulidad.

Triunfó, pues, la religión de Cristo, y tan solemne fué su triunfo, que dejó atónito al mundo entero. Y sobrada razón tenía el mundo para admirar tan inesperada victoria, en una época de descreimiento y ateismo como la presente. En efecto ¿cuál era la situación del Pontificado, cuando subió León XIII á la Sede de Pedro? Deplorable y aflictiva sobre manera. Aquella restauración civil que el mansísimo Pio IX había bendecido primero, tratando con su paternal bondad de comunicarle espíritu cristiano, se había convertido en enemiga acérrima de los sagrados principios de la justicia y había declarado cruda guerra al pontífice bienhechor. Entonces éste vióse forzado á la resistencia, la cual tuvo que ser tanto más fuerte y perseverante, cuanto más grande é indulgente había sido su benevolencia. Pero tal resistencia indispensable para defender el sagrado depósito de la fé católica, alejó á los grandes del Vaticano. Quedó éste casi aislado y las naciones desdeñaban su amistad, despreciaban sus enseñanzas y rechazaban sus consejos. Más, no obstante el deplorable conflicto surgido entre la autoridad de los Papas y las Potencias del mundo, cuando fué elegido León XIII, un nuevo rayo de luz iluminó á los pueblos, les señaló la senda del bien y los obligó á ir en pos de la verdad.

Insuperables parecían al principio las dificultades, con que tropezaría el gran papa, cuyo lema es *lumen in cœlo*, luz en el cielo, para verificar la portentosa obra de pacificación que se proponía: y en realidad lo eran, puesto que los adversarios estaban dispuestos á continuar la lucha. ¿Cómo esperar que un papa, por suave que fuera, pudiese dar la paz á gentes que creían encontrarla y la buscaban fuera de la Iglesia y lejos del pontificado? Aquella empresa humana-

mente hablando era irrealizable; pero el gran León XIII no se arredra ante los obstáculos que á cada instante encuentra en la escabrosa senda, y con la perseverancia que le es característica y con la inspiración que recibe de lo alto, logra conquistar á los poderes reacios, que antes habían desertado del Vaticano.

En efecto al poco tiempo de haber ocupado León XIII la Sede pontificia, vuelven los representantes de las naciones á la ciudad eterna y estrechan íntimas y cordiales relaciones con la Iglesia. Cesan las agitaciones suscitadas por injustificable y excesivo rigor de los gobernantes contra los católicos, tanto en las repúblicas suiza y francesa, como en las monarquías española, portuguesa, holandesa y belga. Aun el autocrático gobierno del Czar envía un representante al Vaticano, y su ejemplo es imitado por la protestante Inglaterra.

¿No son éstos verdaderos y espléndidos triunfos?

Y si en otro órden de hechos sociales buscamos pruebas del actual renacimiento católico, las hallaremos tan abundantes como elocuentes y decisivas. El clero de Francia, antes casi cismático por lo que llamaba las libertades de la Iglesia galicana, ha quemado ya su antiguo ídolo, declarándose decidido campeón de la autoridad del pontífice.

Las congregaciones religiosas se multiplican diariamente por todos los rincones del mundo. Los donativos de los fieles á la santa Sede, la pobre y humilde ofrenda para la propagación de la fé, las limosnas para el culto y obras pías, están produciendo por todo el orbe católico fabulosas sumas. Solo en Francia, hasta mediados de siglo, se han levantado ó reconstruido diez mil Iglesias; y por las demás naciones civilizadas ó bárbaras, mientras todos los demás cultos se sienten como sobrecogidos de estupor ó arrastrados á vertiginosa decadencia, el apostolado católico está acometiendo empresas, solo comparables con las de sus siglos heróicos.

La rebelión contra la autoridad pontificia, que al correr el siglo XVI produjo en el seno de la Iglesia la terrible conmoción del protestantismo, no produce ahora sino la pobre y raquítica secta neo-protestante de los católicos viejos. En cambio, en la protestante Inglaterra, en la luterana Alemania, en la cismática Rusia, en la Francia revolucionaria, en los Estados Unidos, en el mundo entero, las masas se sienten ya fuertemente removidas por el primer oleaje de la gran corriente católica que cruza poderosa por los pueblos, y que tras de esta centùria de incredulidad é indiferencia religiosa promete hacer del siglo futuro un siglo eminentemente religioso y católico.

IX

Preciosas confesiones de los adversarios

Para confirmar cuanto acabamos de exponer, nos conviene ceder la palabra á los que no tienen la fortuna de profesar nuestro credo religioso á fin de que el último eco de este opúsculo sea de innegable imparcialidad; limitémonos pues, á transcribir las preciosas confesiones de nobles adversarios, las cuales destruyen todo argumento sofístico que pueda oponer una ciega incredulidad.

Desde luego citamos al célebre publicista protestante Eugenio Robin, quien expone magistralmente las impresiones que debe causar á toda alma sincera y reflexiva los acontecimientos referidos por la historia sobre la Iglesia y el Pontificado; he aquí sus palabras, que son éco de ese *espíritu nuevo* que sabe sobreponerse á la pasión sectaria y preocupaciones vulgares:

«Un hombre de talento y de corazón dijo un día delante de mí (yo era niño todavía): «En la actualidad no hay en el mundo nada fijo y estable en lo cual pueda uno detener la mirada. Las ideas y los

reyes pasan, todo muda, todo se gasta con una rapidez devoradora. La sociedad cambia diez veces de faz entre la cuna y el sepulcro de un mortal. Verdaderamente, en medio de esta versatilidad de las cosas, no hay más que una ciudad y un hombre que, por su inmovilidad en el océano del tiempo, presenten á nuestro espíritu una imagen de enlace y perpetuidad: Roma y el Papa. Buscadme, para los que están cansados de errar á merced de todos los vientos, y que piden á la vida la calma de la eternidad, un refugio seguro donde encontrar abrigo, un puerto siempre abierto para amarrar su barca, á no ser que sea esa roca más alta que las tempestades, Roma y el Papado».

«Estas palabras, soltadas sin pretensiones y en medio de una conversación sucesivamente frívola y seria, cayeron sobre mí, y conservé siempre su recuerdo; ¡tánta impresión me habían causado! En efecto, para los corazones indiferentes ó distraidos, para los espíritus irresolutos ó que se avergüenzan de confesar su error, para la incredulidad sistemática, para las más rebeldes convicciones, para tantos, en fin, que nos hallamos extraviados en las tinieblas de la duda, ¿no es un espectáculo capaz de despertar el sentimiento creyente adormecido ó sofocado en nosotros, esa formidable inmutabilidad contra la cual se han estrellado siempre el tiempo, las guerras, las torturas y el desprecio; esa fijeza de un solo punto en medio de todo lo que pasa para no volver; esa luz combatida por el soplo de todas las tempestades, y que ningun viento puede apagar; esa fe tan mística, tan inmaterial, única en la historia del mundo?

«No sé á quien se debe este ingenioso dicho: Nada es tan absurdo como un hecho. Si, el hecho de la víspera que contradice al hecho del día siguiente; el hecho producido por casualidad en el trabajo cotidiano de un pueblo que desmiente la idea especulativa, salida de la cabeza de un hombre; el hecho que se apresura á colocarse detrás del hecho para probar

algo, y cuyo imprevisto choque destruye todo lo logrado antes con gran trabajo.

«Pero un hecho como éste: «El apostolado confiado por Jesucristo hace más de diez y ocho siglos á uno de sus discípulos, se ha ido perpetuando de papa en papa hasta nuestros dias»; poder decir esto hoy y estar seguro de que se dirá mañana, debe significar algo muy notable. Y si se considera que desde el dia en que se pronunciaron aquellas palabras en la Judea, la barbárie, el cisma, la reforma y la filosofía se han arrojado sucesivamente con fuego y espada en mano sobre aquella silla ocupada por el mismo apóstol, reproducido en mil vidas; que Roma, la ciudad eterna de los tiempos modernos, como lo era en la antigüedad, ha sido tomada, vuelta á tomar, ocupada y saqueada por todas las plagas salidas del Oriente y del Occidente; que no hace más que tres siglos entraron en ella en nombre de Lutero unos soldados embriagados, capitaneados por un renegado, y que no han pasado sino algunos años desde que un emperador soberano suyo por conquista, le enviaba un prefecto, como hacían de Constantinopla en los primeros tiempos de sus pontífices; ¡ah! entonces el hecho se pone al nivel de la magnitud de la idea, se hace inmenso como el dogma, y aún cuando lo conozcamos, es preciso, lo repito, que este hecho sin igual signifique algo muy importante.

«En vano quisiéramos apartar la vista de esa prodigiosa imágen de perpetuidad. Habiendo venido despues de las más grandes persecuciones que Roma ha sufrido desde los siglos de los Mártires, nos vemos obligados á decirnos: Indudablemente se cumplirán las promesas de los tiempos. El sueño de la filosofía era abatir el papado, porque conocía que es la cabeza y el corazón del Catolicismo; y que si éste podía morir, era necesario asestar sus tiros á ese corazón y á esa cabeza; pues el Papado y el Cristianismo son tan inseparables, que la Reforma no existe sino con la condición de conservar siempre vivo el recuerdo de

su rebelión, y que su fe cimentada en la desconfianza no encuentra un algo de la vitalidad que le falta sino concitando el ódio de lo que ella misma llama el papismo. La duración del papado era, pues, para nuestros padres toda la cuestión del porvenir.

«Diez y ocho siglos son sin duda un gran respiro en el curso de las cosas; pero destruido el papado, ganaba la filosofía el pleito, que consistía en probar que nunca había existido sino á favor de la ignorancia y la barbárie. Vino la Revolución, que sabía bien la consigna: se dirigió al corazón, desterró al papa, y éste murió. Pero otro papa le sucedió, y la cadena de perpetuidad no estuvo rota ni siquiera el tiempo que lo había estado en otras épocas también azarosas para el Catolicismo. En la actualidad pasó ya el tiempo de la filosofía. Los destructores duermen en el pasado, al lado de Lutero, la Enciclopedia, la República y el Imperic. Roma se conserva siempre en pié, y en este centro de cristiandad despedazado por los estragos de la incredulidad y de la indiferencia, hay un papa, como lo había en tiempo de Nerón, cuando el Cristianismo naciente era despedazado en el circo por las fieras.

«En torno de esta milagrosa continuidad, la Europa ha cambiado tres veces de aspecto. Se han levantado y desaparecido tres imperios: el de Carlomagno, el de Carlos V y el de Napoleon. Han brillado naciones que ya no existen. Se descubrió un mundo, que quedó dividido entre el poder temporal y el espiritual, y solamente el último conserva en él su parte. Todo ha pasado: ideas, pueblos é imperios. Sólo han quedado en pié Roma y el Papado. Hay en este hecho, no me canso de repetirlo, algo que vale la pena de reflexionar un tanto sobre ello.

*
* *

«Pero estamos en una época, advierte el mismo escritor, en que los partidos han inventado una lógica hábil que sabe negar la evidencia.

Los antíguos ódios contra Roma no se han extinguido aún en nuestros corazones revolucionarios. Los padres creyeron haber regenerado el mundo, y los hijos que aceptaron su grandeza no pueden acostumbrarse á la idea que eleva el Catolicismo á su vista, á expensas de la gloria fugitiva de que se envanecen, y que el papado, desde su inexpugnable altura, hubiese contemplado, con una mirada llena de tierna conmiseración y con una completa certidumbre en las divinas promesas, nuestras terribles rebeliones, nuestras más fuertes invenciones, nuestros incendios, propagados por todos los ángulos del mundo, la sangre derramada hasta anegar los corazones, aquella ruina de imperios y de reyes caídos; no pueden acostumbrarse, digo, á la idea de que el papado hubiese contemplado todo esto, del mismo modo que desde la playa mira un viejo marinero la lucha de los elementos, seguro, por ciertas señales que ha visto en el cielo, de que al día siguiente todo aquel alboroto habrá cesado, y que el desbordado océano volverá á entrar en sus abismos.

«Nuestro orgullo no puede consentir sin violencia en esta dominación de un pensamiento inmutable y eterno, en el terrible pensamiento de nuestra historia de ayer; y no pudiendo negar que la roca ha permanecido siempre inmóvil, que la luz del faro no se ha extinguido nunca, y que nuestra revolución, fatigada ya, no deja oir más que sordos rugidos, nos consolamos de ello, figúrándonos que la roca se va alejando de nosotros cada día, por lo mismo que nosotros vamos andando siempre hácia adelante, y ella es un punto inmóvil; y con la idea de que arrastrados por el irresistible movimiento del progreso, como si el movimiento que arrastra á la humanidad hubiese empezado ayer, llegaremos á ir tan lejos, que acabaremos por eludir la severidad de aquel ojo que está abierto sobre nosotros, hace diez y ocho siglos.

«¡Oh ceguera del orgullo! Un humilde sacerdote, el P. Lacordaire, que fué amigo y compañero de

Lamennais, pero á quien una falsa gloria no ha precipitado como á él en una duda sin fondo, levanta su elocuente voz y nos contesta: Nó; por más que hagáis, los que no queréis reconocer lo que fué y lo que es; por más que caminéis siempre hácia adelante, echándoos con todas vuestras fuerzas por las sendas infinitas del porvenir, aquella tranquila mirada que está fija sobre vuestro presente, como lo estuvo sobre vuestro pasado, os perseguirá siempre, en todas partes, hasta en los últimos horizontes de la eternidad; pues esa luz, de la que creéis poder huir porque está fija, es á la vez inmóvil y movible. A cualquiera parte á donde vayais está siempre con vosotros, es vuestro centro y vuestra atmósfera: es como el sol del cual no podríamos alejarnos ni un paso, aún cuando tuviésemos la ligereza del viento y la inmensidad del desierto ante nosotros. Creeis que el papado dormita y se duerme en su pasado grande como la fosa de un gigante, por la magnitud de lo que se le ha quitado.

«Pero os engañais; constantemente ha presidido los negocios del siglo, y los preside todavía: está siempre en pié, siempre en acción, siempre dispuesto á atar y desatar. En la actualidad, al aceptar todas las glorias de lo pasado, los más esclarecidos talentos reconocen los beneficios que la humanidad le debe. Vosotros sabéis lo que ha hecho: mirad lo que está haciendo ahora».

Sí, fijemos bien nuestra atención en ese poder inmenso que nunca cede y que desafia los siglos, y tendremos que hacer poco esfuerzo para persuadirnos de su perpetuidad. Y lo que más admira, ésta se sostiene sin violencias y sin aparatos bélicos. Ningún poder humano puede establecer en un lugar su autoridad, su magistratura y su jerarquía social, sin sojuzgar al país que conquista. Sólo la Iglesia hace precisamente lo contrario: no sojuzga políticamente á los pueblos en donde penetra, los deja sujetos á las propias autoridades, conserva las formas del orden

civil y político, y por nada altera la organización social que encuentra, pero á la vez les trasmite su doctrina, les comunica sus ideas, los empapa en sus máximas, les impone su moral y ejerce sobre ellos verdadera soberanía espiritual.

El Catolicismo se presenta siempre majestuoso é imponente, y los cortos momentos en que parece que se eclipsa, no hace más que confirmar su gran vitalidad y su indiscutible perpetuidad.

Veamos lo que escribe otro protestante, el célebre historiador inglés Macaulay: al hablar de nuestra religión, que parecía vencida y muerta después de la formidable revolución que tuvo lugar en las postrimerías del siglo diez y ocho, exclama:

«Pero no era éste su fin. Herido nuevamente de muerte el catolicismo no debía por esto perecer. No se habían concluído aún los funerales de Pío VI, y había empezado ya una gran reacción; reacción que después de cuarenta años va en aumento todavía. La anarquía había tenido su dia, pero de aquel caos salía un nuevo orden de cosas, nuevas dinastías, nuevas leyes, nuevos títulos, y en medio de todo, volvía á aparecer la antigua religión.

«Refiere una fábula árabe que la gran pirámide fué edificada por reyes antediluvianos, y que fué la única obra de los hombres que sobrevivió al diluvio. Tal fué la suerte del papado; había quedado sepultado en la grande inundación, pero sus cimientos no se conmovieron; y cuando disminuyeron las aguas, apareció solo en medio de las ruinas del mundo, que acababa de ser destruido. La república de Holanda, el sacro imperio germánico, el gran Consejo de Venecia, la antigua Liga Helvética, la casa de Borbón, los parlamentos y la aristocracia de Francia, habían desaparecido, la Europa estaba llena de creaciones nuevas: un imperio francés, un reino de Italia, una confederación del Rhin. Los últimos acontecimientos no solamente habían afectado las instituciones políticas y los límites territoriales; sino

también la distribución de la propiedad, el espíritu y la composición de las sociedades, que habían sufrido un cambio completo en casi toda la Europa católica; pero la Iglesia, siempre inmutable, estaba aún en pié.

«Algún historiador futuro, tan hábil y moderado como el profesor Ranke, contará, lo esperamos, la resurrección católica en el siglo XIX. Sentimos que al hablar de una época tan cercana á la nuestra, corramos peligro de decir cosas que podrían excitar las pasiones y la cólera; haremos, pues, sólo una observación que parece merecer seria atención.

«Durante todo el siglo XVIII, la influencia de la Iglesia romana fué constantemente declinando; la incredulidad hizo grandes conquistas en todos los países católicos de Europa, y hasta obtuvo en algunos completo ascendiente: el papado fué en fin, rebajado lo suficiente para llegar á ser objeto de la irrisión de los incrédulos, y de la compasión, más bien que del ódio, de los protestantes. En el siglo XIX, esa misma Iglesia tan abatida, se ha ido levantando gradualmente de este abatimiento, y ha reconquistado ya su soberano poder. Los que reflexionen con calma en lo sucedido últimamente en España, en Italia, en la América meridional, en Irlanda, en los Países Bajos, en la Prusia y en la misma Francia, no podrán dudar de que su imperio sobre el corazón y el entendimiento de los hombres es mayor de lo que era cuando aparecieron la Enciclopedia y el Diccionario Filosófico. Es verdaderamente notable que ni la revolución moral del siglo XVIII, ni la contra-revolución del XIX, no hayan añadido nada al poder del protestantismo. Durante las primeras de estas dos épocas, todo lo que estuvo perdido para el Catolicismo lo estuvo también para el Cristianismo; durante la segunda, todo lo que el Cristianismo reconquistó en los paises católicos, lo reconquistó para el Catolicismo... Del siglo XVI acá, algunos pueblos católicos han pasado del Catolicismo á la incredulidad, y vuelto á pasar de la incredulidad al Catolicismo: no hay ni uno solo

que se haya hecho protestante». Tan evidente es la grandeza de la Iglesia católica que sus mismos adversarios, cuando son sinceros, se constituyen en sus mejores apologistas.

En fin, vamos à terminar con una confesión que no por ser más antigua es menos eficaz: el mismo patriarca de la incredulidad, el sarcástico Voltaire, se vió forzado á hacer esta confesión: «El judaismo, la religión de Zoroastro y el Sabeísmo se arrastran por el polvo. El culto de Tiro y de Cartago cayó con estas soberbias ciudades. La religión de Milciades y de Pericles, la de Paulo Emilio y de Catón no existen ya; la de Odín desapareció; hasta la lengua de Osiris, que fué después la de los Tolomeos, es ignorada de sus descendientes: el teismo puro no ha existido jamás. Sólo el cristianismo quedó en pié, en medio de tantas vicisitudes y en el estrago de tantas ruínas, inmutable siempre como el Dios que es su autor.

«La verdad permanece eternamente: los fantasmas de las opiniones pasan como los sueños de un enfermo.

«La religión, según confesión de todos, existe hace seis mil años, y las sectas nacieron ayer. *Me veo obligado á creer y admirar*» (1). Jamás una causa ha arrancado á sus adversarios una confesión semejante: ¡cuánta no será, pues, su evidencia, cuando se ven obligados á *creer* y á *admirarla!*

X

Consecuencias histórico-filosóficas

Antes de poner fin á este breve ensayo sobre los triunfos permanentes del pontificado romano en medio de las más tremendas persecuciones y vicisitudes, vamos à añadir algunas reflexiones historico filoso-

(1) Voltaire, citado en la Razón del Cristianismo, *Aveux.*

ficas, como resúmen y consecuencia de todo lo expuesto.

Siglos y siglos hace, desde las edades más remotas, que, ó bien arrastrado por la lenta pero incontrastable corriente de los tiempos, ó arrebatado violentamente por el furor de las revoluciones, todo se trasforma ó perece y pasa. Solo una institución ha podido salvarse de este universal naufragio, hacer frente á los esfuerzos seculares que sin descanso alteran la constitución de las sociedades y presentarse al espirar cada centuria más firfirme sobre sus cimientos y con aureola de mayor majestad. Esta institución es el pontificado y la Iglesia que representa; pues debe tenerse presente que el pontificado es tan esencial á la Iglesia de Jesucristo, que ésta no puede existir sin aquel; de donde el apotegma tan clásico: *Ubi Petrus ibi Ecclesia;* donde está Pedro en sus sucesores, allí solamente está la Iglesia, que tiene á aquel como piedra fundamental.

Y bien; ninguna institución del órden civil ó del órden político hubiera sido capaz de resistir una sola de las terribles tormentas que se han descargado sobre la tiara de los papas; y sin embargo, el pontificado es en el día la institución más vieja, y á la vez la más llena de vida que conocen los pueblos civilizados.

Mientras se deshicieron instituciones é imperios, y sucumbieron las civilizaciones que parecían más indestructibles, ella ha dominado todas las revoluciones de la sociedad humana, sobrevivido á todas las catástrofes, y á los veinte siglos de duración se encuentra más firme y pujante que nunca para dominar tambien todas las tormentas que contra ella se desaten en los siglos venideros.

Los imperios se abalanzaron sobre ella; pero los imperios cayeron, y la Iglesia los vió reducidos á polvo. La desgarraron las herejías y le diezmaron su rebaño; pero siempre, en cuanto estallaban aquellas rebeliones; mientras las nuevas sectas empezaban al

instante á secarse y podrirse como ramas desgajadas del árbol, la Iglesia, por el contrario, recobrando nuevo vigor, compensó siempre sus pérdidas extendiéndose por nuevas riberas y aumentando en su seno la piedad, virtud y sabiduría de los suyos. Perecieron las obras de los hombres que prometían más larga duración; perecieron las falsas religiones y las herejías, á pesar del génio del mal que las sostenía, y que en este mundo dispone siempre de elementos casi incontrastables para triunfar sobre el bien; pero la obra de Dios ha subsistido; la Iglesia ha triunfado de las idolatrías; ha visto el fin de las sectas rebeldes, y por formidables que parecieran los enemigos que se alzaban contra ella, antes de que corrieran tres siglos, ó los tenía aplastados, ó prosternados humildes á sus plantas.

Esta Iglesia ha recorrido, en fin, el ciclo entero de las mudanzas que sufrieron las costumbres y las leyes, y no ha variado un ápice, para mostrar así que su vida es independiente de toda institución humana Resistió à todas las pruebas del Oriente y del Occidente, de las monarquías y de las democracias, de la paz y de la guerra, de la tiranía feudal y de la tiranía imperial, de las épocas de tinieblas y de los siglos de cultura, de la barbárie y de la civilización, de los pueblos libres y de los pueblos esclavos, de los centros de la industria y de los emporios del comercio, de las naciones antiguas y de los pueblos nuevos, de las metrópolis y de las colonias.

¡Qué figura tan colosal y admirable la que presenta la Iglesia ante la historia universal!

Nació en una época la más dichosa quizás que ha conocido la humanidad. Durante trescientos años tuvo que luchar contra la autoridad de las leyes y los cultos oficiales, y la fuerza de las armas contra un imperio firmemente asentado, contra muchedumbres satisfechas y felices. Y tiempo tan corto le bastó á esta sociedad, tan pobre y débil como aborrecida y despreciada, para derribar al día si-

guiente de su nacimiento á su poderoso opresor, no obstante los esfuerzos terribles que hizo el coloso.

A pesar de las calumnias, de los tumultos populares, de las persecuciones, de leyes de exterminio brutales, los señores del mundo, para conservar su poder, se vieron obligados á entrar en pactos con ella, y humillarse ante sus símbolos sagrados, venerar sus dogmas augustos, prestarle el apoyo del poder imperial y deprimir á sus enemigos.

Triunfó, por último, y su triunfo fué el más solemne y extraordinario que presenciaron los hombres. Pero cuando parecía afianzada esta victoria, toda la obra de tres siglos se desplomó: el imperio romano, que ella acababa de conquistar al precio de tanta sangre y constancia, fué reducido á la nada. El imperio se deshizo, y la Iglesia se vió asaltada en Oriente y en el Setentrión por millares de bárbaros sin religión, sin conciencia, y hasta sin entrañas. De nuevo tuvo que empezar su obra.

Las irrupciones de los bárbaros duraron varios siglos; como la ola sigue á la ola, así una horda seguía á otra horda, y todas venían á chocar contra los cimientos de la Iglesia. Pero ella supo convertir á estos terribles invasores en sus hijos más fieles y sumisos. Los nuevos convertidos crearon un poderío militar, que túvo instituciones aún más hábilmente combinadas que las de los antiguos romanos. Este poder, protector primero de la Iglesia, se trasformó más tarde en su rival: de aquí otra nueva lucha entre el sacerdocio y el imperio, que procuró á la Iglesia otro nuevo triunfo. Vinieron despues nuevas herejías y cesarismos y demagogias; pero todas sufrieron igual derrota ante la fuerza espiritual de la Iglesia.

* * *

¡Qué prueba mas incontrastable de sus destinos eternos! Puesta en contacto con todas las instituciones humanas; la Iglesia ejerció sobre ellas influencia misteriosa, y las dominó con fuerza irresistible y sobre-

natural, hasta el punto de transformarlas en su esencia misma, en la parte más íntima de su organismo, sustituyéndoles su alma antigua por otra nueva, sin que fuera posible notar cuándo y de qué manera se efectuaba la portentosa sustitución, pues en la forma exterior de la constitución social apenas se apreciaba ninguna mudanza. La Iglesia parecía acomodarse á todas las formas políticas y sociales; pero lo que resultaba en realidad es que la Iglesia obligaba á todas las instituciones sociales y políticas á acomodarse al principio cristiano, sin que por eso perdiera cada una de estas instituciones su forma y su carácter propio. La sociedad romana, puesta en contacto con la Iglesia, sin dejar de ser la misma sociedad romana, se vió sin embargo, convertida en lo que no había sido jamás: en sociedad cristiana. Los pueblos orientales y occidentales, las razas sajonas y latinas, sin perder ninguno de sus caractéres de raza y nacionalidad, se convirtieron en lo que no habían sido jamás: en pueblos cristianos. Así, instituciones contradictorias, pueblos enemigos, razas irreconciliables, vinieron á formar parte del edificio católico, y entraron en su poderosa unidad. Las monarquías, sin perder ninguno de los caractéres de su institución, fueron monarquías cristianas; y las aristocracias, sin dejar de ser aristocracias, fueron aristocracias cristianas; y las democracias, democracias cristianas. La Iglesia las subyugaba y dominaba á todas de tal manera, que dejando en pié su forma, las trasformaba en su esencia y les imprimía en lo más íntimo de su sér un sello indeleble, que permanecía ya para siempre en el seno de la sociedad como una esencia indestructible, superior á las vicisitudes humanas, é independiente de las mudanzas sociales.

Así se cumplió la obra extraordinaria anunciada por San Pablo, y que el mundo romano no podía comprender: *Instaurare omnia in Christo.* Y esta transformación cristiana se verifica á pesar de las persecusiones, pues ha tenido lugar durante la misma revolución que mas trabajó por destruir la Igle-

sia. Tan es así, que al decir de Mr. Guizot: «Todo lo que hay de verdadero y de bueno en los principios de la Revolución francesa *es cristiano* y ha sido proclamado por el cristianismo.»

Lo que tuvo de propio y especial la Revolución francesa fué el fanatismo de la incredulidad volteriana, que desvirtuó la recta aplicación de los sanos principios en lo que tenían de verdadero y de bueno; pues como advertía el libre-pensador Roger Collard: la Revolución francesa ha sido impía hasta el fanatismo, hasta la crueldad; y este crimen sobre todo, es lo que la ha perdido.»

La sociedad moderna para llegar á la consecución de sus conquistas no tenía necesidad de la Revolución; eran una simple consecuencia del cristianismo, que las hubiese realizado sin el fanatismo y crueldad del filosofismo incrédulo. La humanidad no puede dejar de progresar, porque el cristianismo no puede dejar de ser la religión de la humanidad.

CONCLUSIÒN

En la rápida enumeración que hemos hecho de los triunfos de la Iglesia, apenas hemos referido algunas de sus luchas contra los obstáculos que le opusieron sin cesar las pasiones humanas y las combinaciones é intereses de los hombres; y nada absolutamente hemos indicado acerca de los insignes adelantos que en todos los ramos le debe la sociedad, cosas ambas que expondremos en otra ocasión, en homenage tambien á Jesucristo.

Pero creemos, sin embargo, que por incompleta que sea esta reseña de sus triunfos pasados, sobran en ella pruebas suficientes, y los testimonios más elocuentes y decisivos que pueda pedir nuestra razón, para convencerse de que esa nave, insumergible apesar de tanta borrasca espantosa, no puede ser construcción humana, y que ni su existencia ni su rumbo están sujetos á la voluntad del hombre; pues de otro modo el hombre, perpétuamen-

te conjurado contra ella, hubiera tenido el poder de destruirla, y más de una vez la misma impericia ó los desaciertos de sus propios pilotos bastaran para echarla á pique. Ahora bien: ¿no es una insensatez inesplicable promover persecusiones, de cualquier género que sean, contra una institución, que dieciocho siglos de experiencia, demuestran ser inconmovible?

Pero hay mas; esa institución misteriosa encierra en su seno todos los arcanos de la historia; sin ella permanece indescifrable el enigma del decreto providencial en la marcha de la humanidad. Sólo con ella se puede interpretar el plan divino en la historia, y se hacen comprensibles para nuestro entendimiento los anales de la familia humana, y esa extraordinaria sucesión de civilizaciones é imperios, que, á pesar de haberse desenvuelto en las regiones más distintas y en las edades más diversas parecen, sin embargo, en su engrandecimiento y decadencia, como los eslabones de una misma cadena.

La Iglesia es la piedra fundamental de la historia, y el pontificado romano la institución fundamental de la Iglesia; sin él no hay Cristianismo. Centro de nuestra civilización, cimiento de todas las grandes construcciones que desde la era de Cristo se han venido edificando en las nacionalidades cristianas, el pontificado educó y formó desde el seno de la barbárie á la jóven monarquía europea, extirpó de todos los elementos de la humana sociedad los poderes de fuerza brutal que amenazaban organizar despóticamente los reinos cristianos, formó insensiblemente esa gran constitución europea, que no vive sólo sobre una simple hoja de papel, ó en las teorías de las escuelas, ó en las proclamas de los partidos, sino en las entrañas mismas de los pueblos.

El pontificado, en fin, es el autor de esa unidad superior y profunda que reina en la organización como en la vida moral y en los destinos de los pueblos modernos. Para representar á la colectividad de nuestras sociedades decimos la CRISTIANDAD, y la obra

maestra que esta palabra representa es la gloria del pontificado.

En el trascurso de las edades se mantuvo siempre fiel á esta misión suprema; y aún hoy es el lastre que salva á la civilización moderna de completo naufragio, y en él tiene necesariamente que apoyarse cuanto se quiera edificar para larga vida y duración.

Y á la vuelta de otros veinte siglos, cuando de los presentes imperios sólo queden quizás ruinas y recuerdos, como los que hoy tenemos de la antigua dominación romana, el sacerdote máximo que ciña la tiara seguirá empuñando, como ahora, el timón de la nave misteriosa, y en medio de tiempos bonancibles, ó entre los bramidos de la tormenta, los poderes de la tierra verán todavía al sucesor de Pedro por cima de los tronos y de las soberanías temporales, y se prosternarán á sus plantas, implorando del Vicario de Cristo las doctrinas y enseñanzas redentoras y los símbolos de la eternidad.

Y si ahora se nos pregunta: siendo tan grande la Iglesia y su misión en el mundo ¿porqué la vemos perpetuamente perseguida? La respuesta es muy obvia: porque es perpetua la lucha de las pasiones y de la carne contra el espíritu y la razón.

Por tanto, para bien y honor de la humanidad es necesario que triunfe la Iglesia, porque ella representa el triunfo del espíritu y de la razón sobre las pasiones y la materia.

Terminamos declarando que de una cosa estamos asombrados: ¿cómo no es más impía la generación presente? De todo sabe, el programa de sus estudios es vastísimo; pero en historia y ciencia de religión, es prodigiosa la ignorancia y el desden. Han inventado el pretexto, para justificar su ignorancia, de que esta materia, no merece su atención. Y sin embargo no hablan de otra cosa ni con más desenfado, ni con mayores prejuicios.

† *Mariano Soler,*
Arzobispo de Montevideo.

INDICE